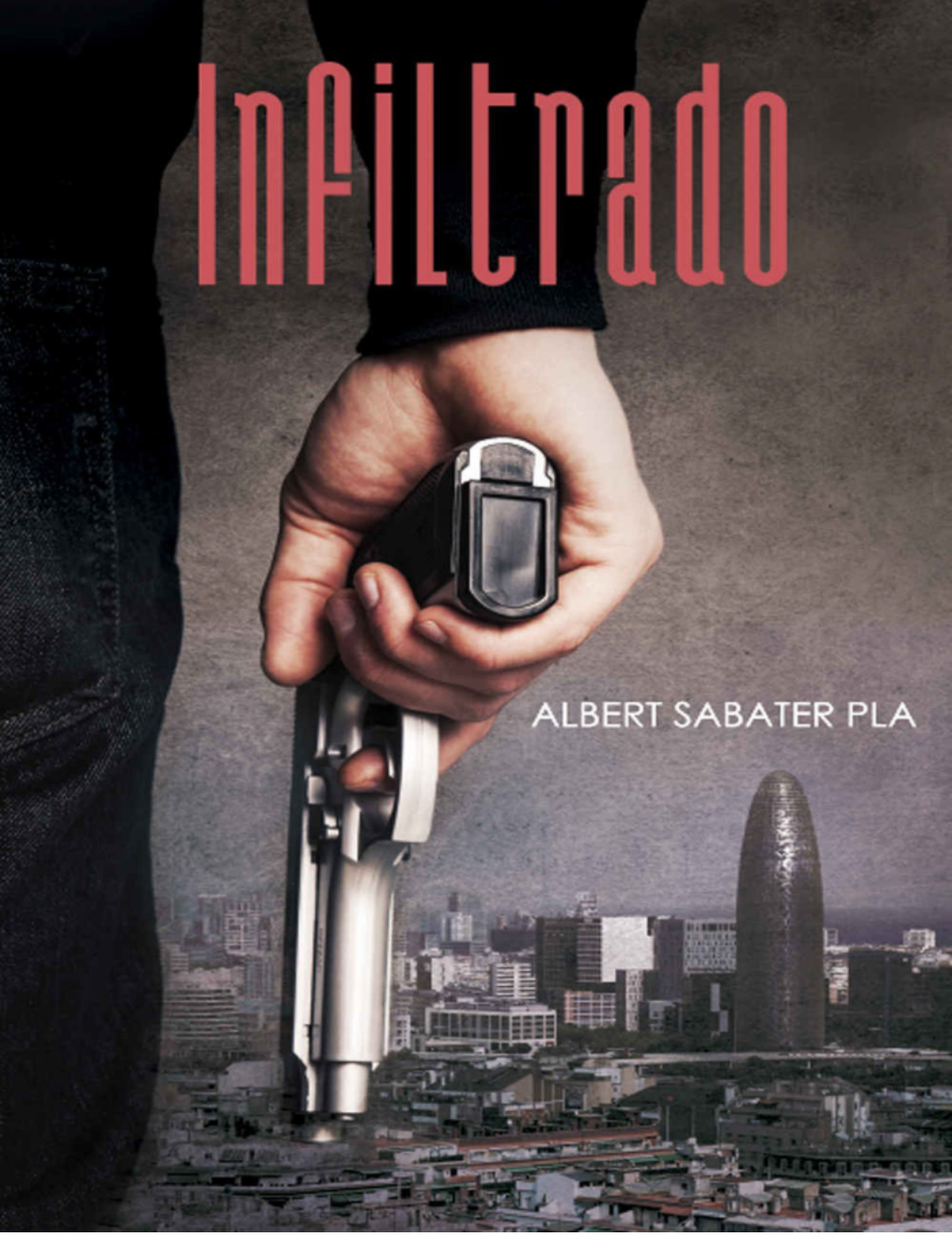
Infiltrado

ALBERT SABATER PLA



INFILTRADO

Albert Sabater Pla

INFILTRADO

Título original: Infiltrado
Primera edición: diciembre de 2021

© Albert Sabater Pla
Corrección: Noni García y Gema Tacón
Diseño de portada. Mónica Gallart

El autor apoya la protección del *copyright*.
Reservados todos los derechos. Ninguna parte de esta publicación puede ser reproducida, copiada, fotocopiada, almacenada o transmitida por ningún medio sin permiso por escrito del autor o editor.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos http://www. cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de la presente obra.

A mis estimadas amigas Marisol F. y Cristina D.,
Gracias por permitirme ser el único hombre
en vuestro club de chicas.

El tiempo es la única cosa valiosa
que no podemos comprar, vender o prestar.

Introducción

Desde que se reinstauró la democracia en España, la Guardia Civil, entidad de tradición militar, fue la encargada de mantener el orden público y el cumplimiento de la ley en todo el territorio nacional. A esta labor se le unió en 1986 la Policía Nacional, un cuerpo armado de naturaleza civil.

En 1983, el Parlamento de Cataluña restableció el cuerpo de policía catalana, los Mossos d´Esquadra, fundada el año 1719 e inactivos durante la dictadura que asoló España desde el inicio de la Guerra Civil el 1 de abril de 1939.

La primera promoción de agentes, que salió a las calles el mismo año, tuvo unas funciones específicas: la protección de personalidades, menores y el juego.

En 1984, se establecieron comisarías en Tarragona, Lleida y Girona, y en 1992, la Sede Central Operativa en la calle Bolivia de Barcelona. Ese mismo año se envió a Estados Unidos una dotación de agentes para formarse de cara a los juegos olímpicos que aquel año iban a celebrarse en la capital catalana, Barcelona.

El verdadero despliegue del cuerpo empezó el año 1994 en la comarca de Osona, y se extendió paulatinamente por todo el territorio catalán hasta que en 2005 llegó a la capital, Barcelona. Finalizó el año 2008 con las comarcas de Tarragona y tierras del Ebro.

Dicho despliegue fue total, integrándose de manera global y efectiva en todas las competencias: justicia, tráfico, orden público, protección de personas, alta montaña, explosivos…

Muchas de las plazas para nuevos agentes fueron ocupadas por integrantes de la Guardia Civil que decidieron servir en este cuerpo, y de tal forma no perder el empleo y mantener su destino geográfico.

Hoy, los Mossos d´Esquadra es uno de los cuerpos policiales más respetados y admirados de todo el mundo.

CAPÍTULO PRIMERO

1988

I

Fermín Estrada tenía veinticinco años cuando entró en la academia de policía de Barcelona. Su aspecto físico era formidable, de constitución alta y delgada. Iba al gimnasio dos o tres veces por semana, salía a correr casi todas las mañanas y hacía unos cuantos largos en la piscina los viernes por la tarde. Aunque nunca alardeaba, con las chicas tenía bastante éxito, testigo de ello era su hermana Lola, que estaba más que harta de cogerle los recados cada vez que una de sus admiradoras llamaba a casa. A pesar de eso, nunca fue un conquistador, simplemente tenía amigas con las que salía a divertirse, al cine, a la playa o de excursión.

Su padre, un pastor protestante de los de la vieja escuela, recto y severo como pocos, no en vano era metodista y presbiteriano, trató de impedir con todas sus fuerzas que ingresara en la academia, pero, a pesar de ello, no lo consiguió. Sus convicciones eran más fuertes que la tenacidad de su progenitor.

El periodo que siguió fue bastante duro. En nueve meses tuvo que adquirir nociones básicas de derecho, prevención y seguridad, administración y otras asignaturas, además de defensa personal y manejo de armas de fuego.

En la academia conoció a Marcelino Contreras, un aspirante que, como él, esperaba superar las pruebas físicas y aprobar las de conocimientos a la primera.

Marcelino era un muchacho joven, un par de años menor que Estrada. Alto, de tez blanca y barba cerrada, aunque siempre iba perfectamente afeitado. Su pelo, de color castaño, que siempre llevaba cortado al estilo militar.

Provenía de una familia acomodada de Sant Cugat, pueblo cercano a Barcelona, y, al igual que Estrada, su padre tampoco aprobaba que ingresara en el cuerpo de policía.

Por suerte, ambos superaron todos los requisitos y se licenciaron. Estrada consiguió hacerlo con honores al ser el primero de la promoción, y Contreras, el segundo.

Olía a verano, a calor, a fiesta, a aprobado y a fin de curso. Los dos estaban eufóricos y con ganas de comerse el mundo. El futuro se abría ante ellos, lo tenían todo: juventud, salud, un proyecto de vida y un futuro prometedor.

—A ver qué destino nos dan —dijo Marcelino mientras recogían todos los enseres de las taquillas de la academia.

—A ti seguro que te mandan a Vielha —bromeó Estrada—. ¡Con lo que odias el frío! —rio con ganas.

—Mira que eres mamón. No… Espero que me manden a Barcelona.

—En Barna no hay nada todavía…. ¡Que no te enteras, Contreras! Habrá que conformarse con las otras capitales. A mí me da igual con tal de salir de aquí. ¡Nos espera un mundo nuevo, Marcelino! ¡Vamos a triunfar! —gritó eufórico.

—¡Señores, ya están colgados los destinos! —exclamó un joven alto y moreno que pasó por detrás de ellos a la carrera.

Se miraron un segundo y salieron rápido hacia la entrada, donde estaba el tablón de anuncios, con una amplia sonrisa dibujada en sus rostros.

Marcelino empujó a Estrada para que chocara con una fuente, pero la esquivó con destreza.

—¡Serás mamón! —se quejó.

Le dio un golpe en el tobillo. Marcelino perdió el equilibrio y cayó de bruces.

—¡Estrada! Eres un traidor —gritó desesperado, intentando levantarse.

—No me pongas a prueba, Contreras —rio divertido mientras caminaba hacia atrás.

Marcelino intentaba ponerse de pie de nuevo. Estrada regresó para ayudarlo. Le tendió la mano y el otro la cogió con fuerza. Se puso en pie y retomaron el camino al galope, uno al lado del otro.

Cuando llegaron a la entrada, había un considerable número de jóvenes observando el tablón de anuncios.

—Vamos, Marcelino, que estos se han adelantado. —Estrada se abrió paso a empujones hasta que llegó al tablero.

—¡Bingo! —exclamó satisfecho.

—¿Bingo?

—¡Nos vamos a Tarragona, amigo!

—¿Los dos? ¿Juntos?

—¡Joder, Contreras! ¡Que no te enteras!

—No me voy a librar nunca de ti —bromeó su amigo.

Contreras buscó su nombre en el listado, y comprobó que su destino y el de Estrada estaban unidos, por lo menos, por el momento.

Estrada y Contreras estaban frente a la puerta del despacho del que iba a ser su jefe. Esta se encontraba cerrada, aunque, gracias al cristal translúcido, intuían la silueta del sargento sentado tras una mesa. Se hallaba situado en la segunda planta de la comisaría de Tarragona, en una esquina del edificio, por lo que tenía la suerte de contar con dos ventanas y vistas a dos calles distintas.

—Bueno, ya estamos aquí —dijo Contreras algo nervioso.

—A ver qué nos depara el futuro. ¡Hoy es el primer día del resto de nuestra vida, amigo!

Contreras suspiró.

—¿Preparado?

—Vamos, Contreras. ¡Valor y gloria! —dijo con mucho ánimo.

—¡Valor y gloria! —respondió no muy convencido.

Contreras golpeó dos veces el cristal con los nudillos de la mano derecha y esperó.

—¡Pase! —gritaron desde dentro.

Abrió la puerta y entraron los dos. Se detuvieron ante el escritorio en posición de firmes.

El sargento Gonzalo Reyes era un hombre de unos cuarenta y cinco años, alto, delgado y con el pelo cortado al estilo militar. Lucía un bigote que recordaba al que Tom Selleck llevaba en la serie de televisión *Magnum PI.*

—¡Buenos días, señor! Agente Marcelino Contreras.

—Agente Fermín Estrada, señor.

—Buenos días, muchachos. Os esperaba. —Buscó en una bandeja archivadora y sacó un par de papeles—. Contreras y Estrada —hizo una pequeña pausa—. Estrada, primero de la promoción —levantó la vista y lo miró con indiferencia de arriba abajo—. Veremos cómo te comportas en la calle, muchacho.

—No le decepcionaré, señor —afirmó solemne.

—Estrada ha sido el primero de la promoción por mérito propio, señor —afirmó orgulloso de su compañero.

—¿Tú qué eres su novia o su abuela? —preguntó, levantando una ceja. Cogió el cigarrillo que humeaba en un cenicero de propaganda de Cinzano y le dio un par de caladas nerviosas.

—No…, señor… —dijo desconcertado.

—Bien… Van a estar de prácticas durante dos meses con los agentes Villalonga y Padrós.

Los jóvenes asintieron en silencio.

—Lo haremos bien —aseguró Estrada.

—Es usted muy pretencioso, Estrada. Espero que así sea. No soporto las decepciones. ¡Ni a los pretenciosos!

Estrada no contestó, aunque deseaba hacerlo.

—No le decepcionaremos, señor —aseguró Contreras.

—¡Más les vale! Venga, márchense de aquí. ¡A trabajar! Villalonga y Padrós están abajo, pregunten en recepción.

—¡A la orden, señor! —contestaron los dos a un tiempo. Dieron media vuelta y salieron del despacho.

Bajaron a la planta baja y se dirigieron a la recepción. Había agentes que entraban y salían de la comisaría, y varios ciudadanos hacían cola para preguntar en uno de los mostradores.

—¡Eh, pimpollos! —gritó un agente de mediana edad y una prominente panza.

—¿Villalonga? —preguntó Estrada.

—Él es Villalonga, yo soy Padrós —especificó el gordo.

—Yo soy Estrada, y este Contreras.

—Tú ven conmigo, Pimpollo —señaló a Estrada con el dedo. Se dio la vuelta y echó a andar hacia la salida. Daba la sensación de que no se había puesto el pantalón correctamente y lo llevaba caído.

—Me llamo Estrada, Fermín Estrada.

—Está bien, Pimpollo, vamos al coche. —Estrada lo dejó correr, por lo menos, de momento.

Fueron al *parking* subterráneo.

—El vehículo 023 —dijo Padrós. Caminaron en silencio hasta que llegaron al coche—. Toma las llaves, Pimpollo —se las lanzó. Estrada las cogió en el aire.

Se sentó en el asiento del conductor. Padrós se dejó caer en el lugar del acompañante de tal modo que el viejo coche se balanceó considerablemente un par de veces. Su camisa luchó por no romperse y los botones quedaron completamente en tensión.

—¿Adónde vamos?

—Primero, salgamos de aquí.

Estrada giró la llave del contacto y el vehículo se puso en marcha. Lo guio hasta la salida.

—¿Derecha o izquierda? —preguntó al detener el vehículo en la acera.

—Derecha.

—De acuerdo —dirigió el coche hacia la derecha.

—¿Por qué decidiste ingresar en el cuerpo? —preguntó de pronto.

—Siempre he querido ayudar a la gente.

Bajó la ventanilla y apoyó el codo. Estrada se dio cuenta enseguida de qué tipo de persona era.

—¿Eso es lo que te enseñan a decir en la academia?

—Nunca nos dicen qué debemos decir —respondió tan molesto como sorprendido por la pregunta.

Pararon en un semáforo.

—Entonces, ¿qué es lo que te enseñan? —Estrada hizo caso omiso a la pregunta.

—¿Cuál es nuestra misión exactamente?

—Dar vueltas y esperar a que pase el día lo más pronto posible —dijo con una amplia sonrisa que mostró unos dientes bastante amarillos.

El semáforo se puso en verde de nuevo.

—Gira a la derecha, Pimpollo.

—Padrós, te he dicho que me llamo Estrada.

Padrós le miró de reojo, pero no dijo nada.

Tras dar varias vueltas, terminaron en un polígono industrial.

Tomaron un camino sin asfaltar que discurría entre descampados y zonas aún sin urbanizar.

—Por aquí suele haber drogadictos y putas —aseguró Padrós. Estrada conducía lentamente, intentando descubrir a alguno de los adictos entre la maleza.

—¡Písale un poco, muchacho! ¡Que nos van a dar las uvas!

—¿Tienes prisa? —preguntó desafiante.

—Nos ha salido gallito el Pimpollo. —Estrada no contestó, aunque le costó no hacerlo.

—Mira allá. Parece una mujer —dijo, señalando a su derecha. Detuvo el vehículo y Padrós resopló con desgana.

—No podemos pararnos por cada puta con sobredosis que encontremos —se quejó de mala gana—. Tú da el parte por radio y ya vendrán a por ella.

—Puede necesitar nuestra ayuda, creo que se mueve —abrió la portezuela y bajó para dirigirse hacia el cuerpo.

Se colocó unos guantes de látex y le tomó el pulso. Era una mujer blanca y, aunque estaba tumbada completamente en el suelo, parecía bastante alta. Vestía una falda muy corta que permitía ver perfectamente su ropa interior y un top que solamente cubría, sin mucho esmero, unos pechos prominentes.

—No pierdas el tiempo, está frita —aseguró con indiferencia mientras observaba por encima del hombro cómo Estrada la atendía.

—Aún tiene pulso —dijo tras tomarlo en su cuello.

—Mierda… —cogió la radio que llevaba al cinto—. Patrulla 023 a central.

—Adelante 023 —se escuchó por el altavoz.

—Manden una ambulancia a la calle 26. Una posible sobredosis. Mujer blanca de veintitantos años.

—Veinticuatro —afirmó Estrada, que acababa de encontrar su documentación en un pequeño bolso que estaba junto a la mujer.

—Veinticuatro años, central.

—Recibido 023. Una ambulancia va para allá.

—Cierro.

Hasta que llegó la ambulancia, Estrada se mantuvo al lado de la mujer. Retiró la jeringuilla de su brazo y la atendió lo mejor que pudo con los conocimientos que había recibido en la academia de policía.

Sacó la linterna que llevaba en uno de los bolsillos del cinturón policial. Subió uno de sus párpados e iluminó la pupila. Sus ojos eran azules como el cielo en un día de verano.

—Miosis presente.

—¿Eso qué es? —preguntó Padrós

—Las pupilas están completamente contraídas y no reaccionan a la luz. Es un síntoma de abuso de fármacos.

Padrós no dijo nada.

La ambulancia no tardó en llegar. Estabilizaron a la mujer y la subieron. Abrió los ojos un momento y vio a Estrada, que estaba a su lado.

—¿Dónde van a llevarla? —le preguntó a uno de los sanitarios.

—Al Juan XXIII.

—Gracias, muchachos.

Los sanitarios subieron al vehículo y se marcharon.

—La de papeleo que vamos a tener que rellenar —se quejó Padrós—. No deberíamos haber parado. Tendríamos que haber avisado al forense.

—¿Y dejarla morir?

—Ya está muerta de todos modos.

Estrada no comprendía la actitud de Padrós. Volvieron al coche policial y continuaron patrullando.

—¿Y usted por qué se hizo policía?

Padrós guardó silencio por un momento.

—Mi abuelo fue Guardia Civil, y mi padre también…

—Y supongo que usted debía mantener la tradición familiar.

—Sí, supongo que sí…

—¿Cuántos años hace que está en el cuerpo?

—En la policía catalana, desde que se fundó. Pedí el traslado desde la Guardia Civil.

—Entonces, hace…

—Unos veintiocho o veintinueve años.

—¡Toda una vida! —dijo Estrada con la intención de ganárselo.

—Toda una vida —afirmó Padrós melancólico. Sacó la cabeza por la ventanilla y escupió.

Cuando terminó su turno, fue directamente a los vestuarios para cambiarse. Contreras estaba frente a su taquilla, solamente llevaba puestos los pantalones y buscaba dentro del armarito una camiseta.

—¡Contreras! ¿Qué tal te ha ido con Villalonga?

Metió la llave en la cerradura de su taquilla y la abrió. Sacó su ropa de paisano y la dejó sobre el banco de madera que había en medio del pasillo.

—Bien, es un buen tipo. Hemos estado patrullando toda la mañana sin novedad. ¿Y a ti con Padrós?

—¡Ufff! Es todo un personaje —dijo en voz baja—. He visto una mujer tirada en un descampado, y si no llego a ir yo al volante, ni siquiera hubiera parado.

—¡Joder!

—Pues sí, amigo… Es todo muy raro.

—Yo me voy al piso. Estoy cansado y quiero dormir un poco.

Estrada y Contreras habían alquilado un pequeño apartamento en

el centro de Tarragona.

—Yo iré un poco más tarde. Voy a ir al hospital a ver a la mujer.

—¿A qué mujer?

—A la que he encontrado esta mañana, ¡que no te enteras, Contreras!

—¿Vas a ir al hospital a verla? ¿Por qué?

—Quiero comprobar que está bien.

—Está buena, ¿eh? —Se puso la camiseta y cerró su taquilla.

—Tú siempre pensando en lo mismo…

—¿Entonces?

—Ya te lo he dicho, solo quiero ver cómo está, asegurarme de que se encuentra bien.

—Tú sabrás. Me marcho a casa. No hagas ruido cuando entres, quiero descansar. ¡Valor y gloria!

—¡Valor y gloria, amigo!

Contreras se alejó por el pasillo y Estrada continuó cambiándose de ropa.

*****

El hospital Juan XXIII estaba situado cerca del centro de Tarragona, a unos dos quilómetros del Balcó Mediterráni, uno de los lugares más frecuentados por los turistas, y cerca del piso que habían alquilado él y Contreras.

En recepción le indicaron que la mujer se encontraba en la habitación 602. Tomó el ascensor y subió a la sexta planta.

Tocó dos veces la puerta. Nadie contestó. Esperó un momento y abrió con cuidado. De la nada apareció una enfermera.

—¿Qué desea? No puede entrar ahí.

Buscó en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó la identificación policial.

—Llega tarde, agente.

—¿Ha muerto?

—No, pero llega tarde —afirmó la mujer de mediana edad y que parecía bastante estricta—. Deberían haber aparecido antes de que terminase en este estado. Deberían eliminar las drogas de las calles.

—Haré todo lo que pueda, señora.

—¡Señorita! —exclamó molesta.

—No me extraña —murmuró por lo bajo.

—¿Cómo dice?

—Que me gusta la lasaña.

—¿Lasaña? Aquí no damos lasaña. Manzanas hervidas y sopa de fideos.

—Debo interrogar a la paciente —abrió la puerta y entró sin despedirse. Cerró de nuevo tras de sí.

La habitación estaba en penumbra. Solamente entraba un poco de

luz a través de una cortina veneciana que cubría una de las ventanas.

Se acercó en silencio a la cama. No había nadie más en la habitación. La mujer parecía dormida.

—Hola —dijo en voz baja cuando vio que tenía los ojos abiertos.

—Tú eres quien me rescató —respondió con acento extranjero.

—Pensaba que estabas inconsciente.

—Creo que lo estaba. Pero recuerdo tu voz y creo que te vi —tragó saliva—. Gracias —dijo con la voz rota.

—No tienes que agradecerme nada. Es mi trabajo.

—¿Has venido a interrogarme? —preguntó de forma casi imperceptible.

—No… No… He venido a ver si estabas bien.

Encendió una luz de lectura que había encima de la cama. Su cara estaba limpia y su pelo, que era largo y negro, había sido lavado.

—¡Vaya! Tienes mucho mejor aspecto.

—¿Intentas ligar conmigo? —preguntó con desgana.

—Ni mucho menos —se sintió avergonzado—. ¿Por qué te haces esto?

—¿El qué?

—Hacerte daño. Drogarte.

—Mi vida es una mierda.

—¿Una mierda? ¿Cuál es el problema?

—No sabes a qué me dedico, ¿verdad?

—¿Eres prostituta?

Asintió en silencio. Una lágrima surgió de pronto y recorrió rápidamente su mejilla.

—¿Qué puedes decirme de tu chulo?

—Nada. Me matará si sabe que he hablado con la policía.

—No estoy aquí como policía.

Volvió a asentir en silencio.

—¿Cómo te llamas?

—Estrada.

—¿Eso es un nombre o un apellido? —sonrió por primera vez, mostrando unos dientes blancos y bien alineados.

—Un apellido. Todo el mundo me conoce por Estrada.

—¿Tan feo es tu nombre?

Estrada rio.

—No es habitual, por lo menos, no ahora. Me llamo Fermín.

—Tienes razón.

—¿En que es feo?

—No, en que no es habitual.

—¿Y tú cómo te llamas?

—Natalia. Natalia Ceban.

Estrada asintió en silencio.

—¿Cómo has terminado así, Natalia?

—Es una larga historia —dijo con pocas ganas de contarla.

—Tengo tiempo —se sentó en el sillón que había junto a la cama.

—Soy moldava. Quise venir a trabajar.

—¿Y qué pasó?

—Me engañaron —subió las sábanas hasta su quijada, como si quisiera protegerse.

—¿Qué quieres decir exactamente? ¿Cómo pudieron engañarte?

—En Moldavia pagué a un hombre que me prometió que iba a traerme a España.

—¿Cuánto le pagaste?

—Cuarenta mil leus. Todos los ahorros de mis padres. Todos los ahorros de su vida —lamentó.

Estrada resopló apenado.

—Pero algo más tuvo que pasar para que terminaras así —preguntó intrigado.

—Cuando llegué aquí, nos llevaron a una casa. Nos tuvieron varios días allí, encerradas en una habitación. Nos obligaron a dormir en el suelo y solo nos dejaron un cubo para hacer las necesidades.

—Entonces, ¿había más chicas contigo?

—Sí, unas ocho. Pero el viaje lo hicimos tres. O sea, dos y yo. Las otras ya estaban en la habitación.

—¿Y qué ocurrió para..?

—Al cabo de unos días, nos dijeron a las tres recién llegadas que debíamos más dinero. Que nuestra estancia aquí producía unos gastos que debíamos asumir.

—¿Cuánto dinero?

—Dos mil euros más y cincuenta por día. Pero es imposible pagarlo todo. La pelota es cada vez más grande. Entonces, nos obligaron a prostituirnos —empezó a llorar desconsoladamente—. Yo… Yo era virgen… Se lo dije a… a Alexandru, el que nos trajo… Y… ¡Me violó! —Se tapó la cara con las manos y volvió a llorar. Estrada se fijó en ellas. Eran unas manos con unos dedos largos y delgados, las uñas estaban bien cortadas y, aunque no estaban pintadas, se veían bien cuidadas—. Dijo que ahora ya no era virgen y no había problema, que debía trabajar para pagar la deuda.

—¡Hijo de puta! —exclamó Estrada malhumorado.

—No puedo huir… Si me atrapan, me matarán, y si no me cogen a mí, matarán a mi familia en Moldavia.

Estrada puso la mano sobre la suya. Natalia la retiró atemorizada.

—Tranquila, no tengas miedo.

Se levantó y se dirigió a la ventana. Apartó la cortina un poco y la luz pintó de color una parte de la estancia.

Cuando volvió a su lado, se dio cuenta de que era mucho más

bonita de lo que pensaba. Sus ojos eran grandes y de un azul tan claro que nunca antes había visto en una persona. Su tez blanca y sus mejillas ligeramente sonrosadas.

—Vendrán a matarme.

—No lo harán —dijo muy seguro de sí mismo—. ¿De dónde sacaste las drogas? ¿Te las dieron ellos?

—No.

—¿De dónde las sacaste? —volvió a preguntar.

—De un traficante. Es de la familia, pero no se dedica a la trata ni a la prostitución.

—¿Dónde puedo encontrarlo?

—Me matará si se entera de que te lo he dicho, Estrada.

—¿Crees que se lo diré?

La mujer guardó silencio. Estrada miró su reloj de pulsera.

—Aguarda un momento. —Salió de la habitación y fue directamente al mostrador de las enfermeras.

—Buenas tardes, ¿qué desea? —preguntó amablemente una enfermera bastante joven con el pelo rubio y lacio.

Estrada sacó su identificación policial.

—Buenas tardes, señorita. La paciente de la 602 necesita protección. Haga el favor de llamar a seguridad.

—¿Ocurre algo?

—De momento, no, pero es preferible tomar precauciones. ¿Me permite hacer una llamada?

—Naturalmente, agente. —Tomó el teléfono, un modelo Heraldo de Telefónica de color verde pálido y lo subió al mostrador.

—Muchas gracias —dijo con una sonrisa amable. La mujer le devolvió el gesto.

Estrada marcó el número del despacho del sargento Reyes.

—¡Reyes! —dijeron al otro lado de la línea.

—Soy Estrada.

—¿Quién?

—Estrada, Fermín Estrada. Me he incorporado esta mañana.

—¿Y qué quieres, Estrada? ¿No has terminado tu turno?

—Sí, señor, pero he ido al hospital para ver cómo estaba la chica de la sobredosis de esta mañana.

—¿Y está bien?

—Mejor que esta mañana, señor…

—Pues vete a casa, Estrada.

—No puedo hacer eso, señor… Esta chica está aterrorizada, es prostituta y temo por su seguridad.

—Cuando te vi esta mañana, sabía que eras distinto.

—Gracias, sargento —hubo un momento de silencio.

—¡Y que me ibas a dar por culo! —exclamó divertido.

—Me ha estado hablando de una red de prostitución, sargento. Me gustaría investigar un poco por mi cuenta, con su permiso.

Reyes guardó silencio un momento, que se hizo eterno para Estrada.

—¿Qué necesitas?

Estrada suspiró aliviado.

—Alguien en la puerta. Temo que puedan venir a matarla.

—Está bien. Hecho. Llegará en media hora.

—Señor, ¿a quién va a mandar?

—A Morales. Es de confianza.

—¿Está seguro?

—Lo estoy. Es mi sobrino.

—En ese caso, seguro que no hay nadie mejor.

—No lo hay —aseguró.

—Gracias, señor. Le mantendré informado.

—No me falles. Y no te pongas en peligro —colgó el aparato.

Estrada hizo lo propio.

—Gracias, señorita —dijo, devolviéndole el teléfono.

—De nada, agente —le miró directamente a los ojos y le dedicó una sonrisa.

Regresó a la habitación junto a Natalia.

—Pensé que no volverías.

—Pues aquí estoy. Va a venir alguien a custodiarte. —Se sentó en el sillón.

—¿Estoy detenida?

—No.

—Bien… —hizo una pequeña pausa—. Cuando me echen de aquí, no sé adónde voy a ir.

—No te preocupes por eso ahora. Veamos antes cómo evoluciona todo. Primero, tienes que recuperarte.

—Está bien. Puedes abrir toda la cortina, si lo deseas.

Estrada se levantó del sillón y fue a la ventana. Descorrió la cortina y la habitación quedó iluminada por completo. Volvió a sentarse.

—¿A qué te dedicabas en Moldavia?

—Soy maestra. Hacía dos años que había terminado mi carrera. No encontraba trabajo, solo me ofrecían prácticas y suplencias. Estuve casi todo ese tiempo haciéndolas. Normalmente, no nos pagaban, y si lo hacían, era una miseria. Al final, me decidí por venir aquí y probar suerte. Mis padres vendieron el coche para que pudiera pagar a ese maldito… —hizo una pausa—. Y tú, ¿cuánto hace que eres policía?

Estrada miró su reloj de pulsera.

—Unas ocho o nueve horas. Hoy es mi primer día.

—Entonces, ¡estoy perdida! —bromeó. Luego sonrió.

—Deberías sonreír más.

—¿Por qué?

—Porque es más sano que fruncir el ceño. Y además tienes una bonita sonrisa.

—En Prepelita, mi pueblo, había un chico que me decía eso a menudo. *Ai un zâmbet frumos.* Pero nunca le hice demasiado caso. No era mi tipo…

Estrada sonrió en silencio.

—¿Quién te vendió la droga?

—Si te lo digo, irás a por él.

—Sí.

—Entonces… —hizo una pausa para pensar—, no te lo diré.

—¿Por qué? —preguntó molesto.

—Me matarán. Vendrán a por mí y me matarán —afirmó aterrada.

—No lo permitiré. Pero tienes que decírmelo para poder ayudarte.

—No podrás evitarlo… No sabes de lo que son capaces.

—Ni ellos de lo que yo soy capaz. Dímelo y podré cambiar esta situación.

Pensó por un momento.

—Está bien —dijo al fin—. Le llaman Seis Dedos, Armando Seis Dedos.

—¿Dónde puedo encontrarle?

—En Camp Clar.

—¿Dónde es eso? Recuerda que solamente llevo un día en Tarragona —rio, y Natalia también sonrió.

—En la zona de… Hay un campo de fútbol. Camp Clar es un barrio, uno de los más humildes de Tarragona.

—¿Es dónde está el polideportivo?

—No, más al sur. El campo de fútbol está al lado de una zona sin edificar, a unos cincuenta metros hacia dentro hay una caseta abandonada de unos antiguos agricultores. Allí suele estar Seis Dedos.

Llamaron a la puerta. Estrada se levantó y abrió despacio.

—Soy Morales —dijo un muchacho un par de años más joven que él. Le mostró su identificación policial.

—Pasa, soy Estrada —abrió la puerta para que entrara y mostró su identificación. Se dieron un apretón de manos.

—Reyes me ha dicho que hay que proteger a una mujer.

Caminaron hasta la cama.

—Te presento a Natalia Ceban.

Se saludaron. Volvieron a llamar a la puerta y Estrada fue a abrir. Tras ella aguardaba un hombre de mediana edad con el pelo canoso y un traje barato de color oscuro. Le acompañaban dos hombres vestidos con el uniforme de la empresa de seguridad del hospital.

—Buenas tardes. Soy el jefe de Seguridad del hospital. ¿Cuál es el problema?

Estrada se identificó, salió fuera y cerró la puerta.

—Esta mujer está en peligro. Dentro habrá un agente las veinticuatro horas, pero quiero a un hombre aquí fuera. Puede estar sentado, pero no debe marcharse sin que haya un nuevo agente custodiando la puerta.

—¿Alguna indicación más?

—Debe ir armado y estar dispuesto a usar el arma.

—De acuerdo.

—Si no hay ninguna pregunta más…

—Por el momento, no.

—En ese caso, a trabajar —le dio la mano al jefe de Seguridad, que la apretó con determinación.

Uno de los agentes de seguridad del hospital se quedó en la puerta y el otro se marchó con su superior.

Estrada volvió a entrar y se acercó a la cama.

—Natalia, debo marcharme.

—Si me dejas sola, me matarán.

—No estarás sola. Hay un hombre fuera y Morales se quedará aquí contigo.

Morales asintió en silencio.

La mujer no se quedó muy convencida. Estrada le cogió la mano para tranquilizarla, y esta vez no la retiró.

—No me moveré de aquí, señorita. No se preocupe. Más tarde vendrá una agente femenina, por si… Bueno, ya me entiende… Su intimidad… —dijo con una amplia sonrisa que mostró dos hoyuelos en las mejillas.

—¿Lo ves? No debes preocuparte por nada. Tengo que irme.

Natalia apretó con fuerza la mano de Estrada. Estaba aterrada. Él sonrió y ella le soltó. Hizo un ademán a modo de despedida y salió de la habitación en silencio y sin mirar atrás.

II

Comió un bocadillo y tomó un refresco en la barra del hospital; luego, con su Peugeot 205 de color rojo, el mismo que le trajo de Barcelona, se dirigió al lugar donde Natalia dijo que podría encontrar a Seis Dedos.

Cuando vio el campo de fútbol, buscó un lugar para aparcar. Lo encontró enseguida, a unos cincuenta metros de donde empezaba el descampado. Se apeó y anduvo por la acera hasta el final. En el momento en el que sus pies empezaron a caminar sobre la tierra, vio la caseta que Natalia le describió. Estaba a unos cincuenta metros, junto a un árbol. Aunque unos matojos confundían la entrada, la silueta de la construcción no dejaba lugar a dudas, era una antigua caseta de labradores.

Continuó hacia allí observando en todas direcciones para no ser sorprendido. No había nadie cerca.

Llegó a la entrada. Era una puerta de madera listonada de color verde. La pintura estaba desconchada y el tirador oxidado. Acercó la cabeza para escuchar si había alguien dentro, pero parecía que no había nadie. Intentó abrir, pero estaba cerrada con llave. Rodeó por completo la caseta.

Volvió al coche por el mismo camino. No había nadie, continuar allí era perder el tiempo. Se sentó, bajó la ventanilla y encendió un cigarrillo. Empezó a darle vueltas a todo aquello. Pensó que podía ser mentira y que Natalia había inventado aquella historia. Quizá, a pesar de su cara angelical, no era más que una yonqui con una historia que estaba usando para manipularlo de algún modo. Pero ¿con qué fin?, ¿para qué?, ¿qué podría conseguir Natalia de Estrada? Sabía que no era más que un agente raso, sin ninguna influencia dentro del cuerpo de policía ni ningún poder para cambiar su penosa vida, entonces, ¿qué buscaba? Quizá la historia que le contó era cierta, aunque, hasta aquel momento, lo único verídico de su historia era la existencia de aquella caseta.

—¿Estás buscando guita? —preguntó una voz a su izquierda.

Estrada se sobresaltó de tal modo que el cigarrillo que sujetaba cayó sobre su regazo. Lo cogió rápidamente para que no se le quemaran los pantalones. Giró la cabeza y vio a un hombre desaliñado que apoyaba el brazo en el techo del 205.

—¿Quién coño eres tú? ¡Joder, qué susto me has dado! —Puso la mano sobre su arma reglamentaria, que llevaba oculta colgada del cinto y quitó el seguro disimuladamente.

—¿Quieres guita o no? —preguntó arrastrando las palabras.

—¿Qué guita?

—Droga, guita… Te he visto en la caseta. —Su cara era redonda y estaba bastante sucia. Necesitaba un afeitado con urgencia y un dentista que reparara los incisivos, que se veían partidos, formando una especie de cueva.

—¿Eres tú quien la vende? —Miró por los retrovisores por si había alguien más.

—¿Tengo cara de empresario? ¿Eres de la bofia? ¡Mierda! ¿No serás un madero? —Retiró el codo del techo del coche y se separó un poco.

—¿De verdad tengo cara de *tombo*?

—No sé, compadre… —Le miró como si quisiera descubrirle—. No serás un picoleto, ¿no, *neng*? A esos cuesta más pillarles.

—¿Quién vende la droga? Soy nuevo en la ciudad y me han dicho que viniera aquí.

—Es muy pronto, *neng*. Hasta que no se hace de noche, Seis Dedos no aparece.

—¡Joder! Entonces tendré que volver luego… —se quejó con disimulo.

Volvió a poner el seguro a su arma y le dio al contacto del coche. Se marchó sin decir nada más.

En el mes de junio el sol no se pondría hasta las nueve y media de la noche en aquella latitud. Aún no eran las seis de la tarde. Tenía tres horas para ir a casa y descansar un poco.

Cuando llegó, Contreras todavía dormía. Entró despacio para no despertarle, fue a la cocina y cogió una cerveza de la nevera. Encendió el televisor y quitó el volumen para no molestar a su amigo, después, se tumbó en el sofá. Sin darse cuenta, cerró los ojos por un momento y se quedó dormido. Cuando volvió a abrirlos, miró el reloj. Había pasado una hora y media, pero se sentía lo suficiente descansado como para continuar aquella jornada que ya de por sí resultaba intensa.

Se levantó y fue al baño. Se lavó la cara. Al mirarse en el espejo se dio cuenta de que no pasaba por un yonqui. «Pero ¿qué pinta tenían los yonquis?», pensó. «También los hay que son niños de papá, aunque quizá esos no van a comprarle a Seis Dedos».

De Barcelona había traído un sombrero de paja de estilo canotier que le cogió prestado a su padre. Él ya no lo usaba hacía tiempo. Se lo puso y volvió a mirarse en el espejo. Se deshizo de la camisa blanca que llevaba y se puso una camiseta de propaganda de una marca de refrescos, que consiguió el año anterior en un torneo de playa de voleibol.

—Estoy ridículo —dijo para sí. Pero era exactamente lo que buscaba.

Se quitó los pantalones largos y se vistió con unos cortos deshilachados. Volvió a mirarse al espejo.

—¿Vas a robar una gasolinera? —preguntó divertido Contreras, que acababa de levantarse.

—Voy a pillar droga.

—Tío, eso es ilegal… —Se acercó al W.C. y levantó la tapa.

—Lo sé, por eso tú vas a acompañarme. Tienes que coger tu cámara y hacer algunas fotos que demuestren que me la han vendido.

—Estrada, para una operación encubierta necesitamos permiso de nuestro sargento. ¡Por Dios, Estrada, que es nuestro primer día! ¿Quieres que nos echen el primer día? —dijo desesperado. Terminó de orinar y volvió a bajar la tapa. Luego, apretó el pulsador y el inodoro se llenó de agua, la misma que desapareció.

—Tranquilo, el sargento está al tanto.

—¿Sabe que vas a hacer una operación encubierta?

—No, pero… tú confía en mí.

Contreras resopló y miró al techo. Sabía que era imposible intentar convencerle de que se trataba de una mala idea.

—Cuando se te mete algo en la cabeza… —Se acercó al bufete del comedor, abrió uno de los cajones y sacó una cámara automática. Después, fue a su habitación y regresó con su arma, a la que le colocó el cargador y guardó en su funda del cinturón.

—Vámonos —dijo Estrada.

Bajaron por las escaleras hasta el garaje subterráneo, subieron al coche de Estrada y fueron hasta el descampado que había al lado del campo de fútbol de Camp Clar.

Aparcó perpendicularmente a la caseta.

—Tú quédate en el coche y toma fotos.

Contreras asintió en silencio. Estrada se colocó el sombrero canotier y salió del coche. Puso cara de no haber dormido en tres días y se encaminó a la caseta. La puerta continuaba cerrada. Llamó un par de veces con los nudillos y la abrieron.

—¿Qué quieres? —preguntó un tipo de etnia gitana. Su pelo era negro y largo y su tez bastante morena. Tenía nariz aguileña y los ojos extrañamente juntos.

—Guita, me han dicho que tú la vendes barata. Me acabo de mudar a Tarragona, soy nuevo por aquí.

—No serás madero… —blandió un cuchillo frente la cara de Estrada.

—¡Qué dices, *neng*! Yo solo quiero guita para chutarme un rato…

—Entra. —Cuando Estrada estuvo dentro de la caseta, el gitano cerró la puerta.

—¿Eres Seis Dedos?

—¿Quién lo pregunta?

—Me dijeron que tú eres quien controla el bacalao en esta zona.

Llamaron a la puerta tres veces, y luego dos más rápidamente.

—Espera ahí —dijo, señalando a la derecha, a un sofá con los muelles rotos.

Estrada fue adonde le había dicho y quedó de espaldas a la entrada.

El otro la abrió.

—¿Tienes lo mío? —preguntó el recién llegado. Estrada miró de reojo. Era un hombre de mediana edad, ni alto ni bajo y bastante gordo. Llevaba la camisa abierta, mostrando un torso peludo y una cruz de oro que reflejó la luz un par de veces.

—Aquí está. —Le entregó un fajo de billetes enrollados y sujetos por una goma elástica.

—Veo que la venta te va bien. ¿Tú también vienes a por tu dosis de felicidad? —Estrada respondió con una especie de gruñido para que no le reconociera. Se ajustó el sombrero y lo ladeó un poco para que no pudiera verle la cara.

El hombre abrió la puerta y salió. Estrada compró una dosis y volvió al coche. Se sentó en el lado del conductor y cerró la portezuela.

—¿Has visto al tipo que ha salido?

Contreras estaba pálido.

—Le he visto, Estrada. Ese tío es de los nuestros… ¿Qué ha ocurrido allí dentro? ¿Te ha reconocido? —preguntó preocupado.

—Creo que no… Ha recibido un soborno. ¿Quién es?

—No sé cómo se llama, pero es de la comisaría, es policía.

—¡Mierda! ¡Joder! Esto se nos escapa de las manos… —lamentó Estrada.

—¿Qué tienes pensado hacer?

—¿Has hecho alguna foto?

—Sí —contestó secamente—. Dos o tres.

—¿Cuántas has hecho? ¿Dos o tres?

—No lo sé, Estrada, estaba muy nervioso… Estoy muy nervioso.

—Está bien, tranquilo… Volvamos a casa.

—¿Has comprado eso?

—Sí.

—¿Cuánto te ha costado?

—Cinco mil pesetas.

Contreras silbó.

—Espero que consigas pasártelo muy bien… —bromeó.

—No digas tonterías…

Estrada arrancó el motor y volvieron a casa.

III

La mañana siguiente, antes de entrar a trabajar, Estrada llevó el carrete de fotos a un laboratorio de revelado rápido que había cerca de la comisaría. Luego, empezó su turno de patrulla con Padrós, e iniciaron la ruta de forma idéntica al día anterior.

—He oído que a la chica que salvaste ayer le han puesto protección —dijo al parar en un semáforo en rojo.

—¿De veras?

—¿No sabes nada de eso? —Estrada recordó el compromiso de Reyes de no decir nada a nadie. Por un momento, pensó que se la había jugado.

—Nada en absoluto. ¿Debería?

—No lo sé. Te preocupaste tanto por salvarla… Pensé que os habíais hecho amigos —agregó en tono de burla.

—Es nuestro trabajo, Padrós —dijo solemne.

Padrós guardó silencio por un momento.

—Mira, Pimpollo, esto es la vida real, no es la academia. Aquí las cosas se hacen de otra forma… El reglamento y el código de honor están muy bien, pero forman parte de los libros de historia. Las calles no perdonan. Los delincuentes no conceden medallas al mérito, y las que te otorgan después de muerto solo sirven para aumentar el peso de tu féretro.

—Lo sé, Padrós, pero eso no nos da derecho a saltarnos las normas.

—Yo no he dicho eso —dijo a la defensiva—. Solo estoy diciendo que, a veces, hay que hacer la vista gorda con según qué cosas. La chica de ayer, por ejemplo, puede que se tratara de un ajuste de cuentas, o que le haya faltado el respeto a su chulo… —Bajó la ventanilla y apoyó el codo.

—¿Y por eso debimos dejarla morir? ¿Es lo que estás intentando decirme?

—Pensaba que eras más listo, muchacho —resopló—. Esto va a ser más difícil de lo que pensaba…

—En ese caso, explícamelo mejor para que lo entienda.

El semáforo se puso en verde. Estrada emprendió la marcha.

—Para en la esquina.

—¿Has visto algo?

—Tú, para —ordenó tajante.

Giró a la derecha y detuvo el vehículo donde le había dicho Padrós, en doble fila.

—Mira, muchacho, aquí en Tarragona hay mucha delincuencia y el

crimen organizado campa a sus anchas. No tenemos efectivos y no hacen más que mandarnos a pimpollos como tú sin experiencia y una formación insuficiente. Los veteranos hacemos más de tutores que de policías…

—¿Me estás diciendo que permitís la delincuencia?

—¡Ni mucho menos, Pimpollo! Simplemente, les dejamos actuar en la periferia y, a cambio, no entran en la ciudad. Siempre ha sido así, y debe continuar siéndolo.

—La zona de Camp Clar es la que nosotros tenemos asignada.

—Cierto.

—Y es zona periférica.

—Así es.

—En ese caso, ¿debemos permitir cualquier delito?

—No, cualquier delito, no. Pero a los señores de la droga y la prostitución los dejamos estar. ¿Entiendes? Nosotros no les molestamos y ellos no molestan a la ciudad.

—Sí, creo que voy comprendiendo —dijo para seguirle la corriente.

—Así me gusta, muchacho, sabía que no me decepcionarías. Horacio dijo que eras un soplón, pero yo le dije: «No, mi muchacho no puede ser un soplón». —Estrada mostró media sonrisa de forma forzada—. Vamos, continuemos la ronda.

Arrancó el motor de nuevo y siguieron circulando sin volver a hablar del tema.

Al terminar el turno, bajó a las taquillas y notó que algunos agentes le observaban, pero pensó que eran imaginaciones suyas. Se cambió rápidamente y fue a la tienda de revelados, que estaba a dos calles de la comisaría. Recogió las fotos y regresó. Subió solo en el ascensor y aprovechó para mirarlas.

—¡Mierda! ¡Casi no se ve nada! —resopló con fuerza.

Las puertas del ascensor se abrieron. Guardó las fotos rápidamente, salió y se dirigió al despacho del sargento Reyes. Tocó dos veces el cristal con los nudillos.

—¡Pase! —gritaron desde dentro—. ¡Hombre, Estrada!

—Señor, esta mañana no he podido agradecerle la protección de la testigo.

—¿Ahora es una testigo? —preguntó sorprendido.

—En mi opinión, lo es, señor.

—Está bien, siéntate —ordenó—. Cuéntame. —Se reclinó en la silla giratoria de madera oscura.

—Ayer, cuando salí de mi turno, fui a ver cómo estaba la chica. Natalia me contó la forma en la que entró en nuestro país y cómo la engañaron. Es víctima de una trata de blancas, sargento. Al llegar aquí desde Moldavia, le dijeron que la deuda no estaba cancelada y que aumentaba día a día. La violaron y la obligaron a prostituirse.

El sargento Reyes resopló sorprendido por lo que Estrada le estaba contando. Escuchaba atentamente con los ojos muy abiertos.

—Continúa.

—El que le vendió la droga es un tal Seis Dedos y actúa en el barrio de Camp Clar. Está relacionado con los que la trajeron aquí.

—¿De qué manera?

—No lo sé exactamente.

Hizo una pausa que Reyes aprovechó:

—La experiencia te enseñará que droga y prostitución van de la mano.

—Todo apunta a ello, sargento.

—Pasaremos el caso a narcóticos para que se hagan cargo.

—Hay más, sargento.

—Ayer por la tarde, después de ir a ver cómo se encontraba Natalia Ceban, fui a investigar el lugar en el que me dijo que podría encontrar a Seis Dedos.

—¿Tú solo?

—Sí, sargento.

—¡Podría haberte ocurrido algo, Estrada! No vuelvas a hacer algo así —dijo con el ceño fruncido mientras le apuntaba con el dedo índice.

Estrada guardó silencio por un momento. Reyes tenía razón, podría haber sucedido algo irremediable.

—No había nadie.

—¡Menos mal!

—Pero volví por la noche con Contreras.

—¡Maldita sea, Estrada! ¿A quién más has implicado?

—A nadie más, sargento. Contreras ni siquiera salió de mi coche, pero hay algo que debe saber…

—¿Qué has hecho? —preguntó retóricamente.

—A las nueve y media había un tipo dentro, se presentó como Seis Dedos.

—Bien, pues ya tenemos al tipo. Irán a detenerlo hoy mismo. —Cogió un folio en blanco y empezó a tomar notas.

—Hay más.

—¿Más? Acabarás conmigo el segundo día, Estrada. —Volvió a fruncir el ceño—. ¡Pareces gallego! ¿Quieres soltarlo todo de una vez?

—Me temo que esto no le gustará —tragó saliva—. Mientras estaba con Seis Dedos en la caseta, llamaron a la puerta. Entró alguien.

—¿No le viste la cara? ¿La llevaba cubierta?

—No, sargento. Yo me giré de espaldas para que no me pudieran reconocer, pero miré de reojo y estoy muy seguro de quién era. Ahora me he asegurado, porque en aquel momento no lo supe, pero esta mañana, cuando ha pasado lista en la reunión matutina, mi duda se ha

despejado. Vi cómo Seis Dedos le entregaba un fajo de dinero.

—¿Estás insinuando que es un policía? ¿Uno de los nuestros?

—Así es, sargento.

—Venga, Estrada, ¡no me jodas! —Se reclinó con tal fuerza en la silla que crujió como si fuera a romperse—. ¿Quién? ¿Quién es el maldito traidor?

—El cabo Pérez.

—¿Marcos Pérez? ¿Estás seguro, Estrada? Una acusación de este tipo es muy grave y puede meterte en muchos problemas si no tienes pruebas. Estrada sacó del bolsillo trasero de su pantalón un pequeño sobre del que extrajo las fotos que hizo la noche anterior. Las dejó encima de la mesa para que Reyes las cogiera.

Reyes las examinó detenidamente.

—¿Esta quién es? ¿Una prostituta?

—No, señor… Es… Es la hermana de Contreras. El carrete estaba empezado. La tomaron la semana pasada en la playa —dijo avergonzado.

—Está buena… Toma. —Se la devolvió. Estrada la guardó en el sobre y la metió en el bolsillo trasero.

—¿Qué opina?

—¿Y dices que viste cómo recibía un soborno?

—Sin lugar a dudas, señor.

Reyes resopló

—Vamos a ver… —inspiró profundamente y se apoyó en la mesa—. Te creo —dijo al fin. Estrada suspiró aliviado—. Pero tenemos un problema. Es tu segundo día y esto ocurrió en tu primer día. Las imágenes no son claras ni las pruebas concluyentes, son circunstanciales. En ellas, solamente se ve en medio de la noche a Pérez caminando por un descampado. Eso es lo que dirá cualquier juez, incluso el fiscal pondrá impedimentos para llevar el caso a juicio. —Jugueteó con el lápiz, golpeando la mesa repetidamente mientras se tomaba un momento para pensar—. Tienes que conseguir algo más. Pillarles con las manos en la masa… No tienes nada, Estrada…

—Pero, señor…

Reyes le interrumpió levantando la mano.

—No obstante, no puedo dejar esto así. Nos ha costado un gran esfuerzo el despliegue de este cuerpo en Cataluña y no podemos permitir que la corrupción se enquiste. —Hizo una pequeña pausa—. Necesito pensar en todo esto…

—Creo que hay algo más que debería saber.

—Creo que por un día ya he tenido bastantes malas noticias. ¿Qué hay más?

—Padrós se negó a rescatar a la chica.

—¿Se negó a darle auxilio?

—Sí, sargento. Pero preferiría que por el momento no dijera nada al respecto. Tengo la sensación de que todo esto tiene relación con Seis Dedos y el tema de la trata.

—¿En qué te basas, Estrada?

—En resumen, podríamos decir que me dejó claro que aquí las cosas se hacen de otra manera, que una de las formas de que no entren en la ciudad es permitirles hacer lo que quieren en la periferia.

—¿Y eso cuándo te lo ha dicho?

—Esta misma mañana. Sabe que la chica tiene protección. Tiene algún topo.

—Confío en mi sobrino, Estrada.

—Yo también. No creo que sea él.

—En ese caso, tiene que ser la agente femenina… ¿Tienes un teléfono móvil?

—No, sargento…, no me lo puedo permitir.

—Pues cómprate uno. Este es mi número. A partir de ahora, hablaremos de este tema solo a través del móvil o fuera de esta oficina. ¿Quieres que te cambie de compañero?

—De momento, no. Sospecharían.

—Bien.

—Pero necesitaré un sitio para esconder a Natalia cuando le den el alta.

Reyes pensó un momento.

—Contreras y tú vivís juntos, ¿no?

—Sí, tenemos un piso alquilado cerca del centro.

—Pues de momento llévatela allí. Ya pensaremos en algo.

—A la orden, sargento. —Mostró media sonrisa.

—Esta mierda me va a costar un montón de papeleo. ¿Algo más?

—Por ahora, no, señor.

—Pues lárgate de aquí y déjame pensar cómo solucionamos todo esto…

Estrada se levantó y salió del despacho del sargento. Dio gracias por no estar en su lugar, aunque el suyo tampoco era mucho mejor en aquel momento.

Los días que siguieron, Estrada continuó haciendo sus turnos de patrulla con Padrós. No pasó nada extraordinario: un accidente de tráfico, un pequeño robo en una tienda y una discusión matrimonial en la que tuvieron que mediar.

Al tercer día, Natalia Ceban recibió el alta médica. Estrada la sacó del hospital por la entrada de servicios por si alguien les estaba vigilando. La llevó directamente a su casa, la instaló en su propia habitación y se ofreció a ocupar el sofá. No había más habitaciones, era un piso pequeño.

—Gracias por dejar que me quede aquí —dijo nada más cerrar la

puerta de entrada.

—No tienes nada que agradecerme. Es un placer. Deja aquí tus cosas —pidió, señalando un espacio junto a la puerta.

Contreras apareció en la entrada.

—Tú debes ser Natalia. Hola, soy Marcelino Contreras, compañero de Estrada. —Se dieron un par de besos—. Ahora comprendo por qué Estrada se ha empeñado tanto en protegerte.

—Mira que eres capullo, Contreras —le interrumpió molesto.

Natalia sonrió con timidez.

—Me alegro de que estés aquí. Has tenido que pasarlo muy mal. A partir de ahora, todo irá mejor, ya lo verás.

—Muchas gracias, Marcelino.

—Puedes llamarme Marce si quieres. Todos me llaman así.

—De acuerdo, Marce.

—Acompáñame —pidió Estrada—. Te enseñaré tu habitación.

Abrió la puerta del recibidor. Tras ella, el comedor, y a la derecha un pasillo conducía a las habitaciones, el baño y la cocina.

—Y tú, ¿dónde vas a dormir? —preguntó al ver que solamente había una cama.

—No te preocupes, yo dormiré en el comedor, en el sofá.

—Me sabe mal que por mí tengáis que cambiar vuestra rutina y vuestras vidas.

—No te preocupes, lo importante es que no te ocurra nada.

Contreras entró en la habitación con las bolsas que había traído Natalia.

—Muchas gracias, Marce. Sois muy amables.

—Mañana iremos a comprarte algo de ropa. Mi hermana vive aquí en Tarragona; si quieres, puede acompañarte. —ofreció Contreras.

—Gracias. ¡No sé qué haría sin vosotros, chicos! —reconoció emocionada.

—Será mejor que te dejemos instalarte —observó Estrada.

Los dos hombres salieron de la habitación y cerraron la puerta.

—Voy a salir a comprar —dijo Contreras.

—¿Qué hace falta?

—Para cenar.

Estrada Sacó la cartera del bolsillo trasero del pantalón.

—Toma, dos mil pesetas.

—¡Qué generoso te has vuelto! —bromeó Contreras.

—Compra algo de eso que necesitan las mujeres…

—¿El qué?

—No sé… Pregunta a tu hermana…

Contreras resopló divertido.

—Hasta luego.

Salió del piso y cerró la puerta. El apartamento quedó en absoluto

silencio. Estrada se sentó en el sofá y buscó el mando a distancia del televisor. De pronto, escuchó lo que parecía un sollozo. Agudizó el oído y se dio cuenta de que provenía de la habitación en la que se encontraba Natalia. Se levantó y se dirigió a la puerta. Tocó dos veces. No contestaron. Volvió a intentarlo, esta vez llamó tres veces. Escuchó caer algo. Sacó su arma del cinto y abrió la puerta. Natalia estaba de pie, junto a una cajonera alta sobre la que Estrada guardaba un par de botes de colonia y un marco con una foto. Solamente llevaba puesto el sostén y un tanga, ambos de color negro. Al percatarse de que estaba en ropa interior, entornó la puerta.

—¿Te encuentras bien? ¿Necesitas algo, Natalia?

—No… No… —dijo entrecortadamente—. Puedes entrar, tranquilo, estoy bien.

Abrió la puerta y entró.

—Pero… estás en ropa interior. Abre mi armario, hay una bata, puedes usarla si quieres.

—No te preocupes… Me han visto desnuda tantos hombres ya que uno más no importa.

Estrada se giró para respetar su intimidad. Natalia abrió el armario y buscó la bata que Estrada le dijo.

—No la encuentro. La bata, no la encuentro.

Estrada se acercó al armario. No pudo evitar observarla. «Realmente es muy atractiva, menudo cuerpazo», pensó. Miró en el armario.

—Está aquí. —La cogió y se dispuso a ponérsela.

—Gracias. No sé cómo podré agradecerte todo lo que estás haciendo por mí.

Cuando la miró a los ojos, advirtió que había estado llorando, estaban enrojecidos.

—¿Qué voy a hacer ahora? Me van a echar del país… Eso si no me matan antes… Vendrán a por mí… —Volvió a llorar y se abrazó a Estrada.

—Nadie te va a matar, ni te van a echar de ninguna parte.

—¿Cómo estás tan seguro?

—No lo permitiré. —Natalia le abrazó con más fuerza—. No sufras más. Cuando vuelva Contreras, voy a salir un momento.

—No me dejes sola. —Se separó lo suficiente para ver cómo en su rostro se dibujaba el miedo. Besó su frente con suavidad.

—No estarás sola, estará Contreras.

—Pero prefiero estar contigo —dijo atemorizada.

—Está bien. En ese caso, dúchate, si quieres, y cámbiate. Vendrás conmigo.

La muchacha asintió en silencio.

Estrada salió de la habitación y se acomodó en el sofá para ver la

tele. Un cuarto de hora más tarde, Contreras entró en el apartamento.

—Deja que te ayude. —Se acercó y le cogió un par de bolsas de la compra.

—Espero no haberme dejado nada. He hablado con mi hermana…

—Creo que no hará falta. Vamos a salir. Si necesita algo, ya lo compraremos.

—¿Adónde vais a ir?

—A comprar el teléfono móvil que me dijo Reyes.

—*OK*.

Fueron a la cocina, dejaron las bolsas sobre la encimera y empezaron a vaciarlas.

—Champú, gel de baño, una esponja, un cepillo para el pelo…

—Creo que lo va a necesitar todo…

Natalia entró en la cocina.

—Hola —dijo tímidamente.

Los dos hombres se giraron a la vez.

—Espero que no te moleste que te haya cogido prestada tu ropa. —Llevaba puesta una camiseta que había anudado en forma de top y unos pantalones tejanos a los cuales les arremangó el bajo porque le quedaba largo.

Estrada y Contreras se quedaron sin habla.

—Creo que… que… necesitas ropa —tartamudeó Contreras.

—Te hemos comprado esto.

—Se lo he comprado yo —reclamó Contreras

—¡No seas niño, Contreras! ¡Yo también he contribuido!

Natalia se acercó y le dio un beso en la mejilla.

—¿Y yo qué? —se quejó Estrada divertido.

Se acercó a Estrada y le besó igual que había hecho con su compañero.

—No sé cómo podré agradeceros todo esto…

—No tienes nada que agradecernos —afirmó Contreras.

—Será mejor que nos marchemos ya o se nos hará tarde.

Natalia asintió en silencio y siguió a Estrada hasta la puerta.

A un par de calles había una tienda de telefonía. Natalia le ayudó a escoger el terminal, aunque realmente no había mucho donde elegir, ya que la oferta era bastante limitada y poco o nada se diferenciaban unos aparatos de otros.

Más tarde, Estrada la acompañó a algunas tiendas de ropa. No podía volver para recuperar la suya, y la que llevaba cuando la encontraron estaba en bastante mal estado.

Regresaron a casa cuando ya oscurecía. Contreras se encontraba en el sofá del comedor frente el televisor. La voz de Joaquín Prat resonaba, *El Precio Justo* acababa de comenzar su emisión.

—¿Habéis comprado medio Tarragona o qué? —bromeó al verlos

llegar con tantas bolsas. Apagó el aparato.

—¡Sí! —exclamó Natalia con júbilo—. ¡Gracias a los dos!

—Todo esto se lo debes a Estrada.

Estrada guardó silencio, solamente sonrió.

—¿Lo has pagado todo tú?

—Sí —admitió.

—¿Por qué? —preguntó, abriendo mucho los ojos.

—Necesitabas ropa. Yo te puedo prestar un par de camisetas y unos pantalones, pero bragas y sostenes no tengo —dijo con guasa.

—¡Qué graciosillo eres, Fermín!

Estrada hizo una mueca.

—Te lo devolveré —aseguró Natalia.

—Anda, ve y guarda tus cosas.

La muchacha asintió con una gran sonrisa que mostró sus dientes y entró en la habitación. Estrada se sentó junto a Contreras. Aquella noche, Natalia quiso devolver parte de la ayuda que le estaban prestando y preparó la cena.

IV

Al día siguiente, cuando terminó el turno de patrulla con Padrós, el sargento Reyes mandó llamar a Estrada a su despacho. Notó que su corazón se aceleraba, parecía que iba a salírsele por la garganta. No conocía aún a Reyes los suficiente como para imaginar qué era lo que podría decirle. No quiso hacerle esperar y acudió antes de cambiarse la ropa y ponerse la de calle.

Llamó a la puerta y entró.

—Sargento, me ha dicho el cabo que me ha llamado.

—Así es, Estrada. Siéntate. —Sintió que, en cualquier momento, su corazón saldría disparado por su garganta y caería sobre la mesa hasta que dejara de latir. Tomó asiento en una de las dos sillas de madera que había frente al escritorio. Sus manos estaban sudorosas.

—Usted dirá, sargento —dijo en un esfuerzo casi sobrehumano por mantener la compostura.

—Bien, debo reconocer que cuando viniste con tu historia, me sorprendió bastante. No porque mintieras, ni mucho menos, pero sí me extrañó que el primer día fueras capaz de identificar una red criminal. Debo reconocer que, aunque no siguieras ni el protocolo ni las normas de seguridad al ir a investigar por tu cuenta, tienes un par de pelotas, Estrada, y eso me gusta. —Estrada respiró aliviado. El corazón bajó de nuevo a la caja torácica y su velocidad se ralentizó—. Le he planteado el tema al subinspector Subirana y nos va a respaldar en todo este asunto. —Hizo una pausa en la que permaneció pensativo—. La verdad es que no se me ocurre cómo podemos desenmascarar al cabo Pérez.

—Creo que la mejor manera es pillarlo con las manos en la masa. No hay otro modo —afirmó rotundo.

—Yo pienso lo mismo, Estrada. Por este motivo, creo que deberías ser tú quien lo detenga.

—¿Está loco, sargento? ¿Quiere que me maten? —preguntó asustado.

—Tranquilo, Estrada, yo estaré cerca.

—¿A mi lado?

—No, tan cerca, no, pero será quien efectúe la detención. Mira, Estrada, tengo que serte sincero: soy una persona muy precavida y no suelo fiarme de nadie, ni siquiera de mi sombra, por esta razón solo cuento contigo y mi sobrino para llevar a cabo esta locura. No sé por qué, pero hay algo que me dice que confíe en ti.

—Pues a ese selecto grupo añada a Marcelino Contreras.

—¿Estás seguro?

—Completamente. Es como un hermano.

Reyes guardó silencio un momento para pensar.

—Está bien. —Hizo otra pausa—. Lo haremos de la siguiente manera: tendrás que ir al lugar en el que te dijo la mujer que vendían la droga, donde ya has estado, cuando vaya Pérez a cobrar, naturalmente.

—¿Y cómo vamos a saber cuándo va a ir a cobrar?

—Eso sí que va a ser un problema.

—No se me ocurre forma alguna —admitió Estrada pensativo.

Los dos policías guardaron silencio por un momento intentando encontrar una solución.

—¿Qué día era cuando fuiste a la caseta de Camp Clar?

—Lunes, creo. —Intentó recordar con más exactitud—. Sí, fue lunes, naturalmente. Era el día de nuestra incorporación.

—Es verdad… Bien, era el primer lunes de mes. Es posible que pase a cobrar mensualmente o semanalmente. Hoy es viernes, el lunes vas a comprar. Le pondré vigilancia, y si se acerca por la zona, entras y haces el mismo paripé del otro día. Entonces, si aparece, intentas tomar imágenes con la cámara oculta que llevarás escondida. Necesitamos pruebas que presentar al fiscal o no tendrá caso.

—¿Cómo sabremos quién más está metido en esta mierda?

—No lo sé… —admitió pensativo en un arrebato de sinceridad—. Tenemos que reunirnos los cuatro y planearlo todo, pero no puede ser aquí, levantaríamos sospechas. Nadie más tiene que saber qué estamos planeando

—Estoy de acuerdo. Hablaré con Contreras. Podríamos quedar en casa de su hermana, tiene un jardín grande y una barbacoa.

—Preferiría no implicar a civiles ni gente externa…

—En ese caso, podemos reunirnos en nuestro apartamento. Así, de paso, conocerá a Natalia. Es una buena chica… No se merece lo que le han hecho.

—Me parece bien. ¿Qué tal el domingo?

—Perfecto, este fin de semana libramos los dos.

—Si os parece, iré sobre las tres de la tarde a comer. ¿Os importa que venga mi mujer?

—Ningún problema, señor.

—Apúntame la dirección. —Deslizó un bloc y un lápiz sobre la mesa. Estrada la apuntó y volvió a cederle el cuaderno.

—Está en el centro.

—Perfecto. Nos vemos el domingo.

Natalia preparó *zeama*, una sopa típica moldava, y *chiftele*, una especie de albóndiga, también típicas de su país de origen. Se pasó toda la mañana metida en la cocina entre ollas y cazuelas, para que todo

estuviera perfecto cuando llegara el sargento Reyes. Quería darle una buena impresión y, de algún modo, devolverle todo lo que había hecho por ella, aunque fuera de manera indirecta. Estaba nerviosa.

Contreras fue enseguida a abrir la puerta cuando sonó el timbre. El sargento Reyes y su esposa llegaron diez minutos antes de la cita. Vestían de forma informal, aunque elegantemente.

Natalia continuaba en la cocina bastante atareada y Estrada preparaba la mesa.

—Buenas tardes, sargento.

—Buenas tardes, Contreras, creo que puedes llamarme Gonzalo, o Reyes, si lo prefieres. No hace falta que aquí seamos tan formales —dijo con una amplia sonrisa.

—Está bien, sargento…, quiero decir, Gonzalo. Pasen, por favor.

Estrada se acercó a la entrada.

—Buenos días, sargento.

—Llámame Gonzalo, o Reyes —volvió a repetir.

—Está bien, Gonzalo. Pasen, por favor. Señora, es un placer conocerla.

—Tú debes ser Estrada. La joven promesa de la policía.

—Soy Estrada, pero eso de la promesa de la policía… No sé yo —dijo con modestia.

—Mi marido habla muy bien de ti.

—Gracias, señora. Seguro que exagera.

—Por favor, llámame Merche.

Estrada y Contreras intercambiaron un par de besos con ella.

—Pasad, por favor, no os quedéis en la entrada —pidió Estrada al tiempo que mostraba el camino hacia el salón.

La señora Reyes tenía unos cinco años menos que su esposo. No era muy alta, aproximadamente un metro sesenta y cinco centímetros, y tenía algo de sobrepeso, no obstante, su forma de vestir disimulaba a la perfección esos quilos de más. Su pelo era negro y ondulado, con tez blanquecina. La nariz, que formaba una especie de bolita en la punta, estaba cubierta de graciosas pecas.

Estrada los acompañó al salón, y mientras Contreras les daba conversación, fue a buscar a Natalia a la cocina.

—Nati, ven, que han llegado —dijo desde la puerta.

La mujer se puso visiblemente nerviosa, aunque intentó disimularlo.

—¿Ya? ¡Voy, voy! —Se quitó el delantal y lo colgó en un pequeño gancho de plástico blanco que había junto a otros que tenían unos trapos colgados—. La comida está lista, podemos servirla cuando digáis, pero no esperemos demasiado o se enfriará.

—Todo irá bien, no te preocupes. —Se acercó y la besó en la frente, como hacía muchas veces. Natalia, esta vez, respondió con un beso

fugaz en sus labios, luego salió de la cocina y fue hacia el salón. Estrada la siguió sin entender muy bien lo que había ocurrido.

—Buenas tardes —saludó con su acento particular.

—Gonzalo, Merche, esta es Nati, Natalia Ceban.

Natalia se acercó y le dio una mano temblorosa al sargento Reyes. Luego intercambió un par de besos en la mejilla con Merche.

—Ahora entiendo el empeño de Estrada —afirmó divertido.

—¿Cómo? —preguntó Natalia desconcertada.

—Mi marido quiere decir que eres muy hermosa —dijo con una amplia sonrisa.

—Gracias —respondió bastante avergonzada.

—¿Cómo te tratan estos dos? —preguntó Reyes.

—Muy bien, sargento, no tengo queja. A usted también quería agradecerle todo lo que ha hecho por mí.

—Llámame Gonzalo, por favor. —Hizo una pequeña pausa—. Me han dicho que cocinas muy bien. Creo que la prueba es la barriguilla que está empezando a salirle a Contreras.

—Barriga, ¿yo? ¡Imposible! —dijo indignado. Todos rieron.

—Tendrá que juzgarlo usted mismo. La comida ya está lista. Si quieren, pueden ir sentándose en la mesa —informó amablemente.

Estrada sugirió cómo sentarse y uno a uno fueron ocupando sus asientos.

—Deja que te ayude, Natalia —se ofreció Merche, levantándose de la silla que acababa de ocupar, y se fueron las dos juntas a la cocina. A los pocos minutos, regresaron con una olla de barro que aún humeaba.

—¡Que bien huele eso! —exclamó Reyes.

—¿Le gusta la sopa, sargento?

—¡Me encanta! Incluso en verano.

—Mi marido es muy de cuchara. Haga frío o calor, le encantan las sopas —aseguró Merche.

—A mí también me gustan mucho, aunque las prefiero en invierno —dijo Estrada—. Pero las sopas de Nati son buenas en cualquier época.

Natalia le miró de reojo sin decir nada. Empezó a servir mientras Merche sujetaba los platos y los repartía a los comensales.

—Espero que les guste la *zeama*, es un plato típico de mi país, Moldavia.

Reyes hundió la cuchara hasta el fondo del plato, sopló para que se enfriara un poco y la probó.

—¡Está deliciosa! —exclamó con sinceridad.

—Me alegro de que le guste.

Estrada y Natalia intercambiaron miradas de complicidad. Natalia sonrió satisfecha y se relajó un poco.

El *chiftele* también les gustó a todos, especialmente a Merche, que

pidió repetir. Natalia, con mucho orgullo, volvió a llenar su plato. El postre, tuvo el mismo éxito. La *pasca*, una especie de tarta, fue centro de elogios y alabanzas. Merche volvió a pedir dos trozos.

Después de comer, ocuparon el tresillo para tomar el café. Reyes y Merche se sentaron en el sofá de tres plazas. Estrada preparó la cafetera italiana mientras Contreras disponía las tazas y el azúcar en la mesa de centro.

—Espero que os haya gustado —dijo Natalia tímidamente.

—Todo estaba buenísimo —se apresuró a decir Merche.

Natalia sonrió en silencio.

—Bueno, bueno… Creo que por hoy ya hemos elogiado bastante a la cocinera Natalia —bromeó Estrada.

—Dos días sin comer —sentenció Natalia con una sonrisa.

Estrada levantó las manos a modo de rendición y se sentó en uno de los sillones que había frente al sofá. Contreras se colocó junto a Reyes y Natalia cuando terminó de servir los cafés.

—Bueno, muchachos…, falta mi…

Llamaron a la puerta.

—Un momento, por favor. Iré a abrir. —Contreras se levantó y fue hacia la puerta. Regresó con Morales y otro hombre.

—Buenas tardes —saludó Morales al entrar.

—Todos conocéis a mi sobrino, Paco Morales.

Morales levantó la mano a modo de saludo. Vestía una camisa floreada al estilo hawaiano, bermudas marrón claro y unos zapatos náuticos a juego sin calcetines.

—Este es mi compañero de promoción, Enric Vila.

—¿Confías en él? —preguntó Estrada.

—Como tú en Contreras.

Hubo un momento de silencio.

—En ese caso, no hay problema. ¿Está al tanto de la envergadura de todo esto?

—Lo estoy, Estrada, tranquilo. Reyes ya me ha dicho que te gusta ser muy precavido.

—Siento la desconfianza. —Le tendió la mano a modo de reconciliación.

—No te preocupes. —La apretó con determinación.

Mientras se presentaba a los demás, Estrada le observó con detalle. Llevaba unos pantalones blancos de hilo, unas sandalias con una única tira de piel negra y una camisa ibicenca. Realmente vestía muy elegante.

Contreras acercó un par de sillas para que se sentaran.

—Bueno, ahora ya nos conocemos todos, confiamos los unos en los otros y hemos dejado clara la gravedad del asunto, ¿podemos empezar? —dijo de forma resuelta.

Todos asintieron en silencio.

—¿Qué plan tienes exactamente, Gonzalo? —preguntó Vila.

Gonzalo Reyes se recostó en el sofá y cruzó los brazos.

—Cazar al capo que dirige todo esto.

—¿Y qué haremos con la corrupción dentro del cuerpo? —insistió Morales.

—Caerán con ellos —dijo Reyes.

—No quisiera despertaros de este bonito sueño, pero deberíamos bajar a la tierra y ser conscientes de la cruda realidad: que no conocemos quién es el capo ni quiénes son corruptos, a parte del cabo Pérez —hizo notar Estrada.

—Ya te dije cuál era el plan, Estrada: seguir a Pérez y probar suerte el lunes, o sea, mañana. Si en lugar de cobrar semanalmente cobra mensualmente, habrá que dejarlo para el día uno del mes que viene o el primer lunes del mes.

—O probar los dos días —dijo Contreras.

—O probar los dos días —repitió Reyes.

—Bien, creo que tendré que caracterizarme para que no me reconozcan.

—¿Caracterizarte? —preguntó Natalia desconcertada.

—Disfrazarme.

—Yo te puedo ayudar en eso —dijo, abriendo mucho los ojos.

—Está bien.

—Vila y yo seguiremos a Pérez —continuó Morales—. También nos encargaremos de las telecomunicaciones y la grabación de audio y vídeo.

—¿Usaréis la camioneta de la policía? —preguntó Reyes.

—No tenemos otra, sargento —dijo Vila.

Reyes se quedó pensativo un momento.

—No podemos utilizarla. Levantaríamos la liebre, solo hacer el papeleo para solicitarla podría llevar a sospechas, no podemos arriesgarnos.

—Pues no veo la solución. No tenemos otra.

—Podéis alquilar una —sugirió Merche, que hasta aquel momento solo había estado escuchando lo que decían.

—Me parece buena idea —observó Estrada mientras se pasaba una mano por la cabeza.

—¿Quién se encargará de ello? —preguntó Reyes.

—Yo lo haré. Yo la alquilaré —se ofreció Morales—. Pero tendremos que repartir el gasto, eh…

—No te preocupes. Que te den un recibo, cuando todo esto acabe, el cuerpo se hará cargo de eso. Habrá que disponer de ella por lo menos un día o dos antes para prepararla.

—¿Qué hacemos con los equipos de grabación?

—La única opción es hacer lo mismo y alquilarlos —intervino Natalia divertida.

—Sí, creo que tienes razón, habrá que alquilarlos —reconoció Estrada.

—Mi cuñado es aficionado a la electrónica, quizá tenga lo que necesitamos —dijo Contreras—. Es un poco *nerd* —añadió.

—¿*Nerd*? —preguntó Merche.

—Un listillo —puntualizó Natalia

—Como Steve Urkel —aclaró Contreras—, pero sin lo excéntrico.

—Ya entiendo. Está bien, pues pregúntale.

—Voy a llamarlo.

Se levantó y fue a llamar desde el teléfono fijo de casa. Volvió unos minutos más tarde.

—Ya tenemos equipo, pero quiere venir para manejarlo. Dice que no se fía de nosotros y que es muy caro.

—¡Joder con tu cuñado!

—Tranquilo, Estrada. No hay problema. Él no saldrá de la furgoneta ni estará en peligro en ningún momento —aseguró Reyes.

Estrada resopló.

—Bueno, pues creo que lo tenemos todo —dijo Vila.

—Repasemos el plan una vez más —pidió Reyes—: Mañana, lunes, Vila y Morales seguirán a Pérez cuando termine su turno, en cuanto vean que se dirige a la zona, te avisarán a tu teléfono móvil para que tú, Estrada, hagas tu papel. Entrarás en la caseta cuando esté cerca, comprarás una dosis y esperarás a que llegue Pérez; entonces, cuando haya recibido el dinero, no antes, te identificarás y le detendrás. Los demás estaremos escuchando por el micrófono que Estrada llevará oculto, y yo apareceré para darle soporte. Ni tu cuñado, Contreras, ni tú, ni Morales, ni Vila saldréis a escena a no ser que haya una situación extrema. ¿Entendido?

—Sí, sargento —dijo Estrada.

Los otros también contestaron afirmativamente.

—Está bien, repasémoslo de nuevo. ¿Habéis visto *Los doce del patíbulo*? —Casi todos asintieron—. Pues bien: Uno, Morales y Vila siguen a Pérez —dijo, contando con la mano abierta—; dos, la furgoneta se sitúa oculta cerca de la caseta; tres, si Pérez va hacia la zona de Camp Clar, Morales y Vila llaman a Estrada; cuatro, Estrada, si le llaman, se prepara y entra en la caseta para comprar una dosis; cinco, Pérez llama a la puerta, entra y recibe el pago, y entonces Estrada le detiene, y seis, Reyes da apoyo en la detención. Otra vez.

Repitieron todo el plan un par de veces más.

CAPÍTULO SEGUNDO

V

Hacía bastante calor y el sol caía con fuerza sobre la cabeza de Paco Morales. Pasó la mano sobre esta y la notó caliente. Estaba esperando en la acera opuesta a la comisaría, junto a una cabina de Telefónica desde la cual tenía una panorámica perfecta de la entrada de la delegación.

Pérez salió pronto, bajó los tres escalones que llevaban a la calle de dos en dos y emprendió la marcha avenida arriba. Morales pensó que no iría a Camp Clar, pero aún era pronto. La cita se suponía que sería a partir de las ocho o nueve de la noche y todavía faltaba mucho.

Le siguió de cerca intentando que no le descubriera.

Entró en el bar Reynolds y se sentó en la barra. El bar Reynolds era un local al que acudían bastantes policías por su cercanía a la comisaría. Morales aguardó fuera. Aprovechó para acceder a un portal que había justo enfrente cuando una mujer mayor entraba con un carro de la compra. La ayudó y se ocultó tras el reflejo del cristal. Dos horas más tarde, y después de varias cervezas, Pérez salió del bar. Volvió a la comisaría y subió a su coche, que estaba aparcado en el *parking* descubierto que había justo al lado del edificio. Morales le siguió en su moto. Parecía que se dirigía a la zona de Camp Clar.

El vehículo de Pérez paró en un semáforo. Morales detuvo la moto dejando tres coches de seguridad por delante para no ser descubierto y sacó el *walkie-talkie* del bolsillo de su chaqueta.

—Espinete llamando a Don Pimpón.

—Don Pimpón —se escuchó por el altavoz.

—Marco va rumbo a los Andes. Repito: Marco va rumbo a los Andes.

—Recibido, Don Pimpón, cierro.

Reyes cogió el teléfono de su escritorio y avisó a Estrada.

Cuando el semáforo volvió a dar paso a los vehículos, Morales continuó el seguimiento. Al llegar a Camp Clar, fue al lugar en el que se ocultaba la furgoneta.

Tocó dos veces la puerta lateral y luego tres más deprisa. Abrieron desde dentro.

—Ya viene. Le he adelantado hace tres calles. No puede tardar —dijo al entrar—. Prepárate, Estrada estará al llegar.

—Aún no está dentro del campo de recepción —dijo Jordi, el cuñado de Contreras.

Aguardaron en silencio hasta que Estrada pasó junto a la furgoneta. No parecía él. Llevaba una barba de atrezo larga y descuidada, una

peluca de pelo largo y revuelto y ropa sucia y raída. Tocó dos veces la parte trasera y dos la delantera. Era la señal.

—¿Me oís?

—Alto y claro —escuchó a través del auricular que llevaba oculto. Reconoció la voz de Jordi.

Continuó caminando hasta llegar a la caseta.

Tocó dos veces la puerta listonada y esperó. Nadie contestó. Quizá no habían llegado, quizá era demasiado pronto, pero no podía saberlo porque había dejado su reloj en casa para hacer más real su caracterización.

Volvió a probar y llamó una vez más, esta vez con el puño cerrado.

—¡Ya va! —se escuchó al otro lado de la puerta. Estrada reconoció la voz del gitano de la vez anterior.

La puerta se abrió bruscamente.

—Guita, tete… —dijo, intentando entrar.

Su caracterización era realmente buena, porque el camello no le reconoció. Puso una mano en su pecho para que no entrara.

—Eh, puto yonqui, ¿traes pasta?

—Claro que sí, tete. —Sacó un billete de cinco mil pesetas del bolsillo de los pantalones.

—¿De dónde has sacado tanto dinero?, ¿eh, yonqui? —retiró la mano de su pecho y le permitió pasar.

Estrada entró y el hombre cerró la puerta.

—He robado, tete… Véndeme droga, *neng*.

Cogió el billete con energía y se acercó a un viejo armario de madera maciza. Abrió una de las puertas, metió el dinero en una vieja caja de puros y cogió una bolsita de plástico con un polvillo blanco.

—Toma y lárgate.

—Pérez está a punto de llegar. Dos minutos —dijeron a través del auricular oculto.

Tenía que hacer tiempo. Si se marchaba ahora, no tenían nada.

—Dame un poco más, tete, no seas malo, *ti he dau* cinco mil cucas, *neng*…

El hombre resopló de mala gana. Volvió al armario y sacó otra bolsita, en esta ocasión, más pequeña.

Llamaron a la puerta. El hombre se acercó a la entrada, la abrió, Pérez entró y se dieron la mano.

—Veo que esto te funciona, siempre tienes a alguien. Habrá que subir la colaboración.

—¡Vamos, payo! Esto no es lo que acordé con el gordo.

—Las cosas cambian, Seis Dedos, y hay que ir adaptándolas.

Estrada lo observaba todo desde una esquina, junto al sillón con los muelles rotos donde esperó la otra vez.

—A Alejandru esto no le va a gustar.

—¡Que le den por culo!

—Toma, aquí tienes lo de esta semana —le entregó un fajo de dinero enrollado e idéntico al de la otra vez.

—Habla con Alejandru. Quiero un cinco por ciento más. Fue hacia la puerta y puso la mano sobre el picaporte.

—¡Alto! —gritó Estrada con nerviosismo—. ¡Queda detenido! —Sacó su identificación policial y el arma que llevaba escondida en la parte de atrás del pantalón.

—¡Mierda! ¡Eres un *tombo*! ¡Hijo de puta! —gritó Seis dedos.

—Tu, colócate allí —señaló con nerviosismo al fondo de la caseta, junto al mueble donde guardaba el dinero y la droga.

—¡Me cago en tus muertos, cabrón!

Pérez se quedó petrificado durante unos segundos.

—Venga, Pérez, junto a él. ¡Ahora!

—¿Te conozco? —le observó con detenimiento, intentando descubrir su verdadera identidad—. ¡Estás acabado, mamón!

Tocaron la puerta dos veces y luego tres más rápidamente. Era la señal de Reyes. Estrada se acercó sin dejar de apuntarles y la abrió. Su mano temblaba visiblemente, estaba muy nervioso y no podía ocultarlo.

Reyes entró en la caseta.

—¡Reyes! Estarás de broma, ¿no?

—Vengo a detenerte, Pérez. A ti y a este maldito traficante de drogas.

—¡Yo no soy un traficante! —se quejó mientras Estrada le esposaba.

Reyes se acercó a Pérez.

—Acabaré contigo y con esta maldita red de drogas y tráfico de blancas —dijo a pocos centímetros de su cara.

—No tienes ni idea de dónde te estás metiendo, Reyes.

—Date la vuelta. —Le colocó las esposas—. Andando —le ordenó, empujándole hacia la puerta.

—La estás cagando, Reyes… Y tú…, quien quiera que seas, ¡estás acabado! —dijo con los ojos desorbitados.

Desde la furgoneta, Vila avisó a la comisaría. No tardaron en mandar un par de coches patrulla.

—¿Qué ha ocurrido, sargento? —preguntó uno de los agentes recién llegados.

—El cabo Marcos Pérez ha sido detenido.

—¿Detenido? ¡Estará de guasa, sargento! —añadió con los ojos muy abiertos.

—¿Me ves con cara de broma? —dijo con el semblante completamente tenso.

—No, sargento. —Se acercó al detenido, puso la mano en su

hombro y lo acompañó al interior del vehículo policial.

—Que no hable con nadie y que no reciba ningún tipo de visita hasta que yo llegue.

—¿Debemos mantenerlo aislado?

—¡Exacto!

—¿Y qué hacemos con el otro?

—Lo mismo. Que vayan en dos coches por separado. No deben hablar entre ellos.

—Como ordene, sargento —respondió con pocas ganas de cumplir las órdenes. A pesar de ello, tuvo que hacerlo.

Los dos vehículos se marcharon. Estrada salió de la caseta.

—Bueno, parece que esto ha salido bastante bien —dijo al reunirse con Reyes.

—Por el momento, Estrada, pero esto no ha hecho más que empezar.

Llegó una furgoneta policial y bajaron dos agentes de paisano.

—Buenas noches, sargento —saludó uno bajito con barba—. Nos han dicho que viniéramos a procesar un escenario. ¿Dónde está el cadáver?

—No hay cadáver —contestó rotundo.

—Entonces, ¿para qué nos han hecho venir, sargento? —preguntó molesto.

—Para que proceséis la caseta.

—¿Debemos buscar algo en concreto?

—Principalmente, huellas, pero identifiquen y embolsen todo lo que sea sospechoso.

—Y este fajo de billetes —dijo Estrada. Le entregó el paquete sujeto por una goma elástica. El agente lo metió en una bolsa de pruebas.

—¿Y tú quién eres? Pensaba que eras un vagabundo.

—Soy un policía, igual que tú. Bueno, sargento, yo me marcho ya.

—Hasta luego, muchacho —dijo para no descubrir su tapadera.

Echó a andar hasta que desapareció de la vista de todos. Subió a su coche, que había aparcado a tres o cuatro calles para que no le descubrieran, y fue directamente a casa observando por si alguien le seguía.

—¿Cómo ha ido? —preguntó Natalia cuando le vio entrar por la puerta.

—Bien —dijo con júbilo—. Seis Dedos y el cabo Pérez están detenidos.

—¿Te han reconocido?

—No. Se lo han tragado. Incluso los de Proceso de Escenarios pensaban que era un yonqui.

—¿Un qué?

—No sé cómo se dirá en rumano —rio divertido—. Un drogadicto…

—Ah, ya te entiendo…

—Voy a cambiarme y a ir a la comisaría. No quiero perderme el interrogatorio…

Natalia apenas le dejó terminar la frase, se colgó de su cuello y le besó en los labios. Al principio, Estrada se quedó aturdido, pero luego le devolvió el beso, se desnudaron e hicieron el amor.

VI

Cuando Fermín Estrada llegó a la comisaría, Pérez y Seis Dedos estaban aislados en sendas celdas del sótano. Preguntó en recepción dónde se encontraba Reyes, y le dijeron que aún estaba en su despacho. No quiso esperar al ascensor y subió por las escaleras rápidamente, saltando los escalones de dos en dos.

Llamó a la puerta y entró al escuchar la voz del sargento.

—Felicidades, muchacho. Has hecho un gran trabajo. Cuando te vi, pensé que eras un maldito yonqui de verdad —dijo, reclinándose hacia atrás con una amplia sonrisa.

—Natalia me ha dicho lo mismo —afirmó divertido.

—Bueno, dentro de nada van a venir los de Asuntos Internos. Van a estar presentes en nuestro interrogatorio. Luego lo harán ellos y les llevarán a la Modelo de Barcelona.

—¿Y puedo…?

—¿Interrogarle? Sabía que me lo preguntarías. El caso es nuestro, pero habrá más gente con interés por los interrogatorios, sobre todo, por hablar con Pérez.

Sonó el teléfono que había sobre el escritorio.

—Disculpa, siéntate. —Descolgó el auricular—. ¡Sargento Reyes! —dijo con determinación. Habló menos de un minuto y colgó enérgicamente—. ¡Vamos! Asuntos Internos nos está esperando abajo.

Cogieron el ascensor y fueron a los calabozos. La recepción estaba justo frente al *hall*.

—Buenas noches, María.

—Hola, sargento. Tiene a los de Asuntos Internos en la sala uno.

—¿Ya ha empezado el interrogatorio? —preguntó sorprendido.

—No, aún no. Pérez y Seis Dedos siguen en sus calabozos.

—Está bien. Que traigan a Pérez en cinco minutos. Antes quiero hablar con esos buitres de Asuntos Internos.

—Está bien, Sargento.

Se encaminaron hacia una puerta con rejas. Sonó un zumbador y se abrió. Caminaron por un pasillo que se encontraba iluminado por varios fluorescentes que colgaban del techo. Alguno estaba a punto de terminar su vida útil y parpadeaba dándole un aspecto más tétrico al lugar del que por sí ya tenía.

—¿Aún no habías bajado aquí?

—Solo hasta la recepción. Padrós me hizo una visita turística.

Se detuvieron frente una de las puertas.

—Sala 1. —Reyes inspiró profundamente—. Vamos.

La abrió. Dentro había una mesa de aluminio para cuatro personas, con dos sillas a un lado y dos en el otro. Las de la derecha las ocupaban un hombre y una mujer; las otras dos estaban vacías. Al ver a Reyes y Estrada, se pusieron inmediatamente de pie.

—Sargento Reyes, hacía tiempo que no nos veíamos —dijo la mujer, que vestía un traje chaqueta de color azul marino y una blusa blanca.

—Marisol. Sí, hacía bastante tiempo desde la última vez. He oído que has sido madre hace poco.

—Sí. Hace ya seis meses. Un niño.

—Felicidades —dijo. Luego le dio dos besos.

—¿Qué tal está Merche? Hace tiempo que no hablamos.

—Bien, como siempre. Trabajando… —Se hizo a un lado para presentar a su acompañante—. Este fenómeno es Fermín Estrada. El primer día ya se olió que había algo raro…

—¡Vaya! Quizá tendremos que ficharte en Asuntos Internos.

—Gracias, señora, pero, por ahora, prefiero la calle. Creo que no duraría mucho tiempo cuerdo en un despacho —rio.

—Yo pensaba lo mismo —dijo el hombre—, pero terminas por acostumbrarte. Soy Gerardo Peña —le tendió la mano.

—Gracias, señor. Es un placer conocerle.

Llamaron a la puerta. Estrada la abrió y un agente custodiaba a Pérez, que iba esposado.

—Entre —ordenó Peña.

Estrada cogió una de las sillas que quedaban libres y la colocó junto las que ocupaban Marisol y Peña.

—Siéntese, sargento, yo me quedaré de pie.

Reyes se sentó. El oficial que custodiaba a Pérez le indicó que entrara y se situase en la silla que había quedado sola. Marisol, Peña y Reyes ocuparon las restantes. Estrada se quedó en pie detrás de ellos.

—Quítele las esposas —ordenó al agente que lo trajo.

—Buenas noches —empezó Peña.

—¿Qué queréis de mí? —interrumpió Pérez.

—Soy Gerardo Peña, inspector de Asuntos Internos.

—¿Asuntos Internos? ¡Venga ya, hombre!

—Por el momento, está usted acusado de corrupción y soborno, cabo.

—Yo no he sobornado a nadie.

—Pero ha recibido dinero de un camello, según tengo entendido.

—No tenéis nada…

—La verdad es que sí lo tenemos, cabo —dijo Marisol.

—¿Y este Pimpollo qué hace aquí? —añadió de mala gana, apuntando a Estrada con el dedo índice.

—Este «Pimpollo», como usted dice, es un agente del cuerpo de policía. No es ni un pimpollo, ni un niño, ni nada por el estilo. Forma parte de este caso, y ha sido clave para su detención, por lo que espero que le respete.

—¡Joder! —exclamó molesto—. ¿Qué tienen contra mí? No tenéis nada.

—Ya le he dicho que sí, cabo. Tenemos pruebas más que suficientes para llevarle ante un juez.

—¡Y una mierda!

Peña sacó una grabadora del bolsillo lateral de su americana. La puso en marcha. Se escuchó la conversación de Pérez con Seis dedos.

—Como ve, no nos tomamos nuestro trabajo a la ligera, señor Pérez.

Marisol extrajo una carpeta de una maleta de piel marrón claro que estaba en el suelo, a su lado.

—En su historial consta que ha tenido algunos problemas anteriormente. Algunos detenidos se han quejado de su trato, incluso, uno declaró que le había robado dinero durante la detención.

—Nunca pudieron demostrar nada.

—¿Cuánto dinero ha recibido de Seis Dedos? —preguntó Peña.

—No sé quién es ese.

—El de la grabación.

—No le conozco.

—¿No le conoces? Pero ¡si te entregó un fajo de dinero! —exclamó Estrada indignado.

Peña levantó la mano para que no continuara.

—¿Y tú cómo sabes eso? ¿Acaso estabas allí?

Peña se giró para que Estrada no contestara.

—Responde a la pregunta: ¿Cuánto dinero has recibido de Seis Dedos?

—No lo sé. Probablemente más del que vas a ganar en toda tu puta vida.

—¿De quién más has recibido dinero?

—De tu madre, cada vez que me la tiraba…

Estrada esbozó una sonrisa. Peña dio un puñetazo sobre la mesa que sobresaltó a todos.

—Escúchame, escoria, conozco perfectamente a los tipos como tú. Los hay en todos los cuerpos y son como la metástasis, pudriendo cualquier cosa que tocan. He metido entre rejas a muchos cánceres iguales, así que no me toques los huevos y colabora.

—No tengo nada más que decir. —Se echó hacia atrás y cruzó los brazos.

—Está bien. Lléveselo —le pidió al agente que lo había trasladado—. Traigan a Seis Dedos.

Pérez salió por la puerta maldiciendo a todos los que estaban en aquella sala. Minutos más tarde, llegó Seis Dedos.

—Tiene usted un buen historial, señor Seis Dedos —empezó Marisol—. El teletipo ha sacado humo con el informe que nos ha mandado la Interpol. Seis páginas, nada menos. Extorsión, secuestro, robo, trata de blancas y… ¡Sorpresa! Asesinato. Al parecer está usted reclamado en varios sitios: en Francia por extorsión, en Italia por robo y secuestro y, ¡*tachán*!, en Rumanía está reclamado por asesinato.

Seis Dedos guardó silencio.

—Creo que le conviene colaborar con nosotros. Solo de esta forma se librará de terminar sus días en una cárcel rumana. Me han dicho que allí son bastante duras, sobre todo, para los violadores y los que tratan con las mujeres y la prostitución —aseguró Reyes.

—Si hablas, haremos un trato; si no hablas, te entregaremos a la Interpol y acabarás en una cárcel en Rumanía. Lo que sí te puedo adelantar es que no te vas a librar de ir a alguna —dijo Peña.

El hombre quedó meditabundo por un momento.

—Quiero protección. —Apoyó los codos en la mesa y sujetó la cabeza con ambas manos. Volvió a erguirse en la silla—. Si voy a estar en una cárcel española, quiero protección. Sé que van a matarme.

Hubo un momento de silencio.

—Empieza a hablar y veremos si lo que nos cuentas vale esa protección —dijo Marisol—. Voy a hacer una llamada.

Marisol se levantó de la silla y salió de la estancia. Cuando regresó, unos minutos más tarde, Reyes y Peña continuaban interrogando a Seis Dedos, pero sin mucho éxito. Al verla, guardaron silencio.

—Bueno, señor Seis Dedos, creo que hay alguna posibilidad de que cumpla aquí su pena. El ministro de Justicia accederá a proponerlo a su homólogo en Rumanía, pero, para ello, tiene que confesar los asesinatos cometidos por usted y llevarnos hasta la red de prostitución a la que pertenece. Cuando tengamos todo, recibiremos de Rumanía respuesta a nuestra petición, pero no antes.

—Empieza a hablar, Seis Dedos —exigió Estrada, que hasta aquel momento había estado en silencio.

Reyes esbozó media sonrisa.

—Está bien, dejémonos ya de tonterías —pidió Reyes—. ¿Para quién trabajas? ¿Quién es tu jefe?

—Yo no trabajo para nadie. No tengo jefe.

—Entonces, ¿quién te proporciona la droga?

Guardó silencio un momento.

—Velkan. Le llaman el Lobo.

—¿Por qué?

—Porque Velkan significa lobo valiente.

—¿Y a qué se dedica ese lobo valiente?

—Prostitución, drogas…

—Y trata —quiso puntualizar Estrada.

—¿Trata?, ¿qué es trata?

—Trata de blancas, tráfico de personas.

—De eso se encarga Alexandru, aunque Velkan lo organiza todo y hace los viajes con las chicas.

—¿Quiénes reciben los sobornos?

—Yo solamente le pago a Pérez. No sé nada más.

—Vamos, Seis Dedos…, ¿quién más está metido en esto?

—No puedo ayudarle, jefe. De verdad que no lo sé. Yo solamente me encargo de la droga. Cada uno se encarga de lo suyo…

—¿Qué quieres decir con eso? —preguntó Estrada.

—Que yo no me meto en los trabajos de los demás, payo…

—¿Cuántos forman la organización? —preguntó Peña.

Guardó silencio.

—¿Quién es tu jefe? ¿A quién más sobornas?

Seis Dedos continuó en silencio.

Marisol retiró la silla lentamente y se levantó.

—Señor Seis Dedos, la información que nos ha proporcionado no es suficiente para llegar a un trato con usted. —Cogió la carpeta que tenía sobre la mesa y la cerró. Seis Dedos se quedó de piedra y palideció de pronto.

Peña también se levantó. Los dos agentes de Asuntos Internos salieron de la sala de interrogatorios en silencio. Seis Dedos los siguió atónito con la mirada hasta que se cerró la puerta. Estrada tampoco estaba muy seguro de lo que había ocurrido. Reyes se levantó, dejó la silla a un lado y se sentó en la que había ocupado Peña. Estrada ocupó la otra.

—Bueno, Armando, parece que te has quedado solo, muchacho… Y sin trato.

—Vas a acabar tus días en una cárcel rumana con una polla metida en el culo —aseguró Estrada.

El semblante de Seis Dedos fue cambiando poco a poco. Palideció hasta tal punto que daba la sensación de que la vida le había abandonado.

—No me hagáis esto, payos… Yo no sé nada… nada más…

—Te lo preguntaré una última vez: ¿quién más recibe sobornos dentro del cuerpo de policía?

Guardó silencio un momento.

—Yo solamente le entrego dinero a Pérez, pero sé que Padrós, García y Morales y él mismo se lo reparten.

—¿Morales? ¿Francisco Morales?

—No… Creo que lo llaman Javi… Javi Morales. Es un tipo bajo y rubio…

—Ah, ya, el hijo de Mariano.

—¿Por qué no lo has dicho antes?

—No lo han preguntado. Solo me han preguntado a quién le pago. Yo solo pago a Pérez.

Peña abrió la puerta. Marisol estaba detrás de él.

—Acaba de obtener un trato, Seis Dedos. Pero necesitamos saber quiénes son los contactos de su organización para cerrarlo del todo —dijo Peña desde la puerta.

Seis Dedos asintió en silencio, era consciente de que no tenía otra opción si quería evitar una cárcel rumana.

Durante media hora, aproximadamente, Armando Seis Dedos le dio a Peña los nombres de todos los agentes que recibían sobornos.

Se produjeron varias detenciones, entre ellas las de Pérez y Javier Morales.

El sargento Reyes y los dos agentes de Asuntos Internos estuvieron de acuerdo en promocionar a Fermín Estrada por las pesquisas que llevó a cabo para descubrir la trama de sobornos y prostitución.

Le fue concedida la medalla de plata con distintivo azul y el rango de cabo.

CAPÍTULO TERCERO

1992

VII

En los primeros meses de 1992, Estrada se trasladó a los Estados Unidos para recibir formación en técnicas de investigación y seguimiento en la academia del FBI, en Columbia. Fue el sargento Reyes quien le animó a hacerlo al ver en él un potencial que debía ser instruido.

Cuando regresó a España, fue trasladado a la comisaría de la calle Bolivia de Barcelona. Allí tenía que presentarse a su nuevo jefe, el subinspector Reyes. Llegó pronto, como tenía por costumbre. La primera impresión era importante y no quería quedar mal.

Preguntó en el mostrador dónde podía encontrar al subinspector, y subió a la tercera planta.

El despacho tenía las paredes de cristal, pero no se podía ver el interior porque las cortinillas venecianas estaban echadas. Tocó la puerta dos veces, y cuando le ordenaron entrar, la abrió con determinación. Era aproximadamente igual de grande que el que tenía en Tarragona, pero mucho más ordenado y limpio.

—Puntual, como siempre.

—¿Sargento? ¿Qué hace por aquí? —preguntó con una amplia sonrisa.

—Me trasladaron cuando te fuiste de vacaciones a Columbia. ¿Qué tal te fue por el Nuevo Mundo?

—Bien, sargento, pero… no me dijo que lo iban a ascender a subinspector.

—Pues ya ves… Cosas de la vida. Lo de la corrupción en Tarragona aún colea, pero impresionó cómo lo solucionamos a los de arriba. Hay gente que quedó muy sorprendida con la gestión que hicimos de ello, y al comisario Gómez le pareció muy buena idea la proposición que le hice.

—¿Qué proposición, sarg… subinspector? —corrigió a tiempo.

—Traerme a mi equipo, a los hombres que yo eligiera.

—Pues me alegra que me haya incluido en ese equipo, subinspector.

—¿Quién dice que te haya incluido? —bromeó, echándose hacia atrás en la silla del escritorio. Estrada rio de manera forzada.

—Entonces…, ¿ha sido usted quien me ha mandado a Columbia?

—El mismo.

—¿Con qué fin?

—Vamos, siéntate, Estrada —señaló la silla de escay que había frente el escritorio—. Ha sido creada una unidad especial que voy a

comandar. Se va a encargar de los grandes crímenes, asuntos internos, prostitución, drogas… Seremos como esos de *Miami Vice*, muchacho —dijo entusiasmado.

—¿Y dónde encajo yo en todo esto, subinspector?

—¿Bromeas? Tú eres mi hombre de confianza, Estrada.

Estrada se quedó en silencio. No supo qué contestar.

—Yo… No sé qué decir… —admitió al fin.

—No te preocupes Estrada, no tienes que decir nada. No me falles. Ahora eres cabo, tienes a gente a tu cargo.

—Lo sé, señor, y soy consciente de la gran responsabilidad que ello supone.

—Bien, cabo, entremos en materia. Asuntos Internos continuó sus investigaciones tras las detenciones, y ha encontrado algunas conexiones de la red de drogas de Tarragona con una de prostitución existente aquí en Barcelona. Parece que era cierto lo que Seis Dedos nos contó hace cuatro años. Durante su estancia en prisión, ha estado colaborando con nosotros y nos ha facilitado información a cambio de una sensible reducción de su condena.

—Ese mal nacido diría cualquier cosa por salir del trullo.

—Estoy de acuerdo, por esa razón vas a dedicarte a comprobar todo lo que nos ha contado.

—¿Hay algún informe?

El subinspector abrió un cajón del escritorio y sacó una carpeta bastante voluminosa.

—¿Es todo?

—No. —Señaló una caja que había junto a la mesa—. En esa caja tienes los casetes con las grabaciones hechas en la cárcel.

—Bueno…, unas cuántas horas de…

—Y en aquella otra los *DCs* de ordenador… o como se llamen —interrumpió.

—CD, se llaman CD. Pero me voy a pasar la vida entera haciendo esto, y además mi trabajo de patrullaje.

—No volverás a patrullar más. Y no es necesario que lleves tu uniforme. Puedes vestir de paisano a partir de ahora. ¿Aún tienes el 205?

—Tiene que durar mucho.

—Ve a logística y que te asignen un vehículo. Uno sin logotipar.

—¿Y qué hago con el 205?

—Y yo qué sé… —dijo divertido—. Dónalo a un museo.

—¿Algo más?

—Nada más por ahora. Vete a casa y léete todo eso.

Estrada se levantó y fue hacia la puerta cargado con toda la documentación.

—Que te ayuden Morales, Vila y Contreras.

—¿Los han trasladado también?

—¡Naturalmente! Son tu equipo. Rodéate siempre de los mejores, Estrada. ¡No lo olvides nunca! ¡De los mejores!

Salió del despacho con una amplia sonrisa de satisfacción.

Se reunió con su equipo aquella misma mañana en una de las salas de la comisaría. Se repartieron el trabajo para escudriñar exhaustivamente toda la documentación que Reyes le había entregado. Morales y Contreras se hicieron con un reproductor de casetes y uno de CD para escuchar las grabaciones. Vila y Estrada se encargaron de la documentación escrita. A pesar de la gran cantidad de grabaciones, no consiguieron averiguar demasiado. Sí había confirmación de una trama de prostitución, pero no quiénes la formaban ni dónde exactamente.

Los cuatro hombres llevaban dos días trabajando en aquella sala de la comisaría que empezaba a oler a tigre. Apenas habían salido para comer en una ocasión. Las otras veces encargaron comida china y unas pizzas.

—Casi no tenemos nada —reconoció Estrada, exhalando el humo de un cigarrillo.

—Yo tengo una pequeña pista —aseguró Morales—. En una de las grabaciones del micrófono oculto de su celda, le cuenta a su compañero que tiene ganas de ir al Camp Nou.

—¿Al campo de fútbol? —preguntó Contreras.

—¡Que no te enteras, Contreras! —exclamó Estrada divertido—. En la zona de las putas. Todo el mundo sabe que por la noche aquello se llena de fulanas.

—Bien, sabemos que cuando salga, quiere ir de putas… Continuamos sin tener nada. ¿Qué más?

—Le cuenta a su compañero que su amigo, del que no sabemos el nombre, le regalará la puta por no haber desvelado nada, por no ser soplón.

—Bueno, eso solamente nos lleva a suponer que la zona de acción es la del Camp Nou —dijo Estrada pensativo.

—No es mucho, pero es algo —agregó Vila con un hilo de voz desde un sillón bajo que había en una esquina.

Estrada se levantó de golpe

—¡Quizá sea más de lo que piensas, amigo! —exclamó con júbilo.

—¿Qué has descubierto?

Abrió la puerta de la sala y salió con paso rápido.

—Odio cuando hace eso —reconoció Contreras.

—Bueno…, ¿y qué hacemos? —preguntó Vila, poniéndose de pie.

—Será mejor que le sigamos —propuso Contreras.

—Sí, nadie le conoce mejor que tú.

Los tres hombres se levantaron y salieron al pasillo. Acababa de

entrar en el despacho de Reyes, que estaba a pocos metros.

—Creo que es una idea descabellada, Estrada… —decía Reyes cuando llegaron los tres en tropel.

—No tenemos nada, subinspector. Creemos que su banda actúa en la zona del Camp Nou, pero no tenemos contacto, ni la seguridad de que realmente sea su zona de trabajo.

—Otra opción es seguir a Seis Dedos cuando acuda a esa cita «regalada» —dijo Vila.

—Aún le faltan por lo menos cinco años más para que salga. No podemos esperar tanto.

Vila guardó silencio.

—Y si tú te infiltras, ¿quién hará de prostituta?

—Natalia.

—¿Tu novia?

—Sí —afirmó rotundo.

Reyes se recostó en la silla, que hizo un ruido metálico. Estuvo meditabundo un minuto más o menos.

—¿Has hablado con ella?

—Aún no. Lo hablaremos esta noche.

—¿Crees que aceptará?

—No lo sé, pero sí sé que tiene muchas ganas de devolvérsela a esa gente.

Volvió a meditar un momento.

—Está bien. Tienes luz verde. Pero si dice que no, se acabó el plan. ¿Me has oído, Estrada?

—Sí, señor…

VIII

Morales y Vila aguardaban dentro del coche policial no rotulado que le habían asignado a Estrada. Habían aparcado en la avenida Juan XXIII, junto a las obras del nuevo tanatorio. En aquella calle, las prostitutas acostumbraban a ofrecer sus servicios a partir de las ocho o las nueve de la noche. Estrada estaba apoyado en una farola, pero no parecía él. Vestía unos pantalones vaqueros y una camisa roja abierta para que se vieran los pectorales, el pelo en el pecho y una cadena de oro de cordón grueso. Se había dejado crecer la barba y la llevaba desaliñada, así como el pelo: largo y despeinado. Natalia llevaba una minifalda de charol ribeteada con unas tachuelas plateadas y una camiseta blanca, tipo top, ajustada y escotada de forma grotesca, que dejaba al descubierto parte de su delgada barriga. El maquillaje también era desproporcionado, aunque no grotesco.

Después de una hora de fingir el rol de prostituta y chulo, llegó el momento de actuar. Vila se bajó del vehículo y fue andando hacia ellos, estaban a unos cien metros de distancia, más o menos. Morales puso el motor en marcha y también fue hacia Natalia y Estrada.

Cuando llegó a la altura de Natalia, aproximó el vehículo lo más cerca que pudo de la acera y bajó la ventanilla.

—¡Guapa! —exclamó con intención.

Una fulana, que también ofrecía sus servicios, se acercó al coche.

—¿Es a mí, precioso?

—No, la morena. ¡Oye, guapa!

—No sabes lo que te pierdes —protestó la mujer y se alejó refunfuñando.

Natalia se acercó y se dirigió a él como si no le conociera.

—Dime, cariño. —Miró hacia atrás y vio que la prostituta estaba cerca.

—¿Cuánto por un completo?

—Diez mil —contestó Natalia divertida.

—Ya se ha marchado. Sube. —Natalia dio la vuelta al vehículo por la parte delantera y se sentó en el asiento del acompañante. Morales arrancó el vehículo y se marcharon calle abajo.

Media hora más tarde, volvió a traerla. Estrada, en el rol de proxeneta, recibió el dinero que le había dado supuestamente su cliente y se marcharon juntos calle arriba.

Los cuatro se reunieron en la Diagonal, frente a la puerta del colegio mayor Peñafort.

Morales subió dos ruedas del vehículo sobre la acera. Vila, Estrada

y Natalia subieron al coche.

—Bueno, ya hemos tirado la caña… —dijo Estrada.

—Ahora solo queda esperar y ver si pican…

—De eso nada, Morales. Mañana volvemos y que Vila haga de cliente.

—¿Con tu novia?

—Con Natalia, ahora es una colaboradora de la policía.

—Sí, claro… —afirmó Morales con el semblante serio.

La noche siguiente repitieron la misma parodia, pero no fue hasta la tercera vez que lo hicieron cuando obtuvieron algún resultado. Natalia vestía de forma idéntica al primer día, pero como ya empezaba a hacer calor, sustituyó el top por el sostén de un bañador de color rojo. Cuando Contreras detuvo el coche a su altura y Natalia se acercó, un hombre, de estatura media, piel morena, el pelo completamente engominado y peinado hacia atrás, se dirigió a Estrada, que estaba apoyado en la misma farola en la que estuvo los días anteriores.

—Eh, tú. Te vengo observando hace días, tío.

—¿Eres gay? —preguntó, mirándole de reojo.

El hombre intentó agredirle con una navaja, pero Estrada reaccionó rápidamente y, para cuando el agresor se pudo dar cuenta, lo había reducido tumbándolo en el suelo. Le puso una rodilla en el pecho, le quitó la navaja y le apuntó con ella en la quijada. Natalia lo observaba todo a una distancia prudencial.

—¡Cabrón! —se quejó al notar la punta del cuchillo.

—¿Qué quieres, maricón? —preguntó con tono amenazante.

—Estás en mi zona.

—¿Tu zona?

—Sí, mi zona —repitió, alargando las vocales.

—¿Pagas alquiler? —se burló Estrada.

—Si me haces algo, eres hombre muerto.

Estrada apretó más la navaja.

—¿Quién me va a matar? ¿Tú? Si aprieto un poco más, te atravieso la garganta, chulo de mierda.

—No es de mí de quien debes tener miedo.

—¿Y de quién?

—De Cuadros… —dijo con dificultad por el dolor.

—¿Quién coño es Cuadros? —preguntó de mal humor.

—El que controla esta zona. Esta y todas las de Barcelona.

—Llámale y dile que a partir de ahora va a tener que compartir su «zonita» —se recochineó.

—Sabes que te va a matar, ¿verdad?

—No estés tan seguro. —Estrada retiró la navaja de su cuello y se puso en pie—. Levántate y llámale. ¡Ahora! Ahí tienes una cabina.

El hombre se dirigió lugar indicado, que estaba a unos diez metros, y entró en ella. Estrada pudo ver cómo gesticulaba de forma grotesca y pasaba la mano donde antes él había apoyado la navaja. Un par de minutos más tarde, regresó arrastrando los pies.

—Ya viene. Te vas a cagar, cabrón.

—Yo solo cago después de comer. Y hoy ya he cagado.

Veinte minutos más tarde, un Mercedes Benz 600 SEC se detuvo en la acera. Bajó un hombre joven, de estatura media y complexión atlética, que vestía un traje blanco y un sombrero estilo Panamá.

—¿Quién es el que te ha agredido? —preguntó tranquilamente.

—Ese cabrón, jefe —dijo con ira, señalándole con el dedo.

Empezó a andar hacia Estrada.

—No será tan cabrón si te ha tumbado —afirmó, mirándole de reojo. El otro guardó silencio avergonzado.

Llegaron donde Estrada aguardaba junto a Natalia.

—Dice Leonardo que le has clavado una navaja.

—Si se la hubiera clavado, ahora mismo estaría saludando a San Pedro.

—Te crees muy gracioso, ¿verdad?

—Tanto como para trabajar en tu zona —añadió con retintín en la última palabra.

—No me tienes miedo. ¿Me equivoco? —Sacó una pistola automática y le apuntó directamente a la cara.

En menos de un segundo, Estrada se la arrebató de las manos, desmontó la corredera y la dejó caer al suelo, le quitó el cargador y con el pulgar hizo que dos o tres balas salieran disparadas hacia él.

—Estás muerto, Cuadros… —dijo con satisfacción.

—Veo que conoces mi nombre.

—Cosas del bocazas de tu empleado. —Dejó caer el cargador al suelo. Algunas balas salieron despedidas por el impacto.

—Pero yo no conozco el tuyo.

—Es que no te lo he dicho —afirmó con seguridad—. Me llamo Marco Falcó.

—Así que eres el «halcón». Rápido y veloz —dijo, mirando las piezas de la pistola que había por el suelo.

—Y una visión excepcional.

—Eso habrá que verlo. —Hizo una breve pausa durante la cual pareció estudiarlo profundamente—. Tu chica no puede trabajar aquí.

—¿Por qué no?

—Porque es mía.

—¿La has comprado?

—¿Tú qué eres?, ¿un listillo?

—Soy quien te puede crear problemas. O quien puede solucionártelos.

—¿Y cómo se supone que vas a solucionarme los problemas?

—Está claro que mucho mejor que este inútil.

Cuadros le miró dubitativo. Se quitó el sombrero panamá y se pasó la mano con extrema delicadeza sobre un pelo tan engominado que apenas se movía.

—¿Quieres trabajar para mí?

—¿Pagas bien?

—Nadie se ha quejado hasta ahora —dijo sorprendido por la pregunta.

—Tengo que pensarlo.

—¿Pensarlo? —exhortó el otro hombre.

—¿Eres el eco? —se burló Estrada.

—Te voy a… —Se abalanzó sobre él, pero Cuadros le detuvo.

Un vehículo se acercó y paró frente a Natalia. Al volante estaba Contreras.

—Parece que tu chica tiene un cliente —apuntó Cuadros.

—Eso parece —contestó Estrada.

Acordaron un precio y Natalia subió al vehículo. Los tres hombres observaron el coche hasta que desapareció calle abajo.

—Mañana me reúno en mi casa con mis socios. Me gustaría que vinieras.

—Ya te he dicho que lo pensaré.

—Te espero a las cinco de la tarde. Si decides venir, hazlo solo. —Sacó una pequeña libreta del bolsillo interior de la americana y apuntó algo—. Esta es mi dirección. —Alargó la mano y Estrada cogió el papel.

Cuadros se dio la vuelta y regresó al Mercedes.

Tres cuartos de hora más tarde, Estrada llegaba a su casa.

—¿Te ha seguido alguien? —preguntó Contreras.

—Les he dado esquinazo en la Vía Layetana.

—Bien. ¿Cómo habéis quedado?

—Me ha invitado a ir mañana a su casa.

—¿Irás? —preguntó Natalia, temiendo su respuesta.

—¡Claro! Es lo que hemos estado esperando.

La chica suspiró con inquietud.

—Hay que prepararlo todo —dijo Estrada entusiasmado.

—Mañana. Déjanos dormir por lo menos esta noche —pidió Contreras.

—Está bien. Mañana a las ocho en la comisaría.

—¿Tan pronto? —se quejó Morales—. Déjanos dormir.

—Bueno, ocho y media…

—Venga, Fer…, a las nueve —pidió Natalia.

—Está bien —finalizó, dándose por vencido.

Miguel Cuadros, alias Mickey, alias Square, vivía en una antigua nave

industrial que en parte había convertido en vivienda. Concretamente, eran las viejas oficinas las que había transformado, con bastante criterio, en un apartamento al que no le faltaba de nada.

Un negro de ojos saltones al que llamaban Joshua le indicó que aparcara dentro de la nave, en la parte que antaño había sido la zona de descarga de camiones.

Estrada hizo lo propio y luego siguió a aquel tipo por unas escaleras de hierro forjado que conducían hasta el piso superior. Abrió la puerta blindada, que estaba entornada, y entraron. El ruido de dos pesadas piezas metálicas encajando reveló que esta se había cerrado.

Joshua le acompañó hasta el salón y luego desapareció. Cuadros se encontraba acompañado por tres hombres más.

—Por un lado, temía que no vinieras, pero estaba seguro de que la curiosidad podría contigo —afirmó con una amplia sonrisa y le invitó a unirse al grupo.

—La curiosidad mueve montañas —dijo Estrada con una mueca alegre.

—¿No era la fe?

—La fe también, pero solo las montañas de los creyentes, en cambio, la curiosidad mueve las de todo el mundo.

—Sí, parece razonable —reconoció pensativo.

—Siéntate y acomódate. Joshua nos traerá algo para tomar.

—Gracias. —Se colocó en uno de los sillones de piel blanca que había frente una mesa de centro exageradamente grande de cristal oscuro.

—Mickey nos ha contado que tienes los cojones bien puestos —dijo un tipo gordo con un bigote que le brotaba bajo la nariz como un seto mal cortado.

—Si él lo dice, será cierto.

—¿Cuánto tiempo hace que te dedicas a esto? —preguntó el mismo tipo.

—Unos dos años.

—Bueno, antes de continuar, deja que te presente a mis hombres de confianza. El cotilla del bigote es Armando Segura, se encarga de la zona de Sagrada Familia, Sant Adriá y Badalona. —Estrada asintió en silencio—. Javier Segura se ocupa del resto de Barcelona, especialmente de Ciutat Vella. —Físicamente se parecía mucho a su hermano, pero no llevaba bigote y era ligeramente más bajo, sin embargo, si no estaban juntos, era difícil darse cuenta.

—Ahí debes tener mucho trabajo, sobre todo, en el Borne —bromeó Estrada.

—Lo hay, y muchos conflictos, pero lo importante es la organización y tener a gente de confianza que llegue donde no lo hacen tus ojos y tus oídos.

—Lo tendré en cuenta —respondió pensativo.

—El flaco es Toño, aunque todos le llaman el Muerto —le señaló con el dedo y, al hacerlo, quedó al descubierto un reloj Rolex de oro macizo—. Él lleva la parte de Hospitalet, Cornellá, Sant Boi y El Prat.

—¿Y tú de qué te encargas? —preguntó Estrada.

—De la coordinación de los grupos.

—Eres su jefe —afirmó.

—Puedes definirlo así, si lo deseas. Yo prefiero pensar que todos somos… socios, pero yo soy el que tiene mayor participación en la empresa.

—Entiendo.

Entró Joshua con una bandeja que contenía unas copas, tres botellas de licores, un plato con patatas fritas y otro, más pequeño, con olivas verdes. Lo dejó sobre la mesa de centro y volvió a marcharse.

—¿Un *whisky*? —preguntó el Muerto.

—Con hielo —respondió Estrada.

El Muerto puso un par de cubitos en un vaso ancho y luego vertió la bebida alcohólica.

Cuadros se sentó en uno de los sillones que quedaba libre.

—Para que toda esta organización se mantenga, hay dos factores que son primordiales: la lealtad y la responsabilidad personal de cada uno. Debo confiar en mis hombres; si no, esto no funcionaría. Precisamente, hace poco he tenido que dar ejemplo de todo esto.

—¿Ejemplo?

Armando Segura pasó el pulgar de lado a lado de su cuello al tiempo que hacía un ruido con la boca.

—No permito las traiciones… Quien lo hace ya sabe lo que le espera. Farelli llevaba la zona de Ciutat Vella, y pensó que se la podía jugar a Javier —dijo, señalando al gordo sin bigote—. Pero ni a él ni a mí nos engaña nadie, por lo menos no durante mucho tiempo. —El gordo asintió en silencio tras dar un sorbo a su bebida.

—Yo también las odio. Mis chicas lo saben perfectamente. A más de una la he tenido que meter en vereda para que obedezca.

El Muerto rio por lo bajo. Estrada lo miró de reojo y su cara le recordó aún más a una calavera huesuda.

—Me gusta. —Cuadros hizo una pausa—. No te conozco apenas —continuó pensativo—, pero no me suele fallar mi sexto sentido…

—Excepto con Farelli —rio por debajo del bigote Armando Segura.

—Farelli recibió su merecido y servirá de ejemplo para otros.

—Hasta te habrá hecho un favor —reconoció Estrada, recostándose en el sillón.

—No lo había visto de esa manera —reconoció pensativo—. ¡Me gusta este muchacho! —sentenció con alegría—. ¿Te gustaría

encargarte de llevar esa zona? Junto a Javier, claro. A prueba.

—Tengo que…

—No vuelvas a decirme que tienes que pensarlo —dijo molesto.

Estrada se quedó cabizbajo un momento con la mirada perdida en el suelo de mármol blanco.

—Está bien —dijo al fin.

Cuadros se puso en pie y le tendió la mano. Estrada hizo lo mismo y encajaron las manos en un fuerte apretón.

El Negro y el Muerto observaban la escena atónitos.

—En ese caso, bienvenido a la organización. Estás a prueba.

—De acuerdo.

Ya estaba dentro. Había conseguido lo que deseaba. De momento, su plan funcionaba tal y como esperaba, pero debía estar alerta y no distraerse con nada.

—Mañana ven a esta dirección. —Javier la anotó en una servilleta y se la pasó a Estrada—. A las ocho de la noche. Sé puntual. Estrada la miró y se la metió en el bolsillo del pantalón.

—Me lo pensaré —dijo Estrada con el rostro completamente serio.

—¿Otra vez?

—Es broma, es broma… —dijo divertido.

Cuadros le apuntó con el dedo índice como si fuera a dispararle e hizo chasquear la lengua.

CAPÍTULO CUARTO

IX

Enclavado entre el Ensanche y el Puerto, el barrio del Borne era uno de los más carismáticos de Barcelona. Lo delimitaba la calle de la Princesa, el paseo Picasso, el paseo de Isabel II y la Vía Layetana, formando un rectángulo casi perfecto en el interior, del cual el serpenteante camino de sus callejuelas era capaz de transportarte en el tiempo.

En el 46 de la calle de los Manteros, casi en la esquina con el paseo del Borne, Giacomo Farelli y Javier Segura controlaban el negocio de la prostitución hasta que Farelli, en un abuso de confianza, sin duda, en sí mismo, se atrevió a engañar con los pagos a su jefe, a Cuadros nada menos, y este le regaló unos zapatos de hormigón que lo mantuvieron en el fondo del puerto de Barcelona, donde unos buzos que realizaban unas tareas de mantenimiento lo encontraron un mes más tarde. O mejor dicho, a lo que quedaba de él, para ser más exactos. Al día siguiente, su imagen putrefacta y devorada por los peces apareció en las portadas de casi todos los periódicos de tirada nacional junto a otra de archivo de la Guardia Civil.

Desde aquel momento, Javier Segura tuvo que encargarse él solo de controlar la zona.

Fermín Estrada acudió puntual. No porque se lo exigiera Javier Segura, sino porque era su costumbre, su manera de hacer. Se trataba de algo que formaba parte de su disciplina personal.

Junto a la puerta del vestíbulo había una mujer de color que apoyaba la espalda y el pie en la pared. Llevaba el pelo al estilo afro y un maquillaje bastante colorido: labios rojo pasión, sombra de ojos royal blue y mejillas fucsia claro. No podía ser más singular . Se acercó al telefonillo.

—No funciona, guapo.

—¿Entonces? ¿Grito? —preguntó divertido.

—La puerta está abierta, cariño. Siempre lo está.

—Gracias —dijo con una sonrisa. La empujó y entró.

No había ascensor. Subió por unas escaleras tan gastadas que resultaban incluso peligrosas. Cuando estuvo ante la puerta 1C, tocó el timbre. Miró un momento hacia arriba y vio una cámara de seguridad que le apuntaba directamente. Esta se abrió de pronto. Una atractiva mujer de unos veinticinco años apareció tras ella. Vestía un vestido de tubo de color negro que dibujaba perfectamente una figura delgada y esbelta, llevaba el pelo, que era castaño y ondulado, cayendo sobre sus

hombros y sus pechos, que eran bastante prominentes.

—Hola, Marco.

—¿Cómo sabes mi nombre? —preguntó Estrada sorprendido.

—Saberlo todo de todos es mi trabajo. Pasa —pidió en un tono cálido y cercano.

Cruzó la puerta y la mujer cerró tras de sí.

—Me llamo Carla.

—Yo soy Marco Falcó, pero tú ya lo sabes.

Asintió con una sonrisa lasciva.

—Javier te está esperando, acompáñame.

Atravesaron una sala en la que había sofás de piel blanca pegados a la pared. Varias prostitutas esperaban a que sus servicios fueran requeridos por algún cliente. Continuaron por un largo pasillo con puertas a cada lado hasta que llegaron a una estancia tan ancha como aquel apartamento, en el que había una cocina americana a la izquierda y una mesa de madera a la derecha con seis sillas. Una mujer de mediana edad estaba cocinando. Al fondo, dos puertas. Carla tocó dos veces la de la izquierda y esperó.

—¡Pase! —gritaron desde dentro. Carla la abrió y le invitó a entrar.

—Buenas noches, Marco. Me alegra que hayas venido.

—No podía faltar. Di mi palabra —aseguró con orgullo.

—Bien, siéntate —pidió, señalando un butacón de cuero marrón bastante desgastado que había frente una mesa baja. Carla salió y cerró la puerta.

Javier Segura se levantó de su escritorio y se colocó en otro sillón idéntico que había a su lado, un tanto ladeado, para poder hablar cómodamente.

—Esta noche trabajaremos juntos, quiero que conozcas a todo el mundo. ¿Has cenado?

—Sí, no te preocupes.

—De todos modos, tenemos que ir al bar de la esquina —dijo, luchando por levantarse.

Hasta el segundo intento no logró incorporarse del sillón. Salieron al pasillo.

—Aquí tienes el baño y el W.C. —dijo, señalando la puerta que había al lado de la de su despacho—. Esta es Anoushka, nuestra cocinera. Es rusa, y a parte de insultar en castellano, no sabe mucho más en nuestro idioma. Ahí es donde comen las chicas —señaló la mesa sin detenerse—. En estas puertas están las literas donde duermen. La mayoría son ilegales y no tienen donde ir.

—Una ventaja para el negocio.

—Bien, muchacho, bien… Veo que estás puesto. —Señaló dos puertas que tenían un cartel colgado en el pomo—. Aquí es donde trabajan las chicas. Dos camas de matrimonio —dijo, apuntando a una

puerta a cada lado del pasillo. Llegaron a la sala en la que estaban las jóvenes. Aunque al entrar no se fijó en demasía, en aquel momento se dio cuenta de que era bastante grande. Había cinco de ellas sentadas en ese instante.

—Tus empleadas —bromeó Estrada.

—Las nuestras —puntualizó Javier—. Ahí tienes a Andrea, Maite, Rosana, Olga y Tere. Falta una —dijo como si hubiera descubierto un dilema existencial—. Debe estar trabajando.

—Fedora está con un cliente —dijo una chica con el pelo negro como el ébano y unos ojos azules como el cielo en verano.

—Gracias, Andrea —respondió amablemente Javier. La mujer miró tímidamente a Estrada—. Solo hay una regla con las chicas: fóllatelas las veces que quieras, pero no te enamores de ellas. No quiero gilipolleces románticas. Esto es un negocio y no quiero perder activos.

—Lo tendré en cuenta.

—Sigamos. —Salió al recibidor y abrió la puerta.

Bajaron por aquellas escaleras gastadas y se dirigieron a la calle. La mujer de color continuaba en el portal. Al pasar, le dio una palmada en la cadera.

—¡Joder, jefe! ¡Qué susto me has dado!

—Esta es Ashanti, hace unas limpiezas de sable que te quitan el hipo.

—Tendré que comprobarlo, no sé si creerte —bromeó Estrada, mirando a la mujer de arriba abajo.

—Me caes bien, Marco. Espero que no me falles como lo hizo Farelli.

Estrada no contestó.

Javier lo llevó a un bar que había calle arriba, en una esquina. Era un antro antiguo, de madera, con unos pórticos verdes en la parte exterior que lo hacían bastante característico. Estaba lleno a aquella hora. Jóvenes y no tan jóvenes degustaban en la barra diferentes tapas que acompañaban con cerveza, refrescos o alcohol. Las mesas que habían frente la misma, junto a la pared, también se encontraban muy concurridas, incluso en algunas habían colocado una silla ocupando parte del pasillo y dificultando, aún más si cabe, el paso de la gente. Tras varios empujones, lograron llegar al fondo del local. Hizo una señal al tipo que estaba tras la barra, un viejo menudo y delgado que vestía camisa blanca y pantalones negros. Acudió al momento. Estrada y Javier se sentaron en una mesa que había tras un biombo que los ocultaba, en parte, del resto del bar.

—¿Qué quieres muchacho?

—Una cerveza.

—Tráele una cerveza al chaval, Fede. —El hombre, que parecía más enclenque de cerca, asintió en silencio—. A mí lo de siempre —añadió

antes de que se marchara.

—¿Cuándo vas a decirme cuál va a ser mi trabajo? —preguntó de pronto.

—Me gusta que quieras trabajar, pero, por lo menos, déjame cenar… —se quejó, echándose hacia atrás en la silla.

Llegó el camarero con una cerveza, un bocadillo de bacón con queso y una copa de vino tinto llena hasta la mitad. Repartió las consumiciones con cara triste y se marchó sin decir nada.

Javier Segura cogió el grasiento bocadillo con ambas manos y le hincó un diente. Estrada echó un trago directamente del botellín de cerveza.

—Lo que quiero que hagas —empezó mientras masticaba— es controlar un grupito de tres chicas.

—¿De las que había allí dentro?

—Dos de las que hay en casa y una que está en el paseo.

—¿En el paseo del Borne?

—¡Claro, muchacho! ¿Cuál va a ser? —dijo divertido mientras continuaba masticando. Pequeños trozos de pan y fiambre salían despedidos de su boca cada vez que hablaba.

—¿Quiénes son?

—Andrea y Olga.

—¿Y la del Borne?

—A Carolina la conocerás luego —volvió a decir con la boca llena.

—¿Qué tal son las chicas? ¿Alguna da problemas?

—En general, no. Hay una a la que hay que calentar de vez en cuando, pero no será de las que tú lleves. Las que tenemos ahora suelen ser bastante tranquilitas.

—Y las que voy a controlar yo, ¿qué tal son? —preguntó tras dar otro sorbo a la cerveza.

—Las tuyas tranquilas. No quiero darte muchos embrollos nada más empezar. —eructó de forma sonora.

—Soy muy capaz de ponerlas en cintura.

—No lo dudo, muchacho, no lo dudo. ¿Quieres un café?

—Odio el café.

—No sabes lo que te pierdes. ¡Vámonos! —Dio una palmada en la mesa con ambas manos y retiró la silla para levantarse. Lo consiguió al segundo intento, como cuando se levantó del sillón de su despacho.

Al llegar a la altura de la caja registradora, que estaba en el centro de la barra, lanzó un par de billetes sobre el mostrador.

—¡Cóbrate, Fede! —exclamó y continuó caminando hacia la puerta. El bar estaba más lleno cada vez y parecía imposible salir, pero Javier Segura apartaba a la gente con la determinación, seguridad y superioridad propias de un «padrino» de la mafia. Y nadie le replicaba o se quejaba de sus empujones.

Salieron a la calle y caminaron con paso lento hasta el paseo del Borne. A aquella hora estaba atestado de gente. Los bares de la zona se veían a rebosar y en los bancos del paseo había jóvenes conversando, fumando maría o tomando litronas que escondían en bolsas de papel por si aparecían los *pitufos* con ganas de bronca.

Se dirigieron a la calle Rec Condal.

—Ahí tienes a Carolina, tu chica.

—¿La morena?

—Es guapa, ¿eh? —dijo tras darle un codazo.

Carolina era una chica rumana de veinticuatro años, tez blanca, pelo y cejas oscuras, ojos azules y unas largas y contorneadas piernas que parecían no tener fin.

—No está mal, no está mal… —admitió realmente sorprendido.

—Veo que te gusta… —dijo divertido—. Tíratela. Es tu chica…

—Lo haré, no te preocupes —dijo, mirándolo de reojo.

—Hola, Carolina. ¿Todo bien? —preguntó Javier.

—Si, jefe. De momento, ningún servicio.

—Está bien, niña. Este es Marco, Marco Falcó. Va a sustituir a Farelli.

La chica asintió en silencio.

—¿Fermín? —dijo una mujer rubia que se acercó al grupo.

—Te equivocas, guapa.

—No eres Fermín Est…

—¡Te he dicho que te equivocas! —la interrumpió bruscamente.

—Disculpe —agregó la mujer visiblemente acongojada.

—¿Quién era esa? —preguntó Segura.

—Ni idea… No la he visto nunca —respondió bastante convincente—. Alguna loca que me habrá confundido con otro.

—Bueno, ya conoces a todas las chicas. Dales tu teléfono móvil para que te puedan localizar si hay algún problema. Yo me marcho ya.

—Está bien, Javier. Nos vemos.

Estrada y Carolina se quedaron mirando cómo Javier Segura desaparecía entre la gente por el paseo del Borne.

X

Estrada, conocido como Marco Falcó en el mundo de la prostitución, pasó la noche controlando a las chicas que le habían asignado, como hacen los chulos, de cerca, pero sin intervenir de no ser absolutamente necesario.

Cuando empezó a amanecer, todas regresaron al piso de la calle de los Manteros. Parecían autómatas que tenían programado lo que debían hacer en cada momento.

Estrada se tumbó un rato en una de las habitaciones que quedaban libres. Al cabo de unos minutos, alguien intentó abrir la puerta, pero tomó la precaución de atrancarla por dentro. Su reloj de pulsera sonó a las diez de la mañana. Apenas había dormido cuatro o cinco horas, aunque para él eran suficientes. Necesitaba encontrar un piso. Ir cada día a su casa era peligroso y pondría en riesgo a Natalia si la relacionaban de alguna manera con la policía.

Salió de la habitación y fue hacia la puerta. En el salón había una o dos chicas conversando, el resto aún dormía. Las saludó y salió a la calle. Fue a un bar cercano y desayunó un café con leche y un *croissant*. Luego se metió en una cabina y llamó al subinspector Reyes.

—Estoy dentro. Necesito un alojamiento en el Borne. —Sin esperar respuesta, colgó inmediatamente.

Salió de la cabina y regresó al piso de Manteros. A medio camino, en el paseo del Borne, su teléfono móvil sonó. Miró la pantalla, pero no reconoció el número. Igualmente descolgó.

—¿Sí? —respondió con determinación

—Marco, soy Olga —dijo una voz bastante alterada—. Hay un cliente que no quiere pagar y está pegando a Andrea. ¡Ven, corre! —pidió desesperada.

—¡Voy! ¿Dónde está?

—En el paseo, al final.

Estrada empezó a correr paseo arriba, pasó junto a la fuente municipal y divisó un pequeño tumulto justo en la entrada trasera de Santa María del Mar. Aceleró el paso hasta que llegó donde estaba la pelea. La muchacha se encontraba tendida en el suelo, y el hombre, un tipo bastante fuerte y corpulento, sobre ella. Estrada vio como le atizaba un puñetazo en la mejilla. La mujer gritó de dolor. Olga intentaba coger al hombre por detrás, pero era demasiado grande para ella.

Lo agarró por la camiseta y se lo quitó de encima de un solo tirón. El hombre no sabía lo que había ocurrido. Estrada le propinó dos puñetazos: uno con la izquierda y otro con la derecha, muy rápidos.

Luego, uno directamente a la boca del estómago que hizo que se retorciera de dolor hasta que perdió el equilibrio y quedó en el suelo hecho un ovillo.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó a la chica. Le tendió una mano para ayudarla a levantarse.

—Este hijo de puta no quería pagar.

—¿Has terminado el servicio?

—¡Claro! —dijo, poniendo la mano sobre el ojo.

Poco a poco se había ido arremolinando un grupo de personas, ocho o diez al principio, luego alguna más.

—¿Cuánto te debe?

—Cinco.

—Está bien.

Se acercó de nuevo al hombre, que aún estaba retorciéndose de dolor en el suelo, metió la mano en el bolsillo trasero de su pantalón y sacó la cartera. La abrió, sacó diez mil pesetas y se las entregó a Andrea.

—¡La policía! —gritó Olga.

—¡Vámonos!, ¡rápido! —No les convenía a ninguno que los identificaran.

Estrada cogió el DNI del hombre sin que nadie se percatara y le tiró la cartera. Luego, salió corriendo hacia las chicas, que iban en dirección al piso.

Llegaron en menos de un minuto y medio. Detrás les seguía un agente de la Guardia Urbana, pero no consiguió darles alcance, ni siquiera averiguar en qué portal se habían metido.

Los tres subieron rápidamente las escaleras hasta el principal.

—¿Cómo estás, Andrea? —dijo con la voz entrecortada por la carrera.

—Ese cabrón me ha roto la cara —se quejó, respirando rápidamente

—¡Hijo de puta! Como vuelva a verle… —exclamó Olga con rabia mientras observaba el golpe de cerca.

—¡Cabronazo! —se quejó Andrea con ira contenida.

—Tranquilas, chicas —dijo con voz calmada—. Vamos a ver si podemos hacer algo con ese ojo. Acompáñame al baño.

La muchacha asintió sin decir nada. Estrada y Andrea se encaminaron al baño,
seguidos por Carolina y Olga, y entraron en el servicio.

—Olga, mira a ver si hay una bolsa de guisantes congelados, o si no hay, una de ensaladilla, o cubitos y un paño limpio y húmedo.

—Está bien, jefe —dijo al salir por la puerta.

—Ponte un poco de agua mientras tanto. Quítate el maquillaje.

La muchacha hizo lo que le pidió Estrada. La zona afectada ya

hacía rato que estaba bastante morada. Olga volvió con una bolsa de guisantes.

—Toma, Marco. —Olga le entregó la bolsa de congelados.

—Espera, antes quiero comprobar algo. Sigue mi dedo, Andrea. —Estrada movió el dedo índice de la mano derecha de un lado a otro frente a la muchacha.

—¿Ocurre algo, Marco? ¿Está bien mi ojo? —preguntó bastante asustada.

—De momento, todo bien. Necesito una linterna.

—Yo tengo una —aseguró Carolina. Abrió su bolso y sacó una pequeña.

Estrada la tomó e iluminó el ojo morado. La pupila se contrajo.

—¿Ves correctamente?

—Sí —contestó secamente.

—¿No ves borroso?

—No. Veo bien.

—De acuerdo, pues a la cama con la bolsa de guisantes en el ojo.

—Pero… tengo que trabajar… Segura se va a cabrear conmigo si no hago ningún servicio más hoy.

—¿Cuántos haces en una noche?

—Tres o cuatro. Hoy solo he hecho dos… —lamentó, sujetando la bolsa de guisantes en el ojo.

Estrada metió la mano en el bolsillo trasero de su pantalón y sacó su cartera. La abrió y extrajo un billete de cinco mil pesetas.

—Toma. Ahora vete a la cama y descansa un poco.

Las tres mujeres se quedaron con la boca abierta. Estrada acompañó a Andrea a su habitación, que compartía con otras tres chicas y la tumbó en la litera.

—Gracias —dijo emocionada—. Gracias por todo.

—De nada. Creo que sería bueno que una de las dos le hiciera compañía, por si necesitara algo. Yo voy a salir un rato. Si empeora, llamadme e iremos a urgencias.

Hizo un ademán con la mano a forma de despedida y salió de la habitación sin decir nada más. Cruzó el largo de la vivienda y bajó por las viejas escaleras hasta la calle. Cuando estaba en el último descansillo, escuchó cómo la puerta se abría. Salió del todo y se escondió en la esquina con el paseo del Borne. Asomó la cabeza y vio cómo Carolina abandonaba el portal, miraba hacia un lado y hacia el otro y daba un par de pasos sin decidir hacia dónde dirigirse. Al fin tomó el camino hacia donde se encontraba Estrada, hacia el paseo del Borne.

Dobló la esquina y se encontró con Estrada de frente.

—¡Marco! ¡Qué susto me has dado! —dijo tras un corto chillido.

—¿Qué necesitas? —preguntó fríamente.

—Quería hablar contigo un momento.

—¿Sobre qué?

—Bueno…, tú no eres como los demás… —empezó tímidamente—. Las chicas hemos estado hablando…

—¿Hablando?

—Sí, hablando. Todas estamos de acuerdo en eso, en que eres diferente.

—Pero… ¿diferente? ¿De qué manera? —preguntó divertido.

—¿Nos sentamos en los bancos? —exhortó con una sonrisa, señalando el paseo.

Estrada asintió en silencio e hizo lo que le pedía.

—Está bien, tu dirás.

—¿Quién eres?

—Marco. Marco Falcó.

Le miró directamente a los ojos esperando que le contestaran con una verdad que sabía que no obtendría de sus labios.

La gente paseaba arriba y abajo por el paseo y una suave brisa mecía las ramas de los plataneros.

—Tú nunca has sido chulo, no te comportas como tal. Farelli nos pegaba, nos exigía trabajar toda la noche y nunca nos defendía de los clientes —hizo una pausa—, pero tú eres distinto; eres amable, comprensivo, nos defiendes y no nos pegas. ¡Hasta le has dado dinero a Andrea para que no trabaje! ¿Qué chulo hace eso?

Estrada se quedó pensativo por un momento.

—Tengo que irme. —Se levantó con intención de marcharse.

—Marco…

—Lo siento, Carolina. No es el momento.

Se marchó en dirección a la estación de Francia. Al llegar a la avenida Marqués de Argentera, tomó un taxi.

Miró atrás un par de veces para asegurarse que nadie le seguía.

Cuando llegó al piso que habían alquilado él y su novia Natalia, esta apenas lo dejó entrar por la puerta, brincó a su cuello y lo llenó de besos. Luego se ducharon juntos e hicieron el amor.

Al terminar, mientras se estaba peinando, llamaron a la puerta. Natalia fue a abrir.

—Hola, jefe —saludó amablemente.

—Hola, Natalia. ¿Cómo está nuestro hombre? —preguntó Reyes.

—Ahora bien, Gonzalo… Ya le di su medicina —bromeó la muchacha—. Entra, por favor, no te quedes en la puerta.

El subinspector Gonzalo Reyes siguió a Natalia hasta la sala y se sentó en una de las plazas del sofá. Estrada salió enseguida.

—¿Qué tal, Gonzalo? —preguntó al salir del baño.

—Eso digo yo, muchacho. ¿Qué noticias tienes?

—He conseguido entrar. He conocido al que lleva la prostitución,

pero me da la sensación de que hay más temas.

—¿A qué te refieres?

—Ha dado a entender que ha matado a alguien. Un tal Farelli, es a quien estoy sustituyendo. Intenta averiguar si tenemos algo y busca en el muelle, creo que le han hecho unos zapatos de hormigón.

—¡Joder! Sí, recuerdo el caso. Aquí hay algo más que una simple trama de prostitución, Estrada. Esto es más propio de la mafia.

—Opino lo mismo, tengo la sensación de que hay algo más, pero acabo de llegar y aún es pronto para decirlo, aunque creo que hay una organización criminal bien estructurada.

Reyes se quedó pensativo un momento.

—Te hemos encontrado un piso en el Borne. Aquí tienes las llaves. —Le lanzó un llavero con ellas.

—¿Dónde está?

—Ahí tienes la dirección y la documentación. —Le pasó un dosier—. Te han llenado la nevera. En el baño tienes un arma, en el depósito de agua del inodoro, y otra bajo la cama, para que puedas cogerla si estás tumbado. Ambas cargadas, con una bala en la recámara y sin el seguro puesto.

—Bien.

—Solo tendrás que llevarte tu vestimenta, ya hay toallas, ropa de cama… La cocina también está surtida: sartenes, ollas…

—Necesitaré una moto. Algo rápido, pero que no destaque mucho

—¿Una Yamaha Special te parece bien?

—Sí, pero del 85. No quiero nada nuevo.

—Está bien… Con esas barbas que llevas y con esa moto vas a parecer un matón de barrio.

—Es lo que pretendo, jefe —dijo satisfecho.

—Mañana tendrás la moto aparcada delante. ¿Algo más?

—Por ahora no. Solo pasarte los nombres de la gente de la organización. —Se acercó al mueble del comedor y cogió una libreta. Apuntó los de todos los que había conocido hasta aquel momento y los cargos que ocupaban, también el de las prostitutas, aunque no sabía sus apellidos. Le entregó la hoja a Reyes bajo la atenta mirada de Natalia.

—Gracias, intentaré averiguar todo lo que pueda.

—Tengo que irme.

—¿Tan pronto? —lamentó Natalia.

—Sí, no quiero que sospechen.

XI

El verano iba tocando a su fin, y aunque aún hacía calor, aquella mañana llovía a cántaros. A pesar de ello, Fermín Estrada cogió su moto y se dirigió como cada día, desde hacía unos cuatro meses, al piso de la calle Manteros.

Cuando llegó, Cuadros estaba conversando animadamente con las chicas. Lo primero que pensó Estrada fue que lo habían descubierto, sin embargo, pronto cambió de idea al ver que la situación con las jóvenes era distendida y relajada.

—Buenos días, muchacho —saludó al verle—. ¡Coño, estás empapado!

—¿Qué tal estás, Cuadros? Sí, está lloviendo a cántaros… Es lo que tiene moverte con moto —dijo chistoso.

—Cámbiate de ropa, vas a coger una pulmonía. He venido a ver cómo van las cosas por aquí, pero las chicas ya me han dicho que lo tienes todo más que controlado.

—Lo intento —respondió para quitarle hierro al asunto.

—Vamos, Marco, no seas modesto. Las chicas me están contando que están mejor que nunca. Y no creo que eso deba preocuparme, de momento, ya que los servicios han aumentado considerablemente y hay más ingresos que nunca, pero no te despistes, a estas muñequitas hay que darles lo justo, si no, no rinden.

—Tranquilo, Mickey, lo tengo todo controlado, a la que no trabaje, ya sabe lo que le toca.

Cuadros no dijo nada, simplemente sonrió.

—Esta mañana van a venir nuevas chicas. Estas no estarán domesticadas como las tuyas.

—¿Son salvajes? —bromeó.

—No, son nuevas. Recién traídas de su país.

—¿Recién traídas?

—Sí, muchacho. Hay que ir renovando chicas. Barcelona y Madrid son los puntos iniciales, aquí es donde llegan de sus países, están un tiempo y luego las mandamos a otras ciudades. Hay que ir cambiándolas, si no, los clientes se aburren. Digamos que… ¿no se renueva la moda? —concluyó, y después soltó una sonora risotada.

—¿Quieres decir que las traéis vosotros mismos?

—Yo no suelo ir, pero sí, organizamos los viajes. Son viajes como del IMSERSO. Yo les llamo los viajes del PUTERSO —bromeó. Volvió a soltar una carcajada.

Estrada forzó una risotada para no levantar sospechas.

—¿Y quién las trae?

—Normalmente, van Armando Segura y el Muerto. ¿Es que quieres ir con ellos?

—No me importaría. Me vendrían bien unas mini vacaciones.

—Lo tendré en cuenta —dijo pensativo—. Pero centrémonos en el hoy —hizo una corta pausa—. Armando vendrá con las chicas y las encerrará en el cuarto del fondo.

—¿Encerrarlas? ¿Para qué?

—¿Crees que vienen por su propia voluntad a ser putas?

—No lo sé, Cuadros. ¿No saben a qué vienen? —Estrada sabía de sobra la respuesta, de hecho, el sistema era el mismo que el de Tarragona.

—¡Claro que no! Ellas creen que las estamos ayudando a introducirse en España ilegalmente.

—Entonces, ¿por qué las obligáis a prostituirse?

—Es el negocio redondo, muchacho —dijo, poniendo una mano en su hombro—. Por una parte, nos pagan el dinero para venir y, luego, les decimos que su deuda ha aumentado con el alojamiento y su mantenimiento —volvió a reír estrepitosamente—. Además, nos ayudan a captar clientes de la droga.

—Pero las chicas no venden —aseguró Estrada.

—No, pero les dicen dónde comprar y, en algunas ocasiones, introducen a los clientes que no consumen.

—¿Cómo les introducen?

—Igual que hacen los supermercados, les dan muestras gratis.

—Debo reconocer que es el negocio redondo —dijo Estrada pensativo.

—Lo es, puedo asegurártelo. Mira, Marco, por el momento te has portado bien, por aquí todo funciona. A ver cómo lo haces con esta entrega y veremos si te puedo dar… algo más de responsabilidad.

—¿De qué tipo?

—Bueno, llevas con estas chicas… ¿cinco meses?

—Un poco menos.

—¿Ves? Eso también es algo que me gusta de ti. Ni eres mentiroso ni te gusta aparentar lo que no es. Continúa así, muchacho. —Le dio una palmadita en el hombro. Estrada guardó silencio—. Bueno, yo me marcho.

Encajaron las manos, abrió la puerta del piso y bajó por las escaleras casi trotando, con la chulería que le caracterizaba.

Cuando le vio desaparecer, cerró la puerta y se sentó con las chicas en el salón de los sofás.

Armando Segura llegó una hora más tarde.

El propio Estrada fue quien le recibió en la puerta de entrada. No le veía desde la reunión que mantuvo con su hermano, Cuadros y los

otros de la organización de Barcelona. Pensó por un momento y llegó a la conclusión de que, en aquel instante, él mismo formaba parte de esa organización y, sin darse cuenta, esbozó una pequeña sonrisa.

—¿Qué pasa, campeón? ¿Tanto te alegras de verme? —preguntó con sorna al entrar en el recibidor.

—Las chicas, que me han contado un chiste.

—Ya me ha dicho Mickey que te llevas muy bien con las putas.

—Solo hago mi trabajo para que esto funcione.

—Yo creo que haces algo más. Nunca he sido partidario de favorecer a estas chicas, si las haces sentir cómodas, al final van a exigir crear un sindicato. Lo que hay que hacer con ellas es que trabajen.

—Eso es lo que hago —dijo sin dar su brazo a torcer.

—Mickey ya me ha hablado de tu manera de ser y de tu terquedad, pero, bueno…, él es el que manda.

—¿Y las chicas? —preguntó Estrada, cansado de aquella conversación.

—Ahora las suben el Muerto y Joshua.

—Está bien. ¿Quieres tomar algo? ¿Has desayunado?

—Ya he desayunado, pero si está Anouska, que me prepare unos *sirniki*.

Estrada miró su prominente barriga con disimulo. «Este cerdo no para de comer», pensó.

Armando empezó a andar hacia la puerta del recibidor que conducía al resto del piso. Estrada le siguió de cerca a la lenta velocidad del gordo, que además caminaba ladeándose de derecha a izquierda como un pato mareado. Entró a la zona de los sofás y saludó a las dos o tres chicas que estaban allí esperando.

—Qué buena está la rubia, joder —dijo sin dejar de caminar.

—Sí, la verdad es que está muy buena.

Continuaron andando hasta que llegaron a la cocina. Estrada tuvo la sensación de ser un vehículo utilitario circulando tras un tractor en una vía de doble sentido y raya continua.

—¡Anoushka! —Le dio una palmada en el trasero—. Prepárame unos *sirniki* de esos que solo tú sabes hacer.

—Tú siempre pensando comer —dijo con acento de Europa del Este—. Tú morir de colesterol.

—Tú morir de colesterol —repitió burlón—. Tú morir ahora si no hacerme *sirniki* —añadió desafiante.

La mujer suspiró, dejó lo que estaba haciendo y empezó a prepararle los *sirniki* a Armando Segura.

Se sentó en una de las sillas que había junto a la mesa de la cocina.

—Siéntate, muchacho, no tardarán en venir tus nuevas putas.

Estrada obedeció. Sonó el timbre de la puerta y, poco después,

Maite entró en la cocina.

—Jefe, ya están aquí —afirmó con su habitual voz fina.

—Gracias, Maite. Ahora vamos —respondió Estrada.

Estrada se puso en pie.

—Tú cómete tus *sirniki*. Yo iré a recibirlas.

El gordo Armando asintió en silencio. Estrada salió de la cocina y fue hacia el recibidor. Cuando llegó a la habitación de los sofás, Joshua y el Muerto ya estaban allí. Había tres chicas nuevas, sentadas en una esquina, las tres juntas y con el miedo dibujado en el rostro. Una de ellas, la más joven, tenía el rímel corrido. Sin duda, había estado llorando.

—¿Qué hay, Marco? —El Muerto cerró el puño y lo acercó a Estrada para que lo chocara, a modo de saludo. Estrada hizo lo propio.

—¿Cómo te va, Muerto?

—Bien. Bueno, ya sabes —dijo, yendo directamente al grano—. Estas tres no deben salir de esta casa en quince días. Fóllatelas o haz con ellas lo que quieras. Pueden trabajar aquí, pero no hacer la calle. —La muchacha del rímel corrido empezó a llorar en silencio, salvo por algún suspiro.

Estrada no dijo nada. Al principio, tampoco entendió la insistencia del Muerto porque no salieran a la calle, pero luego cayó en la cuenta de que era para que generaran la deuda que las mantuviera atadas a ellos.

—¿Ya habéis hablado con ellas?

—Sí, solo hay que desflorarlas. Por ser la primera vez, te dejo elegir.

Miró a las tres chicas con atención, pero lo tenía claro.

—La rubia. Me quedo con la rubia —afirmó, intentando dibujar una cara ruda.

—La niña. Tonto no eres —afirmó Joshua—. Es la que está más buenorra.

Se acercó a la muchacha y le tendió la mano. Ella acercó la suya y la obligó a levantarse. La cogió por la cintura y empezaron a andar hacia las habitaciones. La muchacha comenzó a llorar e intentó liberarse. Las manchas de rímel ocupaban ahora gran parte de sus mejillas. Estrada la cogió por la cintura con fuerza.

—¿Hablas mi idioma? —susurró para que nadie más le oyera. La muchacha lo miró y asintió sorprendida—. Bien, entra ahí y haz todo lo que te diga. La joven volvió a asentir sin entender nada, con miedo.

Llegaron a la primera habitación y abrió la puerta. Estaba vacía y oscura, ya que solo tenía una ventana, que daba a un patio interior, y la luz que entraba era bastante tenue.

—Pasa —ordenó de forma firme. Miró al pasillo y vio al Muerto observándoles. Dio un empujón a la chica para que entrara. Estrada la

siguió y cerró de un portazo.

—¿Cómo te llamas?

—Ana —dijo tímidamente—. Anoushka —especificó.

Estrada cogió aire y lo soltó rápidamente, luego dio un puñetazo a la pared. La muchacha, bastante sobrecogida, se quedó junto al camastro sin saber muy bien qué era lo que estaba ocurriendo ni lo que podría sucederle.

—¿Qué vas a hacerme? ¿Me vas a violar? —preguntó entre sollozos.

—¡Mierda! ¡Joder! —exclamó con enfado—. No, no voy a violarte.

De los ojos de Ana brotaron un par de generosas lágrimas.

—Gracias —respondió turbadamente con un hilo de voz.

—¿Cuántos años tienes?

—Veintidós.

—Supongo que te habían prometido que podrías entrar en España y al llegar todo ha cambiado.

—Sí —confesó avergonzada.

Estrada volvió a resoplar nervioso.

—¿Eres virgen?

—Sí —admitió con timidez tras un sollozo.

—Pero supongo que sabes lo que ocurre cuando violan a una mujer —añadió nervioso. Ana no contestó—. Cuando te diga grita, ¿entiendes? Como si te estuviera violando…

Llamaron a la puerta.

—¿Qué pasa, Marco? ¿Os estáis conociendo? —gritó Joshua desde el otro lado de la puerta—. ¿O es que no se te levanta?

—¡Que te jodan, Joshua! ¡Vamos, niña! ¡Por las buenas o por las malas! —chilló para que le oyeran fuera. Se dio un manotazo en el antebrazo para simular un tortazo y empezó a mover aquel viejo camastro violentamente—. Ahora, grita —susurró.

La chica empezó a vociferar como si realmente la estuvieran violando. Estrada, a pesar de su asombro, continuó moviendo la cama.

—¿Tienes pintalabios?

—Sí, en mi bolso, en la sala.

Estrada se acercó al tocador que había a los pies de la cama y revolvió los cajones hasta que encontró lo que buscaba.

—Vamos a ver si esto funciona. —Pasó el pintalabios rojo por sus dedos lo suficiente para que quedaran ligeramente manchados.

—¿Para qué es esto?

—Quédate quieta. —Colocó la mano por su cara para simular un tortazo—. Creo que ha quedado bien. Bueno, mejor de lo que esperaba, ciertamente —reconoció Estrada.

—Gracias —dijo Ana bastante emocionada.

—Quítate la blusa y los pantalones.

—¿Por qué? —preguntó asustada de nuevo.

—Voy a salir. Joshua estará detrás de la puerta escuchando. ¿Qué crees que pensará si te ve vestida? Échate en la cama y cúbrete un poco el torso. Deja que vea que solo llevas el sostén.

La chica obedeció en silencio.

Estrada abrió la puerta.

—Te has portado, campeón —dijo al ver a la chica.

—Solo he hecho lo que tenía que hacer.

—Ahora me toca a mí —dijo ansioso.

—Tú búscate a otra, esta ya ha cumplido.

Ana estaba sobre la cama, tapada con la sábana de tal forma que se viera que no llevaba las bragas puestas.

Joshua no insistió y se dirigió de nuevo a la habitación de los sillones, cogió a una chica y se la llevó a la habitación. Los gritos no se hicieron esperar. Esta vez eran reales.

El Muerto agarró a la otra e hizo lo mismo. Los gritos tardaron. Estrada aprovechó para salir de la habitación y fue a la sala de los sofás.

—¿Y Carla? —preguntó desesperadamente.

—No lo sé, Marco. ¿Has mirado en su habitación? —preguntó Fedora.

Estrada salió corriendo a las habitaciones donde dormían las chicas y abrió la puerta de la primera. Maite estaba con el torso desnudo, se cubrió cruzando los brazos sobre el pecho al ver a Estrada.

—¿Has visto a Andrea? —interrogó nervioso.

—Siempre Andrea, ¿cuándo seré yo tu preferida?

—Vamos, Maite, que no estoy para bromas —gruñó muy seriamente.

—Está bien, está bien… Está ahí durmiendo —afirmó, señalando una de las literas. Estrada se acercó e intentó despertarla.

—¿Qué ocurre? —preguntó adormilada.

—Ven. Te necesito.

—¿Quieres sexo? —bromeó.

—No. Vístete y ven. Rápido —dijo con el ceño fruncido

La mujer obedeció. Bajó de la cama y se puso unos pantalones y una camiseta de manga corta.

—Ya estoy, ¿dónde vamos?

—Tienes que ayudarme —susurró

—¿Yo ayudarte a ti?

—Han llegado las chicas nuevas.

—¿Y qué quieres que haga?, ¿mirar mientras os las folláis? —preguntó con desprecio.

—No seas tonta, Andrea, yo no me he follado a nadie —afirmó, cogiéndole del brazo

—El día que me trajeron aquí, me violó Cuadros, el Muerto y Joshua. Uno detrás de otro.

—Por eso necesito tu ayuda. ¿Quieres venir y dejar de pelear conmigo? —Salió de la habitación arrastrando a Andrea del brazo. Se metieron en el baño.

—¿Qué es lo que quieres de mí, exactamente?

—Mira, Andrea, sé que hace tiempo sospechas de mí. Hay algo que…

—Sí —afirmó rotunda—, hay algo que no me cuadra. Tú no eres como los otros chulos.

—Tienes toda la razón, Andrea. Escucha bien, porque lo que voy a decirte ahora me va a poner en una situación muy complicada. Complicada y peligrosa.

—Habla de una vez, que me estás poniendo nerviosa.

—Soy policía. Estoy aquí infiltrado.

—¡Anda ya! —rio divertida—. Y yo soy la reina de África…

—Andrea, soy agente de policía, estoy infiltrado para desarticular esta organización criminal. —Andrea le observaba atentamente con cara de incredulidad.

Levantó una ceja mientras lo hacía.

—Pues para ser policía te has tirado bien a una de las nuevas…

—¡Joder, Carla! ¡Vamos! —exclamó en voz baja.

Abrió la puerta y salieron del baño. Se dirigieron a la habitación en la que esperaba Anoushka.

—Hola, niña. Ya pasó —dijo Andrea al ver a la chica. Se acercó y la abrazó como si fuera su hermana.

—Estoy bien, gracias. Hasta ha sido divertido.

—¿Qué te violen te parece divertido? —preguntó Andrea con los ojos muy abiertos.

—No me ha violado nadie.

—¿Entonces? —preguntó aún más sorprendida.

—Él…

—Marco —interrumpió Estrada.

—Marco —le miró con timidez— ideó un plan para hacer ver que me violaba.

Andrea se quedó a cuadros, ya no podía abrir más los ojos.

—Entonces, ¿es cierto que eres…?

—Ana no sabe nada y, por el momento, preferiría que continuara así.

—De acuerdo —dijo Andrea.

—¿Saber qué?

—Nada. Saberlo te puede poner en peligro —hizo una pequeña pausa—. A ti y a mí.

—Sabía que eras distinto, Marco —reconoció Andrea emocionada.

Sus ojos se humedecieron.

—Bueno, chicas, tenemos que impedir a toda costa que esos dos te hagan algo. Hoy ya no creo que tengan ganas de más marcha, pero hay que idear algo para hacerte desaparecer.

—¿Y cómo vas a hacerlo? A Farelli se le escapó una de las chicas y, el Muerto y Joshua le dieron una paliza.

—No… No hay que hacerla desaparecer así. Ya se me ocurrirá algo. —Las dos mujeres observaban atentamente a Estrada—. Ahora, lo que tienes que hacer es protegerla, Andrea. No quiero que pierda la virginidad con uno de esos hijos de puta.

—Tranquilo, Marco. Porque te llamas Marco, ¿verdad?

—No. No es mi verdadero nombre.

—¿Cuál es?

—Prefiero no decírtelo, Andrea. Puedes confundirte y meternos a los dos en un problema. Recuerda, cuanta menos información conozcas sobre mí, menos riesgos correremos todos.

La mujer asintió a regañadientes.

—Está bien… —dijo al fin.

—Gracias. Cuando se vayan estos dos, me marcharé.

—¡No, no te vayas! —suplicó Anoushka atemorizada.

—Te quedas en buenas manos. Andrea te va a proteger, no te preocupes.

—Tengo miedo —admitió.

—Lo sé. Andrea, será mejor que se esconda en tu cuarto. Si no la ven… «Ojos que no ven, corazón que no siente».

—De acuerdo —dijo tras recolocar un mechón detrás de la oreja.

Estrada abrió la puerta de la habitación para que salieran las dos chicas. Luego, cuando se aseguró de que habían entrado en la habitación de Andrea, se dirigió a la sala de los sofás.

—¿Han salido el Muerto y Joshua?

—Yo no les he visto.

—¿Has estado aquí todo el tiempo?

—No me he movido desde que han llegado. ¿Ya has bautizado a la niña nueva?

—Más o menos —contestó sin ganas de dar demasiadas explicaciones.

—Cabrón —dijo con desprecio.

—Yo también te quiero, Rosana —respondió con sarcasmo.

Se abrió la puerta de una de las habitaciones. Salió el Muerto terminando de abrocharse los pantalones.

—¿Qué pasa, Marco? ¿Ya terminaste con la niña? ¿Cuántas veces te la has tirado?

—Tres… Va a recordar mi polla una buena temporada.

—Así me gusta —le dio una palmada en la espalda—. ¿Sabes?

Joshua decía que no serías capaz, pero te has portado, muchacho.

Armando se acercaba lentamente por el pasillo mientras se arreglaba el extremo del bigote.

—¿Qué pasa, Muerto?

—Aquí, diciéndole a Marco lo bien que se ha portado.

—Cierto. Menos Cuadros, aquí nadie daba un duro por ti.

—¡Joder! Veo que la sinceridad es un primor —dijo con sarcasmo.

—Sí, es un defecto que tenemos —rio Armando.

—Uno de muchos —reconoció el Muerto.

—Bueno, muchachos, yo me marcho ya…

—¿Estaban buenos los *sirniki*?

—Como siempre. Esa mujer lo único que hace bien son los *sirniki* —eructó—. Bueno, chicos, yo me voy.

La puerta de la habitación en la que se encontraba Joshua se abrió y salió.

—¿Ya terminaste, Negro?

—Ya terminé. A esa le va a quedar mi olor una buena temporada —aseguró satisfecho.

Armando se fue hacia el recibidor y abrió la puerta. Joshua y el Muerto le siguieron.

—¡Pórtate bien! —gritó Joshua desde las escaleras.

—Tu puta madre, cabrón —dijo entre dientes, pero Joshua no le escuchó.

Cuando le vio desaparecer, cerró la puerta y corrió al balcón situado en el otro extremo del piso, desde el que se veía la calle. Apartó un poco la cortina y les observó caminar calle arriba. El coche de Armando Segura estaba aparcado cerca, a unos veinte metros. Subieron y les siguió observando hasta que desaparecieron.

Rápidamente, regresó a la habitación de Andrea. Estaba nervioso. El tiempo apremiaba. Desde hacía quince días, aproximadamente, trabajaba solo en el piso. Cuadros le había otorgado la confianza de encargarse de aquellas mujeres, pero aun así, no se fiaba de Armando Segura, y mucho menos del Negro y de Joshua.

Tocó la puerta y entró sin esperar a que le respondieran. La habitación estaba en penumbra, solamente se encontraba abierta una pequeña luz tipo flexo sobre una vieja mesilla de noche entre las dos literas. Andrea y Anoushka aguardaban sentadas en la litera inferior hablando en voz baja.

—Chicas, ya se han ido.

—Espero que no vuelva… —dijo Ana.

—Lamentablemente, volverán en algún momento.

—¿Ahora? ¿Hoy? —interrogó con temor.

—Espero que no.

—¿Está Carla?

—Sí. Acaba de llegar de un servicio.

—Cuando terminéis de asearos, id las dos a ayudar a las nuevas. No creo que ahora mismo quieran ver a un hombre, y necesitan ayuda.

—Vale, jefe.

—Yo voy a salir.

—No, no te vayas, Marco —pidió Ana.

—Tengo que hacer unos recados que no admiten demora. —La muchacha guardó silencio mientras su mirada se perdía en el infinito del suelo—. Ven, Andrea, tengo que hablar contigo.

Abrió la puerta y salieron fuera. La volvió a cerrar para que no les escucharan.

—Voy a ir a mi casa y a ver a mis jefes.

—¿Te espera alguien en tu casa? —preguntó de forma sensual, invadiendo el espacio de Estrada.

—Sí, me espera alguien.

—Tiene mucha suerte —admitió desilusionada.

—Sí, sí la tiene. Ella era como vosotras.

—¿Era puta? —preguntó sorprendida.

—Lo era. Y también fue engañada como vosotras.

—En ese caso, tiene muchísima suerte. Suerte doble… —dijo con la mirada perdida—. ¿Es tu novia?

—Sí.

La muchacha asintió en silencio. La respuesta de Estrada parecía haberle afectado bastante.

—Tengo que irme ya, por si vuelven —continuó Estrada—. Te quedas al mando. Me la juego con esto… No me falles.

—No lo haré.

—Sobre todo, que no se marchen las nuevas.

—Tranquilo, no creo que puedan.

Estrada asintió en silencio. Andrea se acercó y le dio un beso fugaz en los labios. Él no se lo devolvió.

Se dirigió a la entrada, abrió la puerta y salió disparado. Bajó por aquellas viejas y gastadas escaleras a toda velocidad hasta la calle. Cuando llegó al paseo del Borne, un escalofrío recorrió toda su espalda. Tuvo un mal presentimiento, uno de aquellos que acostumbraban a convertirse en realidad. Cambió sus planes y se dirigió a una cabina. Empujó las puertas con firmeza y entró. Buscó unas monedas en el bolsillo, pero solamente tenía un par de veinticinco pesetas. Introdujo una en la máquina y marcó a la operadora para hacer una llamada a cobro revertido.

—¿Estrada? —preguntaron al otro lado. Reconoció la voz de Reyes al momento.

—Jefe.

—¿Ocurre algo? ¿Estás en peligro?

—Siempre estoy en peligro. Pero le llamo por otra cosa. Han llegado tres chicas nuevas. Joshua y el Muerto han violado a dos de ellas. La tercera me tocaba a mí, pero he montado un buen teatro —rio divertido.

—No esperaba menos de ti —reconoció con orgullo su jefe—. Supongo que quieres sacarla de allí.

—Justo en el clavo, ¡qué haría si ti, jefe! —bromeó—. Pero necesito un plan para que no sospechen de mí.

—Está bien. ¿Cuánto tiempo tengo?

—Un par de días como mucho, no más.

—Bien, pondré a mi equipo a trabajar, pero creo que ya tengo una idea.

—¿Cómo está Natalia?

—Llama todos los días para ver si tengo noticias tuyas, para saber si estás bien.

—Es una gran chica.

—Lo es. Y tú un capullo con suerte.

—Lo sé —admitió pensativo.

—Cuando vuelva a ponerse en contacto contigo, dile que estoy bien, que la quiero muchísimo y que pronto estaremos juntos.

—Lo haré, no te preocupes, aunque es lo que le digo siempre. —Hizo una breve pausa—. ¿Cómo es la chica en cuestión? Necesito un perfil, aunque sea a groso modo.

—Tiene veintidos años, estatura media, quizá un metro sesenta y siete. Ojos grises, pelo largo y lacio y flequillo perfectamente cortado.

—¿Y su carácter?

—Es una niña aún. Es dócil y muy asustadiza.

—Entonces, ¿es inmadura?

—No lo creo, pero estoy seguro de que hace unos días todavía jugaba con muñecas.

—Bien, creo que lo tengo todo.

—Intentaré organizar algo entre mañana al mediodía y la tarde.

—Bien, hasta entonces.

Colgó el auricular y se quedó pensativo por un momento. No le gustaba que las cosas quedaran en el aire, pero no tenía otra opción si quería proteger a aquella muchacha, si pretendía sacarla de allí.

—Todo va a salir bien —dijo en voz baja.

Levantó la mirada y vio un Mercedes blanco como el de Armando Segura que se aproximaba por el otro lado del paseo.

—¡Mierda! —exclamó. Empujó las puertas de vaivén de la cabina y salió al galope hacia el piso.

Cuando llegó a la esquina, se asomó. Ciertamente, era el coche de Armando, reconoció la matrícula. Corrió hacia el portal.

—Ashanti, no me has visto —le dijo a la mujer de color que

siempre estaba en la puerta.

—¿Qué pasa, jefe? —preguntó sorprendida al verle tan alterado.

—Tú dile a Armando que no me has visto ni salir ni entrar.

—*OK*.

Estrada entró en la finca y subió de dos en dos los escalones que llevaban al entresuelo. Metió la llave en la cerradura y abrió la puerta. En aquel momento, no había ninguna chica en la sala de los sofás, pasó de largo y fue a la habitación en la que suponía que iba a estar Andrea con Ana. Olga, una rubia platino seca como un palo, estaba sentada en un viejo sillón bajo pintándose las uñas de los pies.

—Vuelven. He visto el coche de Armando dar la vuelta por el paseo del Borne.

—¿Vuelven? ¿Para qué? —preguntó Ana horrorizada.

—Tranquila. No permitiré que te hagan daño. ¿Dónde están las otras dos?

—Con Carla. Las está consolando. Maite y Rosana también están con ellas.

Sonó el timbre de la puerta.

—Olga, ve a abrir. Si te preguntan, he estado aquí. No he salido para nada.

—Está bien, Marco —dijo obediente. Abrió la puerta y salió.

—Olga —añadió en voz baja. La chica se giró para mirarle—, quédate en los sofás y avisa cuando se haya marchado.

Estrada dejó la puerta entreabierta. Desde donde estaba se veía perfectamente la sala de los sofás y el acceso al recibidor, pero no la de entrada, que quedaba oculta por la pared de la sala de los sofás.

Olga abrió la puerta de entrada y a los pocos segundos apareció Joshua. Se dirigió hacia el pasillo y la habitación en la que estaba Estrada con paso firme. Estrada cerró la puerta suavemente y apoyó un pie para que no pudiera abrirla. Escuchó como los pasos avanzaban por delante de la habitación y se dirigían a la cocina. Un momento de silencio y pronto los pasos volvieron a discurrir delante de la habitación en la que estaba Estrada con Andrea y Ana. Volvió a entreabrir la puerta y miró afuera. Parecía que se había marchado.

Olga salió del recibidor. Estrada abrió la puerta del todo y salió al pasillo.

—¿Ya se ha ido?

—Sí, ya se ha marchado —le informó, apoyando el hombro en la pared.

—¿Te ha preguntado por mí?

—Sí.

—¿Y qué te ha dicho?

—Que dónde estabas.

—Y tú qué le has dicho.

—Que estabas cagando —respondió divertida.

—No, en serio, Olga. ¿Qué le has dicho?

—Le he comentado que estabas cagando, en serio.

—¿Y por qué le has soltado eso? —preguntó estupefacto.

—No sé, es lo primero que se me ha ocurrido. No me has informado de qué era lo que tenía que decirle.

—Bueno, da igual, pero para la próxima piensa en otra cosa… ¡Cagando! —murmuró. Olga rio divertida.

—¿Y a qué ha venido?

—Armando se había dejado las pastillas del corazón sobre la mesa.

—Gracias, Olga.

—De nada, jefe —dijo de forma coqueta.

Estrada volvió a entrar en la habitación.

—Oye, Carla. —Se sentó a su lado, en la cama—. ¿Cada cuánto traen chicas nuevas?

—Depende. A veces cada tres meses, otras cada seis… Esta es la vez que más han tardado. Ocho meses, creo.

—¿Y quién lo decide?

—Los Segura, a veces Cuadros…

Estrada sacó un pequeño bloc de notas del bolsillo trasero de su pantalón y apuntó un par de cosas.

—¿Y qué crees que es lo que motiva el ir a buscar más chicas?

—No lo sé. A veces las traen para satisfacer a los ricachones.

—¿A qué ricachones?

—A los de Pedralbes.

—¿A los de Pedralbes? —preguntó sin saber exactamente de qué hablaba.

—No sabes nada, ¿verdad?

—No.

—Cuando llegan nuevas chicas, las tienen encerradas durante quince días. Así generan la deuda que nunca para de crecer.

—Sí, eso lo sé —interrumpió.

—Bien, pues cuando han pasado los quince días, a una de nosotras nos llevan a Pedralbes para que trabajemos con los putos ricachones de allí —aseguró, pasando un mechón de pelo detrás de la oreja.

—¿Hay otra casa allí?

—No exactamente.

—¿Entonces?

—Hay un piso —hizo una pequeña pausa—. Y en ese piso vamos a dar el servicio. Hay dos chicas fijas, pero de vez en cuando nos llaman a nosotras.

—Pues desde que yo estoy aquí no os han llamado.

—La policía detuvo a un empresario por malversación cuando estaba con una de las chicas en su casa. Cuadros se acojonó y decidió

dejarlo por un tiempo.

—Pues sí que es precavido… Lleva más de seis meses.

—Bueno, realmente estuvo tres meses sin dar servicio. Se llevó a las dos chicas a su casa, por eso no las has visto nunca. Tonto no es —hizo una pequeña pausa—. Supongo que, ahora que han llegado Ana y las otras, nos llevará a alguna de nosotras.

—¿De forma permanente?

—No lo creo. Seguramente para realizar algún servicio y volver. Pero no será antes de que las nuevas trabajen.

—Pero para eso hay que esperar quince días.

—Más o menos. Alguna vez han empezado antes. Farelli a veces las ponía a trabajar a los seis o siete días.

Estrada lo iba apuntando todo en su pequeño bloc de notas.

XII

El reloj de muñeca Casio de Estrada empezó a emitir el fastidioso y penetrante ruido de la función de despertador. Abrió los ojos como si tuvieran un resorte y observó a derecha e izquierda, un tanto desorientado al principio, pero pronto recordó dónde estaba. Un tímido rayo de luz se colaba por el viejo ventanal del despacho que había sido de Armando Segura y que ahora él utilizaba a modo de habitación, en la que había instalado un *plegatín* que compró de saldo en el SEPU.

Se incorporó y puso los pies en el suelo, estaba frío. Recordó que Reyes tenía que darle hoy una respuesta para sacar a Anoushka de aquel sitio.

Se levantó del catre y se acercó a la ventana. Corrió la vieja cortina y apartó el cristal para que se renovara el aire.

Tocaron dos veces a la puerta.

Se pasó la mano por la cara, e intentando desperezarse, se acercó y la abrió.

—Buenos días. ¿Puedo entrar? —preguntó Andrea.

—Sí, claro. Acabo de levantarme.

—Ya lo veo —dijo al observar que iba solamente con la ropa interior. Estrada buscó unos pantalones y se los puso—. No me dirás que eres vergonzoso.

—No, no lo soy —negó tímidamente—. ¿Qué quieres, Andrea? —preguntó hastiado.

—La verdad es que no sé cómo llamarte, no sé tu verdadero nombre, y parece que Carla tampoco ha sido capaz de sacártelo.

—Es mejor que no lo conozcas. Cuando todo esto acabe, haremos las presentaciones oficiales.

—Y esa mujer… —empezó a jugar de forma nerviosa con un mechón de su pelo.

—¿Qué mujer?

—Con la que estás. ¿Es tu novia?

—Sí, lo es.

—Tiene mucha suerte.

—Yo también la tengo.

—¿Os conocisteis en Barcelona? ¿Ella también es policía?

—No, Andrea, no es policía, es maestra.

—¿Y os conocisteis aquí?

—Coño, Andrea…, ¿a qué viene tanto interés por ella?

Una lágrima recorrió velozmente su mejilla.

—Yo… tenía una idea… una idea contigo, pero ya es imposible.

Estrada se sorprendió.

—La verdad, Andrea, no sé qué decirte… Yo… ¡Joder, no llores! —Sacó un pañuelo del bolsillo y enjugó sus lágrimas.

—¿Ves? Si es que eres un amor… —hizo una pequeña pausa—. Perdona. No debí decirte nada.

Dio un paso atrás con la intención de marcharse. Estrada dio uno hacia delante y la besó en la frente.

—Eres una mujer maravillosa y estoy seguro de que encontrarás a alguien mejor que yo.

—Eres todo un caballero. No sé si hay alguien mejor que tú.

—Cuando todo esto acabe, verás que sí. —La chica bajó la mirada y guardó silencio—. Tengo que ducharme. Hoy va a haber movimiento y quiero estar preparado.

—¿Qué movimiento?

—Aún no lo sé. De todos modos… —Una idea apareció en su cabeza—. Deja que me duche y luego te invito a desayunar. Tienes que contarme más cosas de este negocio.

—¡Vale! Hace tiempo que nadie me invita a nada.

—Pues hoy te invito yo. —Acarició su mejilla—. Anímate, mujer, esto acabará pronto.

—Te dejo que te duches. Esperaré en mi habitación con Anoushka.

Estrada asintió en silencio. Andrea salió de la habitación y cerró la puerta.

Un cuarto de hora más tarde, aproximadamente, se había duchado y vestido. Salió de aquel despacho convertido en habitación y fue hacia la de Andrea. Tocó dos veces

—Entra, Marco —dijeron desde dentro.

—¿Cómo sabíais que era yo?

—Porque eres el único que llama antes de entrar —observó Fedora divertida desde la cama superior de la litera.

—Bueno, aquí solo entráis vosotras.

—Antes de venir tú, entraba Farelli cada dos por tres —aseguró Olga desde la litera inferior.

Andrea, que estaba tumbada en la cama inferior contigua, se puso en pie y se acercó a Estrada.

—¿Nos vamos?

—Vamos.

—¿Adónde vais? —preguntó Fedora muy intrigada.

—A desayunar. Marco me ha invitado —dijo orgullosa.

—¡Joder! Qué suerte tienen algunas. —Andrea le sacó la lengua de forma cómica.

Salieron de la habitación y bajaron a la calle.

—¿Adónde quieres ir? —preguntó Estrada.

—A un sitio elegante, distinguido. ¡Sorpréndeme! —respondió ilusionada.

—Está bien, lo intentaré.

Subieron por la calle de los Manteros hasta la Princesa. Aunque aún era pronto, apenas las nueve de la mañana, la gente ya caminaba de aquí para allá con el ritmo frenético propio de aquel barrio. Los comerciantes que no habían abierto ya estaban subiendo las persianas y colocando sus productos en la acera, junto a las fachadas para que los clientes las compraran.

Cruzaron la Vía Layetana y continuaron por Jaime I y la calle Ferran, una prolongación de la calle Princesa que cambiaba de nombre. Veinte minutos más tarde, llegaron a las Ramblas de Barcelona. El Gran Teatro del Liceu se levantaba majestuoso frente a ellos.

—¿Vas a llevarme a la ópera? —preguntó sorprendida.

—Más o menos, pero no a escuchar música. —Estrada giró sobre sus pies. Andrea le imitó—. El Café de la Ópera —dijo, señalando con ambas manos, como si quisiera abrazarlo.

—¿Aquí?

—¿Has estado alguna vez?

—Nunca —aseguró la mujer de forma rotunda.

—Pues vamos allá. ¿Tienes hambre?

—Muchísima. Ayer no cené.

—¿Por qué? —preguntó Estrada mientras se acercaban a la puerta.

—Anouska, la cocinera, no dejó nada hecho.

—¿Y por qué no saliste a comer algo?

—No tengo dinero. No lo tenemos ninguna.

—¿Cómo que no? Cuadros me aseguró que os daban una parte.

—¡Ja! —rio con sarcasmo—. Nos dan dinero, pero una miseria en comparación con nuestro trabajo. «Hay que pagar la deuda», dicen una y otra vez.

—La maldita deuda —repitió Estrada.

Abrió la puerta e invitó a Andrea a entrar en el local.

—¡Guau! Esto es… es precioso —exclamó sorprendida.

—Es un lugar muy bonito. La decoración modernista con matices neoclásicos lo convierten en un sitio único. Por aquí han pasado reyes, artistas, escritores, bohemios…

Andrea escuchaba boquiabierta las explicaciones de Estrada cuando el *maître* se acercó con los brazos abiertos. Estrada le hizo un gesto para que se marchara. Continuaron caminando hasta que encontraron una mesa vacía en el primer tramo del local, antes de que se ensanchara. Andrea se sentó junto la pared y Estrada en la silla que quedaba en el pasillo.

Levantó el brazo y llamó al camarero.

—¿Qué desean los señores? —preguntó el hombre amablemente

—Para mí un café solo y un *croissant*. A la señorita tráigale una taza de chocolate y unos churros.

—¿Cómo sabes que me gusta el chocolate?

—Te he visto comerlo a escondidas en la cocina —sonrió.

—¿De verdad?

Estrada asintió.

—¿Alguna cosa más? —preguntó el camarero.

—¿Quieres algo más?

—Creo que no.

—Está bien, Julio.

El camarero hizo una especie de reverencia con la cabeza y se marchó con la nota.

—¿Le conoces?

—Sí. Suelo venir bastante. Mi padre me traía de pequeño.

—¿Murió?

—¿Mi padre? No, aún vive.

—Como has dicho «me traía».

—Es que ya no me trae, ahora me «traigo» yo solo —rio divertido.

—¡Qué tonto eres! —exclamó, luego dibujó una tímida sonrisa. Estrada sonrió también.

—¿Cómo te metiste en todo esto?

—Pues más o menos como todas. Quería venir a España, pero no tenía posibilidad de hacerlo de forma legal.

—Entonces, supongo que contactaste con alguna mafia.

—¿Lo preguntas o lo afirmas?

—Lo afirmo. Siempre es la misma historia. —Sacó un paquete de cigarrillos del bolsillo de la camisa y encendió uno.

—No sabía que fumabas.

—No suelo hacerlo en casa.

Llegó el camarero con las cosas, las repartió cuidadosamente y volvió a hacer la reverencia con la cabeza antes de marcharse.

—Es gracioso este hombre —dijo Andrea.

—Es un gran tipo. Me conoce desde que era un niño. Es muy callado, no vas a conseguir sacarle mucho.

—¿Y eso? —preguntó intrigada.

—Su verdadero nombre es Juliun Dimitreas. Ahora debe rondar los setenta y tantos años…

—¿Y qué hace aquí trabajando aún?

—Bueno, es una larga historia… Nació en Grecia, y vivió allí hasta los veinte años. Su padre era un hombre muy estricto, maltrataba a su madre, a su hermana y a él mismo, según creo.

—Pobre hombre.

—Huyó de su casa y se enroló en un pesquero durante un tiempo.

Conoció una chica y se casó con ella. Se quedó embarazada y tuvo que buscar un trabajo complementario, porque la pesca no le daba lo suficiente para vivir los tres. El cuñado del armador era dueño de un circo y le ofreció trabajar en él. Empezó limpiando las jaulas de los animales hasta que un día le dieron la oportunidad de salir a la pista. El que anunciaba las funciones del día siguiente se quedó sin voz y el director le pidió que lo hiciera él, ya que tenía una voz potente. Empezó a hablar casi sin decir nada, como Mariano Ozores —recordó divertido—. Al día siguiente, cuando salió el que lo presentaba habitualmente, le abuchearon y pidieron que volviera aquel que lo hacía tan divertido.

El empresario le dio un número fijo, y en febrero de 1946 se fue de gira dejando a su mujer y el niño recién nacido en Grecia. En mayo, empezó la Guerra Civil griega. El circo continuó haciendo la gira, como tenían previsto, hasta que llegó a Barcelona.

Andrea observaba a Estrada con la boca abierta.

—¿Y entonces qué le ocurrió?

—Aquí se enteró de que su mujer y su hijo habían sido asesinados por los comunistas.

Andrea se tapó la boca.

—¿Y qué hizo?

—Cayó en una profunda depresión. Dejó el número cómico y se transformó en un payaso *tramp*.

—¿*Tramp*?

—Sí, son esos payasos vagabundos, tristes, solos… Realmente, interpretaba su propia vida… Hasta que cayó en la bebida y el empresario tuvo que prescindir de él porque acudía a los números completamente borracho.

—Pobre hombre.

—Sí, la verdad es que lo pasó muy mal. Por suerte, mi padre lo ayudó. Consiguió que dejara la bebida y le encontró este trabajo. Debe llevar aquí por lo menos cuarenta años…

—No tengo palabras… Menuda historia —dijo pensativa.

—Es un buen hombre. Su pasado lo ha convertido en un hombre solitario y triste.

—Sí, se le ve triste.

—No debes permitir que tu pasado y tu presente te condicionen para el resto de la vida. Cuando esto acabe, tienes que continuar hacia delante y no anclarte en el pasado.

Andrea asintió en silencio como una niña obediente que hace caso a su profesor.

—Al final me he enrollado y no me has contado cómo llegaste aquí —se disculpó Estrada.

—Sí… Bueno… Mi familia es humilde, se dedica a la ganadería.

Siempre han trabajado en eso. Mi padre y, antes que él, su padre… Y yo decidí que no quería vivir de eso. Unos amigos me hablaron de unos hombres que, por un buen precio, te llevaban a España y te conseguían trabajo de camarera. Pensé que no era mala idea, así que estuve ahorrando todo un año hasta que pude reunir el dinero. Cuando llegué aquí, me hicieron lo mismo que a Ana y las otras tres, pero yo no tuve tanta suerte como Ana. A mí me violó Farelli. Yo también era virgen… Luego, lo de la deuda que nunca termina… Así es como nos mantienen pilladas. Nos amenazan con matar a nuestras familias y eso es lo que nos da más pánico.

Estrada guardó silencio un momento.

—Tranquila, lo vamos a terminar pronto. Antes estaba destinado en Tarragona. Conseguí acabar con la organización.

—¿Con las drogas también?

—¿Qué drogas? Aquí no hay drogas.

—Sí las hay —aseguró rotunda—. Nosotras no las tomamos y Cuadros las mantiene lejos de la prostitución, por eso no las has visto.

—¿Quién mueve el negocio? —Estrada sacó su bloc de notas.

—El de la prostitución lo mueve Cuadros en solitario. Las drogas las lleva un tal Dragos. —Estrada lo apuntó en el cuaderno.

—¿Sabes el apellido?

—No. Entre los señores de la droga y la prostitución no se acostumbra a dar los dos nombres.

—Bien. Oye, come que se te va a enfriar el chocolate. ¿Quieres que te lo calienten?

—No, no hace falta. —Cogió un churro, lo hundió con delicadeza en la taza y le dio un bocado.

El teléfono de Estrada sonó un par de veces antes de que lo cogiera. Tras un par de síes y dos de acuerdo, colgó el aparato.

—¿Quién era? —preguntó intrigada

—Mi jefe.

—¿Cuadros?

—No —negó divertido—. El subinspector.

—Ah —solo acertó a decir.

—Ya tiene un plan para sacar a las chicas.

—¿Y a nosotras cuándo?

—No lo sé —admitió con pesar.

—Ya no podemos aguantar más… Esta vida que llevamos es insoportable —dijo con tono de hastío.

Estrada suspiró. La comprendía perfectamente. Su teléfono volvió a sonar. El nombre de Cuadros apareció en la pantalla. Conectó el altavoz para que Andrea también escuchara la conversación. Ya no tenía nada que esconder con ella.

—Marco.

—Dime, Cuadros, ¿qué ocurre?

—Tenemos un encargo.

—¿Ahora también tengo que ir a hacer la compra? —bromeó.

—Déjate de chuminadas, Marco. Ha llamado un hombre y quiere tres chicas.

—Bien, le podemos mandar a Andrea, Carla y Carolina.

—No. Ellas no pueden ser.

—¿Por qué no?

—Ya están rancias y este tipo quiere chicas nuevas, que nunca hayan estado con un cliente. Por suerte, tenemos a esas tres que llegaron ayer.

Andrea se revolvió en su silla. Estrada le hizo un gesto para que no dijera nada.

—Bien, llévatelas. Espero que estén a la altura. Pero ten en cuenta que no son vírgenes.

—Al cliente no le importa, solo quiere que no hayan estado con más clientes —hizo una breve pausa para tomar aire. Estrada se percató de que estaba nervioso y algo alterado—. Quiero que me acompañes. —Estrada se sorprendió. Guardó silencio un momento—. ¿Estás ahí?

—Sí, sí…, perdona —dijo al fin.

—No me fío de estos ricachones. Suelen ser excéntricos y te la meten cuando menos te lo esperas… —aseguró.

—No hay problema, te acompañaré. ¿Dónde hay que ir?

—Me va a decir la dirección antes de ir. No me la ha querido dar el cabrón.

—¿Y has hablado directamente con el tipo en cuestión?

—No. Yo creo que era como una especie de mayordomo.

—¿Mayordomo? —ironizó Estrada—. ¡Menudo señorito!

Andrea se tapó la boca para no dejar escapar una carcajada. Se echó hacia atrás y empezó a reír por lo bajo, tapándose la boca con una mano.

—Sí…, un hijo de puta ricachón… —hizo una pequeña pausa—. Pasaré a buscarte después de comer, sobre las dos y media, espérame en el paseo del Borne con las niñas.

—Allí estaré, Cuadros.

Ambos colgaron el aparato.

—Vamos, tenemos trabajo.

—¿Qué vais a hacer con las nuevas? Las mandaréis al matadero con ese ricachón? —preguntó molesta.

—No lo sé. Ahora mismo no tengo la información que necesito, pero si mi instinto no me falla, no debes preocuparte por ellas.

—No sé qué pensar…

—Confía en mí.

Estrada pagó la cuenta y volvieron al piso de la calle Manteros.

CAPÍTULO QUINTO

XIII

El jefe de la prostitución de Barcelona, al que todos conocían como Cuadros, llegó puntual como tenía por costumbre. Fermín Estrada, alias Marco Falcó, ya estaba esperando con Anoushka, Katia y Jenica, las tres chicas nuevas, cuando Cuadros detuvo el flamante Mercedes Benz junto a ellos. Abrió automáticamente la ventanilla del acompañante e hizo señas para que subieran.

Estrada se acercó a la puerta trasera y la abrió para que entrasen las chicas.

Cuando se habían acomodado, cerró la puerta y se sentó en el asiento del acompañante.

—Has engordado —observó Cuadros.

—Tonterías, es puro músculo —le ofreció la mano para que la estrechara.

—Quizá tengas razón. Veo que continúas manteniendo tu nervio.

—Eso siempre. ¡Que no falte!

Cuadros puso de nuevo el motor en marcha y aquel vehículo de alta gama empezó a moverse, lentamente al principio, hasta que llegaron a las calles importantes. Después de veinte minutos, llegaron a la zona alta de Barcelona. Diez minutos más tarde, tomaron un camino entre árboles y matojos que parecía pertenecer a otro lugar, uno lejos del asfalto y el hormigón de la ciudad.

—Es aquí —aseguró Cuadros.

Detuvo el coche al final del camino. Frente a ellos, una pared de piedra de unos tres metros de alto, cuya anchura se internaba en el bosque hasta perderse entre el follaje. En la parte derecha del muro, un portón blanco, que, sin duda, era la entrada del garaje de la casa que se divisaba por encima del muro, en la ladera de la montaña.

No había nada más en aquel lugar, ni siquiera una triste farola municipal.

Por la cabeza de Estrada cruzó una idea que le hizo estremecerse: ¿Y si le habían descubierto? ¿Y si Cuadros le había traído a aquel lugar remoto para que se reuniera con Farelli?

Miró a los asientos traseros. Las chicas también estaban asustadas. Ana, quizá, parecía más serena, pero de igual modo sus ojos dibujaban el miedo que guardaba en su interior.

—¿Y ahora qué? ¿Te ha dicho ese tipo que esperemos aquí?

—¿Tienes prisa?

—¡No, coño! Pero no me gusta que me hagan esperar, y menos un ricachón de los cojones —dijo, intentando disimular.

—Tranquilo, león… —Hizo sonar el claxon dos veces, dejó pasar un

par de segundos y lo tocó de nuevo. La puerta del garaje se abrió lentamente.

—¿Lo ves, impaciente? —añadió divertido.

Cuadros metió lentamente el coche, y cuando detuvo el motor, la puerta de entrada se accionó de nuevo automáticamente y se cerró por completo.

La cochera era bastante amplia, más de lo que parecía desde fuera, cabían perfectamente cuatro coches uno al lado del otro, dejando un pasillo para que pudieran maniobrar y salir sin tener que mover los demás. En la plaza más alejada, se adivinaba en la penumbra un Rolls Royce de los años cincuenta y, a su lado, un Porsche 911 de color rojo.

—No se puede negar que este tipo tiene buen gusto —advirtió Cuadros.

—Menudos coches —dijo Anoushka.

—¿Entiendes de coches? —preguntó Estrada.

—Un poco —respondió tímidamente.

La única puerta que había, aparte de la destinada a los vehículos, se abrió lentamente. Apareció un hombre vestido con un uniforme de mayordomo inglés.

Cuadros y Estrada salieron del coche despacio mientras observaban a aquel tipo con asombro.

—Caballeros, el señor les espera.

—Vamos —dijo Estrada.

—Espere… —le lanzó una mirada de desconfianza—. ¿Cómo sé que se trata del hombre con quien hablé por teléfono?

—Por teléfono habló conmigo, señor Cuadros —puntualizó solemnemente, sin mover más músculos de la cara que los necesarios.

—¿Y cómo sé yo que era usted? —insistió de forma incomprensible.

—Le llamé ayer sobre la una y media de la tarde y le dije que el señor quería tres chicas que no hubieran estado con ningún cliente —hizo una breve pausa—. ¿Quieren hacer el favor de acompañarme? —pidió en un tono completamente plano.

Estrada abrió la puerta trasera del vehículo.

—Vamos, chicas.

Lentamente, salieron una a una.

—Síganme, por favor —finalizó sin una sola alteración en el tono.

Cuadros encabezó la marcha tras el mayordomo, seguido de Estrada y las chicas. Llegaron a un pequeño *hall* en el que solamente había la puerta de un ascensor. Subieron en él y el mayordomo apretó el botón de la última planta. Cuando este se abrió, apareció ante ellos una amplia sala de estilo modernista. En la pared derecha, una chimenea en la que quemaban un par de leños y, en frente, un sofá *chester* de piel marrón oscuro y dos silloncitos a juego, uno a cada

lado. En el lugar opuesto de la habitación, un escritorio de madera de caoba con dos sillas a juego delante y un voluminoso sillón en el que había un hombre sentado, al que no se le distinguía el rostro, ya que las cortinas de los ventanales estaban corridas y la única luz brillante de la habitación era la de un foco de escritorio que apuntaba hacia ellos.

El mayordomo se acercó al hogar y encendió una luz de pie que había junto al sofá *chester*.

—Las señoritas pueden esperar aquí —dijo el hombre.

—Esperad ahí —indicó Estrada.

—Si son tan amables… —añadió, mostrándoles el camino hacia el escritorio a Cuadros y Estrada.

—Este Ambrosio me pone de los nervios —susurró Cuadros. Estrada mostró media sonrisa.

Cuando llegaron al escritorio, se sentaron en las sillas que había enfrente. La lámpara estaba ligeramente inclinada hacia ellos, de forma que era imposible distinguir los rasgos de la persona que tenían sentada delante.

—Buenas noches, señores.

Estrada reconoció enseguida la voz de Contreras.

—Buenas noches, señor…

—Mi nombre no es importante, señor Cuadros. Lo importante aquí es que lleguemos a un acuerdo.

El olor a tabaco de pipa invadía el ambiente.

—¿Qué es lo que quiere exactamente?

—Quedarme con las chicas.

—Eso es imposible, señor. Me ha costado mucho dinero traerlas.

Contreras abrió un cajón del escritorio y sacó un fajo de billetes. Lo dejó sobre la mesa y se lo acercó a Cuadros.

—Aquí hay un cuarto de millón de pesetas, señor Cuadros. Es el beneficio que obtendría con ellas en la calle digamos… ¿en un año?, ¿año y medio?

—Bueno… —empezó abrumado—, estas niñas son nuevas…, y, además, están muy buenas…

Contreras buscó de nuevo en el cajón y sacó un fajo idéntico.

—Medio millón.

Cuadros se quedó sin habla.

—¡Joder, Cuadros, cógelo! —exclamó Estrada, dándole un codazo.

—Espera, tío, no me pongas nervioso. ¡Déjame pensar!

—¿Le ayudaría a decidirse si le propongo dos fajos como esos por mes? —preguntó Contreras.

—¿Solo por estas chicas?

—No, por tres cada mes. Hay que ir renovándolas.

—¿Y las podré recuperar?

—Depende.

—¿De qué depende? —preguntó Estrada. Cuadros le miró complacido por la pregunta.

—Tres chicas cada mes —hizo una pausa para exhalar el humo de la pipa—. Tres niñas jovencitas como estas, y tendrá dos fajos como esos cada mes.

—Tengo que pensarlo —respondió inseguro.

—La oferta termina al salir de esta habitación, señor Cuadros —advirtió con apremio.

Cuadros resopló con ansiedad.

—Está bien. Tres chicas cada mes. ¿Es que quiere montar un prostíbulo para sus amigos ricos? —preguntó con sorna

—Yo no tengo amigos, señor cuadros. Y enemigos tampoco, no les doy tiempo a serlo —aseguró de forma solemne.

—¿Podré recuperarlas?

—Si continúan con vida, sí.

—¿Es que va a matarlas?

—Dependerá de su comportamiento. ¿Son dóciles?

Cuadros miró rápidamente a Estrada.

—Sí, lo son. La única que puede causarte algún problema es Anouska.

Contreras, en su papel de rico excéntrico, tomó una bocanada de aire de la pipa y luego lo exhaló lentamente. El olor a tabaco volvió a invadir la estancia.

—Lo tendré en cuenta —dijo al fin, e hizo chascar los dedos. El mayordomo apareció como por arte de magia y se detuvo al lado del escritorio.

—¿Señor?

—Lleva a las chicas a su aposento, Herminio.

—Ahora mismo, señor —dijo solemnemente. Luego se alejó hacia donde estaban las muchachas y desapareció con ellas en el elevador.

Contreras esperó a que las puertas del ascensor se cerraran.

—¿Tenemos trato, señor Cuadros?

—Lo tenemos —contestó serio.

—Solamente una cosa, señor Cuadros. No le conviene engañarme. Le espero aquí el día uno del mes que viene.

El mayordomo había vuelto.

—No le defraudaré, señor… No le defraudaré, señor.

—Herminio, por favor, acompaña a los señores a su vehículo —indicó de forma lacónica.

A Estrada le costó mantener la compostura durante toda la conversación, por dentro se estaba muriendo de risa con la interpretación de su compañero de academia.

El mayordomo les indicó el camino con la mano. Cuadros cogió los

dos fajos de billetes de la mesa y se los metió en el bolsillo interior de la chaqueta.

—Señores… —dijo el mayordomo con su habitual sobriedad en la entonación.

Cuadros y Estrada se levantaron de las sillas, subieron al ascensor y bajaron de nuevo al *parking*. Una vez en el coche, Cuadros estalló de júbilo.

—¡Nos vamos a hacer de oro con este gilipollas! —exclamó mientras la puerta de acceso de vehículos se abría lentamente. El mayordomo había desaparecido tras la que llevaba al *hall* del ascensor.

—¡Si, tío! ¡Solo tienes que ir a por más chicas! ¡Esto es el negocio del siglo! ¿Y has visto a ese «Ambrosio»? Solo le faltaba el algodón… —rio Estrada divertido.

—Ja, ja, ja —lo imitó Cuadros—. Menudo tipo, creo que lleva un palo metido por el culo para poder andar tan recto…

Los dos rieron un buen rato y continuaron con las bromas mientras volvían a casa.

XIV

Cuando Estrada entró en el piso de la calle Manteros, Andrea corrió a recibirle.

—¡Ya has llegado! —exclamó con júbilo.

—Aquí estoy. —Entró y cerró la puerta tras de sí.

—¿Cómo ha ido? —preguntó ansiosa.

—Bien —hizo una pausa y reconsideró la respuesta—. Muy bien, realmente.

—¿Y las chicas? ¿Y Anita?

—Están bien. Me ha traído Cuadros y aún no he podido hablar con nadie.

—¿Y a qué esperas? —preguntó nerviosa.

—Aquí no puedo, Andrea. Alguna podría delatarme —dijo en voz baja.

—Pues ve a donde sea… y llama ya —contestó también en voz baja y una amplia sonrisa que mostró unos dientes perfectamente alineados.

—Bueno, bueno… Por lo menos déjame ir al baño. —Se encaminó al servicio. Al pasar por la sala de los sofás, saludó a las chicas que allí había. Entró en el excusado y cerró la puerta.

Cuando terminó y salió, Andrea le estaba esperando. Estaba apoyada en la pared con su imborrable sonrisa.

—Vamos, llama.

—¡Joder, Andrea!

—Vamos, no te quejes. —Le cogió de la mano y tiró de él para que le siguiera.

Estrada se dejó llevar.

Cuando llegaron a la calle, Estrada sugirió ir a un bar cercano. Andrea le arrastró hasta uno que había en el paseo del Borne, a un par de calles del piso.

—Mejor vayamos dentro —pidió—, siéntate en una mesa. Voy a llamar, aquí hay demasiados oídos.

Entraron en el local. Estrada fue directamente al lavabo. Diez minutos más tarde, volvió a salir y buscó a Andrea. Estaba en una mesa junto a la puerta.

—¿Qué te han dicho?

—Se encuentran bien. Anoushka te manda saludos. Las han llevado a un albergue de la policía para mujeres maltratadas. Estarán bien. Mañana el juez Prieto les tomará declaración. Ahora ya no solamente es una investigación policial, ha pasado a ser una investigación judicial.

—¿Eso significa que te marcharás? —inquirió temerosa.

—Ni mucho menos, el juez Prieto mantiene una intensa cruzada contra el narcotráfico y la prostitución, no me apartará del caso, y mucho menos estando infiltrado.

Andrea respiró aliviada.

—¡Menos mal! Y nosotras, ¿cuándo dejaremos de trabajar?

—No lo sé. ¿En quién puedo confiar?

—En Carla y Carolina. Y en mí, claro —aseguró con una coqueta sonrisa.

—¿Quiénes son fieles a Cuadros?

—Ashanti le pasa informes casi diarios de todo lo que ocurre. Controla quién va, quién viene… Fedora está enamorada de Cuadros, por lo que yo no confiaría demasiado, aunque no es una chivata como la negra.

—¿Y Maite, Rosana y Olga?

Resopló.

—No sé qué decirte… No les tengo tanta confianza como a Carolina y Carla.

—Está bien… Deja que piense en algo…

Se acercó el camarero con un café solo y una infusión.

—Te he pedido un café.

—Gracias .—Echó el azúcar lentamente y luego lo removió con la cucharilla. Se quedó cabizbajo por un momento—. Voy a llamar. —Se levantó y volvió al lavabo.

Regresó cinco minutos más tarde.

—Bien, mi jefe va a organizar algo mañana.

—¿Qué va a organizar?

—No me lo ha querido decir, pero será mañana, eso seguro.

La mujer resopló hastiada.

Los gritos provenían sin duda de la zona de la entrada del piso. Miró su reloj de pulsera: las 5:00 A.M.

—¿Qué cojones pasará ahora? —dijo para sí.

Puso los pies en el suelo. Estaba frío. Buscó sus zapatillas de deporte con los pies y los introdujo, luego se ayudó con los dedos para meter el talón. Las voces se iban acercando. Escuchó las puertas de las habitaciones abrirse violentamente y a las mujeres que gritaban y lloraban. Cuando iba a salir del despacho, entraron desde fuera de una fuerte patada.

—¡Policía! ¡Mossos d´Esquadra! —gritó uno con el uniforme de asalto.

—Está bien, tranquilo, soy…

No le permitió terminar la frase, le dio un empujón y lo tiró sobre el escritorio de cara. Puso su mano en la cabeza y se la aplastó contra

la mesa.

—¡Soy Estrada, coño! —se quejó.

—Por mí como si eres el Papa —contestó sarcásticamente.

—Maldito gilipollas, soy Fermín Estrada, soy policía.

—Seas quién seas, estás detenido. —Le retorció el brazo y le colocó una de las esposas.

Estrada se revolvió de tal forma que el agente terminó en el suelo. Sacó el distintivo policial del bolsillo trasero de su pantalón y se lo puso delante de las narices.

—¿Ves, maldito gilipollas? Soy policía.

Reyes acababa de entrar en la habitación, acompañado de dos agentes vestidos también con el uniforme completo de asalto.

—¡Estrada! —exclamó al ver la situación—. Ustedes dos, esperen fuera. Que no entre nadie. —Buscó el interruptor y encendió la luz.

—¿Está seguro, señor? —preguntó el más alto.

—¡Naturalmente que lo estoy! —Echó a los dos hombres y cerró la puerta tras de sí—. ¿Qué ha ocurrido?

—Este… animal de bellota ha hecho un uso innecesario de la fuerza.

—Joder, Estrada… ¿Quieres que te descubran?

—Lo que no quiero es que me rompan un brazo, cojones —se quejó bastante enfadado.

—¿Qué ha ocurrido, Muñoz?

—He intentado reducir al sospechoso, pero se ha resistido a la detención.

—¡Eso no es cierto! —exclamó Estrada indignado—. Me he identificado verbalmente y luego le he enseñado mi placa.

—La habitación estaba a oscuras… —se disculpó.

—Bueno, dejemos el tema. Este hombre es Fermín Estrada, es agente infiltrado y no debe descubrirse. Puede marcharse, Muñoz, yo realizaré la «detención» —dijo, dibujando unas comillas en el aire.

Muñoz asintió en silencio, abrió la puerta y salió.

—Reyes, tú me conoces… Este tío se ha pasado tres pueblos, me ha empotrado contra el escritorio y ha golpeado mi cabeza con la mesa.

—Está bien, Estrada, sé que dices la verdad. No es la primera queja que recibo de Muñoz. Ya hablaré con él.

—¿Cómo está todo? ¿Qué hay del juez Prieto?

—Necesita más, Fermín… Solo con esta cédula no tiene suficiente, quiere hacer caer a toda la organización.

—¡Joder! —exclamó de mal humor, luego dio un puñetazo sobre la mesa—. ¿Cómo está Nati?

—Te manda saludos.

—Te manda saludos —se burló.

—Bueno, va… Dice que te ama con locura y que quiere que esto

termine.

—Eso ya me lo creo más.

—Venga, deja que te espose y vámonos ya a la comisaría… Te invito a desayunar.

Reyes le puso la esposa en la otra muñeca y abrió la puerta.

—Espera, ponme una gorra. Hay una en aquel armario.

Reyes fue hacia el armario que le señaló Estrada y lo abrió. La gorra, tipo *baseball*, estaba sobre un montón de camisetas perfectamente dobladas.

—Toma, Pimpollo —dijo al colocársela.

—Gracias, Gonzalo —añadió agradecido.

—Vamos.

Abrió la puerta y salieron al pasillo. Fuera había un buen alboroto, algunas chicas lloraban como si el fin del mundo estuviera cerca, otras gritaban como poseídas por el diablo intentando explicar a los agentes la historia de su vida. Andrea y Carla estaban sentadas juntas en el salón de los sofás bastante asustadas.

Un agente las custodiaba.

—¿Dónde está Carol? —preguntó Estrada

—No lo sé.

—¿Cuándo ha desaparecido? ¿Desde cuándo no la veis?

—Desde… Desde anoche, creo —informó Andrea con la voz quebrada.

Estrada miró a Reyes.

—Estas son tus chicas, ¿no? —Estrada asintió preocupado—. Y la que se ha perdido, también —afirmó. Estrada volvió a asentir—. Tranquilo. Daremos con ella, no te preocupes.

—Gracias.

—Agente, cuando lleguen a comisaria, a estas dos me las separa y las lleva a las celdas de incomunicación.

—Sí, señor —dijo el policía de forma marcial.

—Y si aparece la otra, también.

El hombre asintió.

—Vámonos.

Salieron al minúsculo rellano y bajaron a la calle. Las luces giratorias azules de los vehículos policiales inundaban la fachada del edificio y parte del paseo. A pesar de la hora, las cinco y media de la madrugada, en casi todos los balcones había gente observando el gran despliegue policial que Reyes y su equipo de asalto habían montado. Caminaron unos diez metros hasta su vehículo policial, un sedán negro sin distintivos. Reyes abrió la puerta, y cuando Estrada bajó la cabeza para entrar, vio a través del cristal de la puerta opuesta a Cuadros y a Carolina.

—Mira disimuladamente —dijo, intentando mover los labios lo

menos posible—. Esos dos del otro lado del paseo son Cuadros y Carolina.

—Tranquilo, nos haremos con la chica. —Empujó su cabeza para que no se la golpeara y Estrada entró en el coche. Reyes subió al asiento del conductor y puso el motor en marcha. Bajó las dos ruedas de la derecha a la calzada y emprendió la marcha.

Recorrieron cinco o seis calles y Reyes paró el vehículo en doble fila. Bajó y abrió la puerta trasera.

—Gírate, que te quitaré las esposas.

—No, Gonzalo… Cuadros tiene ojos en todas partes, mejor no arriesgarse.

—Está bien, como quieras. —Volvió al asiento del conductor y continuó la marcha. Un cuarto de hora más tarde llegaban a la comisaría de la calle Bolivia. Reyes condujo a Estrada directamente a su despacho. Cerró la puerta y corrió las cortinillas, luego le quitó las esposas.

Reyes soltó aire por la boca haciendo sonar los labios.

—Vaya tela, Fermín… La que tienes montada en ese piso.

—Ya estaba montado, Gonzalo —dijo mientras pasaba las manos donde hace un momento estuvieron las esposas, como si quisiera borrar las marcas.

—Bueno, me alegro de que todo haya salido bien —indicó, dejándose caer en el sillón de su escritorio. Estrada se sentó en una de las sillas que había enfrente.

—Depende de la reacción de mañana de Cuadros. —Volvió a acariciar sus muñecas—. Todo depende de eso.

—No creo que sea un tipo muy inteligente, solo ha tenido suerte.

—Le conozco bien. Puedo asegurarte que es listo…, muy listo —puntualizó.

—Mañana proponle ir a Rumanía a por chicas. Le debe tres al Tío Gilito y se va a quedar sin tus tres chicas, eso son seis.

—Bien, jefe, sabes sumar… —bromeó.

—Tú no vas a cambiar nunca… Ni siquiera la vida que has llevado de infiltrado puede con tu sarcasmo más incisivo.

—Lo siento, jefe, eso es lo que deseo: no cambiar nunca.

—Y yo es lo que espero, que nunca cambies —admitió con una amplia sonrisa—. Vamos a desayunar algo.

Descolgó el teléfono del escritorio y pidió que le trajeran un par de bocadillos, unos refrescos y dos cafés.

—El tema de las chicas le pondrá nervioso —aseguró cuando Reyes colgó el teléfono—. Él no ve mujeres, solo beneficios. Un polvo cinco mil pesetas, dos polvos diez mil… El tema de Contreras le volvió loco… Cuando sacó los fajos y los puso sobre aquel escritorio, los ojos le dieron la vuelta como las tragaperras. Creo que hasta vi las cerezas

girando… —rio divertido.

—Sí, he visto los vídeos. La verdad es que Contreras hizo una interpretación magnífica.

—Debería haberse dedicado a la actuación. Hubo momentos en los que pensé que iba a empezar a reírme sin poder parar. ¿Y el mayordomo? ¿De dónde habéis sacado tan maravilloso actor?

—Herminio es realmente un mayordomo, es el mayordomo de esa casa.

—¿Y de quién demonios es esa mansión?

—Un amigo de la infancia.

—¿Tuyo?

—Sí. Mis padres tienen una casa de pueblo en Villarroya, La Rioja. En verano me quedaba allí con mis abuelos. Los padres de Mariano pasaron por allí un año y se quedaron a comer en el único restaurante que hay en el pueblo, bueno, de hecho, no es un restaurante, es una casa particular que ofrece comidas a los visitantes o a los que están de paso.

—No sabía que eras un pueblerino… Ahora empiezo a entender muchas cosas —bromeó.

—No digas sandeces… Yo nací en Tarragona, pero mi padre es de Villarroya.

Llamaron a la puerta. Era el desayuno. Un camarero vestido con unos pantalones tejanos demasiado anchos, un delantal blanco anudado a la cintura y una camisa azul, sirvió lo que Reyes había encargado. Luego salió y cerró la puerta.

—Como te iba diciendo, la familia de Mariano pasó por allí, y su padre acabó comprando medio pueblo.

—¿Y cómo hizo tu amigo su fortuna?

—Es conde. Y, aparte de eso, su abuelo fundó unas siderúrgicas muy importantes en el norte…, en Vigo, creo.

—Pues dile a tu amigo que tiene un mayordomo que es un *crack*.

—Se lo diré —comentó divertido.

Cuando estaban terminando de comer, volvieron a llamar a la puerta.

—¡Pase! —gritó Reyes

Esta se abrió y apareció Contreras. Estrada se levantó de un brinco. Los dos hombres se fundieron en un afectuoso abrazo.

—Joder, Fermín, necesitas una ducha… —bromeó Contreras.

—Siéntate, hombre.

—No puedo, me espera un montón de papeleo. Sobre todo, el que tú no haces. Además, te he traído algo.

—¿Qué?

—Pasad —dijo a los de fuera.

Una a una entraron Carla, Andrea y Carolina.

—¿Lo veis? ¡Os lo he dicho! —exclamó Andrea satisfecha—. Es policía.

Carla y Carolina asintieron boquiabiertas.

—Bienvenidas, chicas. Pasad, por favor —pidió Reyes amablemente.

—¿Queréis tomar algo? Pronto vendrán para que prestéis declaración.

—Yo tengo hambre —reconoció tímidamente Carolina.

—Bien, sentaos —pidió Reyes.

Estrada se levantó e indicó a Andrea que ocupase su lugar. Cogió una silla del despacho contiguo y la ofreció a Carla.

—Bueno, ya estamos todos —dijo Estrada.

—Voy a llamar a… —Reyes cogió el auricular del teléfono de sobremesa.

—Buenos días —saludaron desde la puerta.

—Buenos días, ya iba a llamarles —informó al ver a la secretaria judicial.

—El tráfico, señor Reyes… Es hora punta —indicó la mujer, que no contaría con más de treinta años.

—Buenos días —dijo un hombre de complexión media, tez morena y pelo engominado peinado hacia atrás. Dio una calada al cigarrillo que colgaba de la comisura de sus labios y lo cogió entre los dedos.

—Juez Prieto —saludó Reyes, irguiéndose de pronto en su sillón.

—Don Amadeo. —Estrada se acercó y le tendió la mano. El juez Prieto la apretó con fuerza.

—Me alegro de verte, muchacho. Has hecho un buen trabajo —aseguró, dándole un par de palmadas en la espalda—, pero aún no lo has terminado.

—Lo sé, don Amadeo. Conseguiré que caiga toda la organización

—No lo dudo, chico, no lo dudo —miró a las chicas—. Y supongo que estas son las señoritas de las que me has hablado.

—Así es, señor juez.

—Bueno, pues empecemos ya —dijo de forma muy cordial—. ¿Están ustedes preparadas, señoritas? —Las tres asintieron con timidez—. No deben temer nada.

XV

Miguel Cuadros marcó el teléfono de Estrada tres veces hasta que este contestó. El día anterior había sido muy largo y la noche demasiado corta, apenas hora y media de sueño efectivo como para haberse recuperado por completo. Abrió los ojos lentamente y miró la pantalla del teléfono. Pulsó el botón de responder y llevó el auricular despacio a su oreja.

—Falcó —dijo somnoliento.

—¿Ya te han soltado, tío?

—Sí, he llegado hace nada… Esos cabrones me han tenido toda la noche decl… interrogándome —corrigió enseguida.

—Joder…, pensaba que no iban a soltarte nunca… Te veía en la Modelo.

—Ya he estado allí antes…

—¿Cuándo? No me lo habías contado…

—Hace tres años. Robo a mano armada. —Pasó una mano por la cara intentando quitarse la pereza de encima.

—Pero eso son cinco años.

—Me soltaron a los dos y medio. Buena conducta. Tenía a las niñas fuera sin atender, ya me entiendes.

—Lo que descubre uno —dijo sorprendido.

—Ya ves. Cuando nos conocimos, llevaba solo seis meses fuera. Hoy me han soltado porque no han podido relacionarme con el negocio. Les he dicho que me quedo allí a dormir. Por suerte, no había ninguna de las niñas ejerciendo y no han podido detenerme. Solo se han quedado con Andrea, Carla y Carolina. Se ve que tenían órdenes de detención por robo o no sé qué. Ah, y como no tenían papeles, les han abierto un expediente de expulsión.

—¡Mierda! Eso cambia mucho nuestros planes.

—¿No vas a cumplir con el Tío Gilito?

—¡Mierda! Ya no me acordaba de eso…

—Necesitamos reponer las tres que han detenido y conseguirle tres al Tío Gilito.

—Lo sé, lo sé… No sé si dará tiempo a conseguirlas.

—Pues llama a Rumanía, a tu contacto, y dile que necesitamos seis.

—No es tan fácil, Marco. Barbarros es un hombre con muy mala leche.

—¿Es turco? Conocí una vez a un Barbarros y era de Turquía.

—Sí, es turco. De hecho, le llaman el Turco.

—Pues llama al Turco y dile que necesitamos seis mujeres.

—¡Uff! —exclamó—. Se va a cabrear…

—Si quieres, le llamo yo, ya sabes que no me faltan huevos —alardeó Estrada de forma decidida.

—Voy a verte y hablamos, no te precipites, muchacho…

—Te espero, voy a ducharme —colgó el aparato y se metió en la ducha.

Hora y media más tarde, Cuadros llegó al piso de la calle Manteros. Se le notaba nervioso, quizá, incluso, podría decirse que alterado.

Cuando entró, apenas podía articular palabra.

—Hola, tío.

—¿Qué te ocurre? —preguntó Estrada al verle—. Parece que hayas visto al diablo en persona.

—Más bien me ha llamado.

—¿Barbarros?

—No… Barbarros solamente selecciona las chicas, pero no tiene ningún peso en la organización.

—Entonces, ¿quién te ha llamado?

—El gran Kahuna.

—¿Quién? —preguntó desorientado.

—El jefe.

—Pero ¿no eres tú el jefe?

—Sí, quizá es culpa mía por no haber hablado antes contigo de todo esto, pero primero quería que me demostraras que eres de confianza.

—Creo que lo he hecho con creces.

—Sin duda.

—Yo me encargo de la prostitución de la zona de Barcelona, las drogas las lleva Dragos, ya le conocerás —hizo una pequeña pausa para tomar aire—. Y, por encima, el que controla la organización de Barcelona es Barreiros, un gallego.

—¿Y por encima de Barreiros?

—El gran Kahuna

—¿Así se llama? ¿Kahuna?

—No, hombre, no. Kahuna es el sumo sacerdote en la cultura indonesia. En el colegio tuve que hacer un trabajo para recuperar historia y se me quedó grabado.

—Yo tampoco he sido nunca un buen estudiante… La verdad es que ni terminé la EGB. Un día me cansé de las palizas de mi padre y se la devolví.

—¿Pegaste a tu padre?

—Hasta que la palmó, caminó cojo desde ese día el hijo de puta.

—No, si al final descubriré que enseñaste a robar coches al Vaquilla…

—No me hables de ese marica, en la Modelo intentó robarme un

paquete de cigarrillos…

—¿También le pegaste una paliza?

—No, pero le enseñé dos palabras: «por favor». Si pides las cosas, te evitas problemas. No hay nada que me joda más que me roben o me cojan mis cosas sin pedírmelas.

La conversación de Estrada había conseguido que Cuadros se tranquilizara un poco y, además, descubrió que se había ganado su confianza por completo. Cuadros se fiaba de Estrada plenamente, de otro modo, no hubiera ido a verle. No se trataba de una visita de cortesía, el verdadero espíritu de aquella visita era pedirle ayuda.

—¿Me dejas usar tu despacho?

—Claro. Vamos.

Atravesaron el salón de los sofás. Solamente había una chica.

—¿Dónde están las otras? —preguntó Estrada.

—Descansando, Marco. —respondió Olga.

—Pues que se levanten, ¡coño! A partir de ahora se trabajará mañana, tarde y noche hasta que consigamos más chicas —ordenó con rudeza. No quería que la confianza de Cuadros desapareciera.

La muchacha se levantó de un salto y salió a paso ligero hacia las habitaciones, abrió la puerta y entró. Estrada y Cuadros continuaron hacia su despacho.

—Joder, cómo has arreglado esto —observó sorprendido.

—No me gusta que el lugar en el que duermo sea una pocilga.

—Sí, la verdad es que, tanto Farelli como Javier Segura, lo tenían bastante cerdo.

—Pasa, siéntate —ofreció Estrada.

Cuadros entró y se sentó en el sillón del escritorio. Buscó en el bolsillo interior de su chaqueta y sacó una pequeña agenda telefónica.

—Te dejo solo. Voy a ver qué hacen las chicas.

—No, por favor, quédate.

Estrada asintió en silencio. Cuadros buscó en la agenda, y cuando encontró lo que necesitaba, levantó el auricular y marcó un largo número en el dial.

—Barbarros, soy Cuadros. —Le indicó que utilizara un auricular que le habían instalado al teléfono para que una segunda persona escuchara la conversación.

—¿Qué pasa por Barcelona? —preguntó una voz ronca.

—Necesito chicas —dijo secamente.

—Tengo dos disponibles —contestó de igual modo.

—Necesito seis.

—¿Para cuándo?

—Para esta semana. A muy tardar el domingo.

—¡Joder! —exclamó marcando la erre en exceso—. ¿Crees que soy una fábrica de putas?

—La policía me ha quitado a tres y necesito tres más para un cliente muy especial. Tienen que estar muy buenas, ¿*OK*?

—¿Y quién es ese cliente? ¿Un millonario o qué?

—Déjame hablar con él —susurró Estrada.

Estrada tomó el auricular.

—Barbarros, soy Marco Falcó. El sábado iremos a por las chicas —dijo solemne—. Si tienes las seis, tendrás un extra de cincuenta mil pesetas.

—¿Cincuenta mil pesetas? ¡Yo ni meo por cincuenta mil pesetas! —se jactó vacilón

—Por chica. —Se hizo un silencio—. Trescientas mil pesetas. No sé cuánto será en Rumaníes.

—Lei.

—Calcula tú el cambio a Lei.

—Una cantidad tan grande la quiero en dólares.

—Ya tengo ganas de conocerte —bromeó Estrada.

—¿De dónde vamos a sacar tanto dinero en dólares? —susurró Cuadros.

Estrada le hizo un gesto con la mano para que se tranquilizara.

—El sábado tendrás a tus seis chicas.

—¿Tu palabra es firme? —insistió Estrada.

—Tanto como tu promesa.

Colgó el aparato.

Estrada resopló nervioso.

—¡Joder, tío! ¡Que sea la última vez que ofreces mi dinero como recompensa!

—Tenemos chicas, ¿no?

Cuadros guardó silencio por un momento en el que pareció recapacitar. No era un hombre que estuviera acostumbrado a que otro le marcara el camino, sobre todo, cuando él se consideraba el camino.

CAPÍTULO SEXTO

XVI

El avión que despegó del aeropuerto de El Prat a las seis de la mañana, con Cuadros y Estrada a bordo, aterrizó en Bucarest siete horas y media más tarde. Allí tomaron otro avión más pequeño hasta el aeropuerto de Arad, en el norte de Rumanía.

Reyes había conseguido en tiempo récord que interior tramitara un pasaporte para Marco Falcó, la identidad de infiltrado de Estrada, con el que pudo embarcar en el avión y cruzar la frontera.

Viajaron solamente con el equipaje de mano, por lo que no tuvieron que esperar a recoger ninguna maleta facturada.

—Tenemos que ir a la zona de carga —dijo Cuadros al atravesar el control de seguridad.

—¿Vamos a cargar algo? —preguntó Estrada sorprendido.

—Más bien, nos van a cargar a nosotros —bromeó—. Nos espera nuestro transporte —aclaró.

—¿Un camión?

—El camión —especificó, dibujando unas comillas imaginarias en el aire.

—¿Qué quieres decir?

—Ya lo verás.

Salieron del aeropuerto y se dirigieron a la zona de carga y descarga.

—¿Qué hacemos aquí? —preguntó Estrada.

—Esperar a nuestro hombre.

—¿Barbarros?

—No, al del transporte —indicó, señalando la zona de salida de camiones.

Un viejo camión Roman de color azul se acercaba lentamente a la barrera del puesto de control. El guardia se aproximó y el conductor le entregó una documentación. El agente volvió a la caseta de control y la barrera subió automáticamente, permitiéndoles reanudar la marcha lentamente.

—Este es nuestro hombre —dijo Cuadros. Levantó la mano y, casi al momento, los faros se encendieron rápidamente un par de veces. Avanzó despacio hasta que llegó a su altura. El conductor detuvo el vehículo y bajó la ventanilla.

—Si van a Beba Veche, puedo llevarles —ofreció una voz consumida por la nicotina.

—Me alegro de verte —dijo Cuadros

—Subid.

—Vamos —indicó con la cabeza para que Estrada le siguiera.

Dieron la vuelta por la parte delantera del vehículo y subieron a la cabina del tráiler. Cuadros ascendió primero y se sentó junto al conductor, Estrada hizo lo propio y se acomodó en el asiento que había cerca de la ventanilla. Cuadros hizo las presentaciones oportunas, y luego empezó a hablar con el rumano que conducía.

Tras cinco minutos sin entender nada de lo que hablaban, se recostó en la puerta y se quedó dormido.

Una frenada brusca lo despertó dos horas más tarde.

—¿Ya hemos llegado? —preguntó Estrada desorientado.

—Falta una media hora —aseguró el conductor.

—¿Y ese frenazo?

—El imbécil de ahí delante, que debe ir borracho…

—Gilipollas los hay en todas las carreteras —aseguró Estrada.

Ahora era Cuadros quien se había acomodado en el asiento y estaba durmiendo.

—Aquí parece que se concentren mucho.

—¿También conducen borrachos como en Rusia?

—No, aquí el clima es templado… En invierno no bajamos más de los seis o siete bajo cero. En Rusia hay regiones que están a veinticinco grados bajo cero de media.

—¡Vaya tela! ¿Has estado?

—Sí, muchas veces… En invierno hago la ruta a Moscú. Me gusta el frío —aseguró, mordisqueando un puro apagado que intentaba mantener entre sus labios.

El tráiler, tras una leve curva, enfiló una recta que se perdía en el horizonte. A lo lejos, a la derecha, la torre de una iglesia destacaba entre las escasas construcciones, que no superaban los dos pisos de altura.

—Ya hemos llegado. Aquella es la iglesia católica de Beba Veche —dijo, señalando al fondo a la derecha.

Estrada asintió en silencio, luego le dio un codazo a Cuadros para que despertara.

—¿Qué pasa? —preguntó tras un espasmo.

—Estamos llegando, socio.

Cuadros se pasó la mano por la cara intentando desperezarse, luego estiró los brazos.

El camión ralentizó la marcha hasta que se detuvo por completo en el arcén. El conductor accionó los intermitentes de emergencia.

—Aquí os dejo, muchachos —concluyó con una sonrisa.

Estrada abrió la portezuela y se apeó de un salto. Cuadros intercambió un par de frases y bajó.

—Bueno, muchacho, ya hemos llegado a nuestro destino —afirmó mientras se ponía la americana color crema sin la que era difícil verle.

Solía llevarla siempre puesta o, en verano, colgada del brazo.

—Hace fresquito —reconoció Estrada, levantando el cuello de su chaqueta de cuero negro.

—Si esto te parece frío…, un día de estos te llevaré a Moscú. Se te hielan hasta los pelillos de los huevos —bromeó divertido.

—Sí… Ya me ha estado contando el conductor…

—Antes hacía la ruta Bucarest-Moscú —empezaron a andar calle arriba, junto a la carretera.

—¿Dónde vive nuestro hombre?

—Cerca —dijo secamente sin detenerse. Señaló hacia delante con un golpe de cabeza.

Estrada echó un vistazo a su alrededor. Aquel lugar era bastante inhóspito. Apenas circulaban coches y no se veía gente por las calles. El sonido de un motor acercándose inquietó a Estrada. Miró hacia atrás y lo siguió con la mirada. Les sobrepasó y se detuvo a unos cinco metros.

—¿Les conoces?

—Es Barbarros.

Continuaron caminando hasta que alcanzaron el vehículo.

—*Buna ziua* —saludó Cuadros.

—*Buna ziua* —respondió Barbarros.

Cuadros abrió la portezuela del acompañante y subió al vehículo. Estrada lo hizo detrás. El coche, a pesar de ser un deportivo de alta gama, era bastante incómodo, estrecho y el asiento trasero bastante duro.

—Tú supongo que eres Marco Falcó —dijo Barbarros, observándole a través del retrovisor central.

Estrada le miró también a través del retrovisor. Dos grandes ojos azules con unas patas de gallo bastante marcadas por el sol y unas cejas canosas y voluminosas.

—El mismo.

—Espero que hayas traído lo que me prometiste —inquirió desafiante.

—Espero que te lo hayas ganado —respondió Estrada sin dejarse amedrentar.

Barbarrós, que debería tener unos cincuenta años, pelo y barba blanquecina, miró a Cuadros intentando obtener una respuesta.

—Ya te dije que los tiene bien puestos.

Barbarros asintió en silencio y continuó conduciendo. Estrada se recostó en el respaldo satisfecho. Este era tan incómodo como el asiento.

Quince o veinte minutos más tarde, llegaron a lo que parecía una granja. Barbarros detuvo el coche frente una casa de madera de dos pisos y los tres bajaron.

—Las chicas están en el granero.

—¿Contra su voluntad? —preguntó Estrada.

—No, lo hemos reconvertido. En verano lo usamos para hacer turismo rural y así nos sirve de tapadera para lavar el dinero de la prostitución.

Estrada asintió en silencio

—Si las cabreamos ahora, no pasarán la frontera —explicó Cuadros.

—Tienen que pasarla por sí mismas, con su documentación, como si realmente les esperara una oferta de trabajo en España. De otro modo, sería más complicado, aunque no es imposible —añadió Barbarros.

—Ya entiendo. Las convencéis de que en España les espera la tierra de leche y miel y cuando se dan cuenta, tienen una deuda que crece con cada día que pasa —resumió Estrada. Los otros dos se quedaron sin saber qué decir—. Es maquiavélico. ¡Me gusta!

Los rostros de Cuadros y Barbarros se relajaron.

—Vamos a la casa. Estaréis cansados. Luego hablaremos de negocios.

—De acuerdo, porque tengo un hambre… —reconoció Cuadros, exagerando una expresión famélica—. La verdad es que en el vuelo no nos han dado una mierda en condiciones —añadió Cuadros.

Barbarros abrió la puerta de la casa y les invitó a entrar. Parecía bastante acogedora y a Estrada le recordó a las granjas de las películas del lejano oeste.

—Enséñale a tu amigo dónde están las cosas. Echaos un rato si queréis, yo voy a ver cómo están las chicas.

Volvió a salir y cerró la puerta.

—¿Quieres dormir un poco? —preguntó Cuadros.

—No, si no, por la noche no dormiré.

—Por la noche más vale que no te duermas.

—¿Por?

—Porque te va a tocar conducir. El viaje de vuelta lo haremos en coche.

—¡No jodas! —exclamó Estrada sorprendido.

—No podemos regresar en avión.

—¿Por qué no?

—Hay una menor.

—¿Una menor? ¿Diecisiete?

—Cumple los 18 la semana que viene.

—¡Joder, Cuadros! ¿Desde cuándo lo sabes?

—Me lo ha contado en el coche, cuando veníamos.

—¡Mierda! —se quejó Estrada tras dar un puñetazo en la pared—. Vamos a tardar una eternidad. No llegaremos a tiempo.

—Que sí, hombre, que sí. La entrega al Tío Gilito es el viernes. Hoy

es… ¿Qué día es hoy? Creo que miércoles.

—Sí, miércoles —aseguró Estrada después de mirar su reloj digital.

—Son veinticuatro horas de viaje, más o menos. Ya lo he hecho antes.

—¿Con menores?

—Sí. Tenía un cliente que le encantaban de quince y dieciséis años.

—Pero si aún son niñas —observó Estrada con cara de desaprobación.

Cuadros se encogió de hombros.

La puerta de la casa se abrió; era Barbarros.

—¿Queréis conocer a las chicas? —preguntó desde fuera.

—Vamos —respondió Estrada. Cuadros asintió tras pasar la mano cuidadosamente por el pelo engominado, como si quisiera comprobar si algún mechón se había atrevido a descolocarse de su ubicación prevista.

Salieron de la casa y se dirigieron al granero a través de una explanada de grava de unos cincuenta metros de ancho por otros tantos de largo. Ya había oscurecido por completo y la única iluminación que había era la que escapaba de las ventanas de la casa y un foco que, a duras penas, iluminaba la puerta del granero desde lo alto del mismo. Todo estaba en silencio, excepto por el crujir de las suelas de los zapatos bajo la gravilla.

Barbarros abrió la puerta del granero y los tres hombres entraron uno tras otro en la construcción. Un pequeño *hall* con un par de sillones y un televisor hacía las veces de zona común y sala de televisión.

Un par de chicas miraban un concurso televisivo completamente absortas en la pantalla.

Barbarros las saludó en rumano y ellas observaron primero y sonrieron después a Cuadros y Estrada.

—La rubita de ojos verdes es la menor —especificó Barbarros.

Estrada la observó de nuevo antes de continuar hacia el pasillo que llevaba a las habitaciones.

Barbarros paró frente a la segunda puerta, tocó dos veces y la abrió sin esperar a que contestaran. Aquella habitación no difería demasiado al mobiliario de las del piso de Barcelona: dos literas, una a cada lado de la pared, una pequeña mesita de noche entre las dos camas y una mesa tipo escritorio bajo una ventana, a la derecha. Parecido, pero de mucha más calidad y, sin duda, más moderno que las viejas camas de madera y metal del piso de la calle Manteros.

Barbarros les dijo algo en rumano. Las chicas se sorprendieron y su actitud cambió notablemente. Parecían más nerviosas. Las dos de arriba, que cuando entraron estaban hablando entre sí animadamente, saltaron al suelo y empezaron a recoger sus cosas y a meterlas en las

bolsas y maletas. Despertaron a las dos de la litera inferior y, tras explicarles las órdenes de Barbarros, las imitaron con la misma rapidez y celeridad.

—Bueno, chico —comenzó Barbarros después de cerrar la puerta del dormitorio—. Como puedes ver, he cumplido —dijo, tendiendo la mano abierta.

—Cierto. Has cumplido: seis chicas y todas muy atractivas. —Buscó en el interior de su chaqueta de cuero y sacó un fajo de billetes—. Este es el extra. Las chicas te las pagará Cuadros.

El turco cogió los billetes y los contó sin deshacer el paquete.

—Está todo.

—Me alegro, porque no se admiten reclamaciones —bromeó Estrada.

—No, si me acabarás cayendo bien —agregó Barbarros con una sonrisa que exageró más, si cabe, sus patas de gallo.

—Mariconadas ni una…

—Serás… —rio bajo el bigote—. Vamos a preparar las cosas para vuestro viaje. Intentad parar solamente para mear y repostar.

—¿Tú no vienes?

—No… Yo me quedo aquí. Tengo que atender el negocio.

—Barbarros trabaja para otras organizaciones.

—Sí, pero la tuya es la que paga mejor —reconoció, blandiendo los billetes. Id a por las cosas y a asearos, yo voy a traer la furgoneta.

Cuadros y Estrada regresaron a la casa y Barbarros desapareció en la zona oscura de la explanada. Cuando salieron, una furgoneta Mercedes Benz adaptada para transportar pasajeros aguardaba frente la casa. Barbarros le lanzó las llaves a Cuadros, que las cogió en el aire.

—La próxima vez me la devuelves.

—Si todo sale como espero, estaremos por aquí una vez cada dos meses, puede que una cada mes.

—La próxima vez avísame con más tiempo.

—Lo intentaré, esta vez ha sido imposible… No esperábamos nada de lo que ha ocurrido.

Barbarros le guiñó un ojo y se metió en la casa. Las chicas empezaron a aparecer por la puerta del granero. Tímidamente, se fueron acercando a la furgoneta como si se tratara de una excursión escolar, ajenas a todo lo que había realmente tras aquella pantomima. Cuadros les dijo algo en rumano y poco a poco se fueron acomodando en los asientos de la furgoneta. Barbarros volvió a salir con un par de cajas y las metió en la parte trasera del vehículo.

—Os he dejado comida y bebida

—Gracias, Barbarros —agradeció Estrada.

—Primero conduciré yo. Cuando lleguemos a la autopista, me

tomas el relevo.

—De acuerdo —confirmó Estrada.

—Podemos hacer relevos de tres horas, si te parece.

—Por mí no hay problema. ¿Nos vamos?

Cuadros dijo algo en rumano, y las chicas contestaron negando con la cabeza, luego puso el motor en marcha. Estrada subió en el lado del acompañante.

La vieja Mercedes Benz recorrió lentamente la explanada hasta que se incorporó a la carretera, y poco a poco fue cogiendo velocidad. Diez o quince minutos más tarde llegaron a la frontera. Realmente, no era una frontera típica. Tan solo había una barrera que cortaba la circulación de la carretera y un par de soldados armados con ametralladoras. A la derecha, una pequeña caseta de unos cuatro metros de largo por dos de ancho. Una tenue luz se apreciaba a través de una ventana lateral.

—Vamos despacio —dijo Cuadros—. Tenemos que asegurarnos de que está nuestro hombre. —Pulsó el interruptor que conectaba los cuatro intermitentes y dejó que se iluminaran dos veces. Luego hizo un par de ráfagas rápidas con las luces de carretera—. Esta es nuestra señal.

—¿Y cómo vamos a saber que es nuestro hombre?

—Porque no nos disparará —miró a Estrada y le guiñó un ojo.

—Eres muy ocurrente —dijo Estrada.

Se escuchó una sonrisa tras ellos. Estrada se giró y vio a dos de las chicas hablando y riendo entre ellas tímidamente. Les sacó la lengua e hizo una mueca graciosa. Las chicas soltaron una sonora carcajada.

—¡Eh! Tranquilidad ahí atrás —pidió Cuadros.

La furgoneta se detuvo a unos cinco metros de la barrera.

—*Buna*, Cuadros. *Vino mai aproape* —gritó uno de los militares.

—¿Va a dispararnos? —preguntó Estrada con preocupación en el tono de voz.

—No… Ese es nuestro hombre. Me está pidiendo que nos acerquemos.

Estrada respiró tranquilo. Cuadros aproximó la furgoneta un par de metros más y el militar anduvo hasta la ventanilla del conductor. Intercambiaron un par de frases. El hombre, de unos treinta o treinta y cinco años, echó una mirada dentro, sonrió y aceptó el dinero que Cuadros le ofreció disimuladamente. Hizo una señal con la cabeza a su compañero y la barrera se alzó en la oscuridad de la noche. La furgoneta avanzó un par de metros y volvió a detenerse cuando otro de los guardias les cortó el paso.

—¿Qué mierda querrá este ahora? —preguntó Estrada—. A mí no me queda más dinero.

—Esperemos a ver. A mí tampoco me queda ni un dólar… Solo

para la gasolina.

El guardia se acercó lentamente con una sonrisa dibujada en la cara. Sacó una linterna e iluminó el interior.

Tras observar a todos los ocupantes, dijo algo en rumano y les hizo señas para que continuaran. Cuadros obedeció y reemprendió la marcha.

—¿Qué ha dicho? —preguntó Estrada con curiosidad.

—Que realmente están muy buenas.

Estrada respiró aliviado.

Durante casi cuatro horas, circularon por carreteras secundarias, algunas en bastante mal estado, hasta que llegaron a la autopista. Allí Estrada tomó el volante y Cuadros descansó durante tres horas y media. Así fueron turnándose hasta que llegaron a Barcelona, casi veintitrés horas más tarde. Solamente pararon para repostar, comer, cenar y hacer las necesidades.

Cuando estuvieron en Barcelona, fueron directamente a la casa de Cuadros en Hospitalet. Aparcaron la furgoneta en el interior del local y subieron a la primera planta, a la vivienda.

—Que se echen a dormir donde quieran. Mañana será otro día —dijo Cuadros con un cansancio más que evidente—. Yo me voy a dormir.

Desapareció por un pasillo y se escuchó perfectamente como cerraba la puerta.

Estrada intentó decirles a las chicas que se acostasen en el sofá o en el suelo. Estaba demasiado muerto como para intentar hacerse entender. Pensó que la mejor manera era que él mismo se tumbara a dormir, y las chicas le imitarían. Cogió un par de cojines del sofá, los colocó sobre la alfombra y se acostó a descansar.

XVII

El despertador sonó, como cada día, a las seis y media de la mañana, pero no le prestó atención. Cuando volvió a despertarse, Estrada ni recordaba que lo había parado. Miró el reloj, las nueve y media. La luz tenue del invierno entraba tímidamente a través de los estores que colgaban de las amplias ventanas que daban al patio trasero de la nave industrial en la que Cuadros había montado su vivienda. Levantó la cabeza. El silencio era sepulcral, todos dormían. Intentó levantarse sin despertar a nadie.

Consiguió salir del salón y meterse en el baño sin que se percataran de ello, pero cuando salió, se encontró a Cuadros en el pasillo.

—Buenos días, capullín. Estoy molido —aseguró, estirando los brazos por encima de la cabeza. Se metió en el lavabo y, sin cerrar la puerta, subió la tapa del WC y empezó a orinar.

—Tenemos que contactar con el Tío Gilito y decirle que tenemos las chicas.

—Bien. —Tiró de la cadena y bajó la tapa. Fue al lavamanos y abrió el grifo—. Cuando haya hablado con ellas, te las llevas al piso, y desfloráis tres tú y los chicos. Las otras tres para el ricachón.

—Se me ha ocurrido una idea: Se las llevamos todas. Sin probar. Creo que podemos ganar más con esto. A este tipo de gente les suelen gustar niñas sin estrenar, y si le damos seis para que elija… —guardó silencio por un segundo—. Creo que nos lo podemos ganar para más trabajos en el futuro.

—Bueno —prosiguió sin darle mucha importancia—, diles a los chicos que no las toquen. Quizá tengas razón.

—Bien —respondió satisfecho—. Cuando hables con ellas, me las llevo.

Una hora más tarde, Estrada ayudaba a subir a la furgoneta a un grupo de seis chicas bañadas en un mar de lágrimas. Las explicaciones que Cuadros les había dado truncaban los planes que se habían trazado para un futuro mejor que el que le ofrecía su país de nacimiento y, además, las sumía en una realidad con la que jamás se hubieran planteado toparse: la prostitución, la extorsión y el maltrato.

Todo el camino lo pasaron llorando, incluso, al llegar al piso, sus lágrimas continuaban recorriendo sus mejillas sin consuelo.

El Negro y el Muerto esperaban como hienas hambrientas cuando Estrada abrió la puerta del piso de la calle Manteros. Entró en el recibidor y, casi sin darle tiempo a meter las llaves de nuevo en el bolsillo, se abalanzaron sobre las mujeres, que, tímidamente, iban

entrando al piso.

—¡Joder! ¡Cómo están estas hembras! —jadeó Joshua, el Negro.

—Ven, cariñito —dijo Toño, agarrando a una de las chicas por la muñeca—. Ven que te voy a dar lo tuyo.

La cara de la muchacha se transformó de pronto, el miedo se apoderó de ella y empezó a chillar.

—¡Suéltala, coño! —exigió Estrada con autoridad.

—¡Vete a la mierda! —contestó con desprecio.

Estrada le cogió por la muñeca con tanta fuerza que el Negro tuvo que liberar la de la chica. Le retorció el brazo y lo estampó contra la pared del recibidor. El Muerto intentó ayudarle, pero Estrada reaccionó hábilmente y, sin desprenderse de Joshua, le propinó un codazo que le hizo sangrar por la nariz.

—¡Hijo de puta! —se quejó Toño.

Sacó una navaja e intentó clavársela. Estrada continuaba retorciéndole el brazo a Joshua, pero reaccionó rápidamente y de un solo golpe la hizo volar por los aires. El arma cayó a los pies de una de las chicas, que la observó aterrorizada sin saber si cogerla o no.

Joshua y Toño se revolvieron a la vez, como si se hubieran puesto de acuerdo. Toño le propinó un puñetazo a Estrada y Joshua lo agarro por detrás inmovilizándole los brazos, momento en el cual el Muerto aprovechó para propinarle varios golpes más en la cara y el torso. Estrada dio un cabezazo hacia atrás que hizo que el Negro le soltara por el dolor. Le había roto la nariz y sangraba abundantemente. Aprovechó la ocasión y, de un rodillazo propinado en la cara de Toño, lo dejó sin sentido. Cayó hacia atrás como un tronco.

—Estas chicas no se tocan, ¡joder! Son para el Tío Gilito y las quiere limpias —dijo agotado.

—Cabrón —balbuceó Joshua mientras intentaba detener la hemorragia nasal con un pañuelo.

—Largaos de aquí —exigió Estrada, volviendo a abrir la puerta de entrada.

Cogió a Toño por la chaqueta y prácticamente lo lanzó fuera, escaleras abajo. Joshua era más corpulento por lo que, a empujones, lo llevó hasta la puerta y luego, de una patada en el trasero, lo echó del piso. Cerró de un portazo.

La cosa se complicaba. Joshua y Toño iban a ir con el cuento a Cuadros, de eso no había duda. Si Cuadros confiaba en él, la cosa no iría a más, pero si su confianza no era como Estrada pensaba, podría tener muchos problemas. Fue al despacho y sacó su arma reglamentaria del mueble sobre el que había un televisor. Comprobó que tenía toda la munición, la escondió en la parte trasera de su pantalón y volvió con las chicas rápidamente.

Anoushka, la cocinera, acababa de entrar cuando Estrada volvió al

recibidor.

—¿Qué coño es esto? —preguntó con un acento ruso muy marcado—. ¿Es el concurso de Miss Rusia? ¡Cojones!

—Anoushka, tienes que ayudarme, por favor.

—Ayudar, ayudar… Anoushka siempre ayudar a todos —se quejó, frunciendo el ceño.

—Te compensaré, en serio… Por favor… —pidió con una sonrisa en tono de súplica.

La mujer puso los ojos en blanco por un segundo y luego resopló hastiada.

—Está bien, yo ayudar ti.

—Gracias, Anoushka. Tú hablas rumano, por favor, habla con las chicas y tranquilízalas. Enséñales la casa y que se acomoden… —Asintió dándose por vencida.

Empezó a hablarles y las chicas parecieron tranquilizarse un poco. Anouska les enseñó el piso y luego las habitaciones que podían ocupar.

El teléfono de Estrada sonó un par de veces. Lo sacó del bolsillo delantero de sus *jeans* y contestó la llamada.

—Marco.

—Soy Cuadros —dijo en un tono bastante tenso.

—¿Qué ocurre? —preguntó Estrada, aunque ya conocía la respuesta.

—¿Qué ha pasado con el Negro y el Muerto?

—Han intentado sobrepasarse con las chicas.

—¡Joder, Marco! Les has partido la cara a los dos, tronco…

—Me han atacado, Cuadros. Yo solo me he defendido.

Estrada se dio cuenta de que Cuadros había tapado el auricular de su teléfono y estaba hablando con Joshua y Toño.

—Está bien, pero la próxima vez habla conmigo antes de romperle la cara a uno de mis hombres.

—No habrá próxima vez. Si vuelven a intentarlo, les mataré. A los dos —afirmó rotundo.

—Joder, tío, ¡qué radical eres!

—Lo siento, soy así. No permito que nadie me amenace, y mucho menos que me ataque. Soy tu hombre aquí, ¿no es cierto?

Cuadros esperó un segundo antes de contestar

—Sí, sí lo eres —respondió convencido.

—En ese caso, no hay más que hablar. Esta tarde llevaré a las niñas al Tío Gilito, ¿me acompañas?

—¡Naturalmente! —dijo con cierto tono de entusiasmo en la voz.

—Pues a las cuatro de la tarde.

—¿Tienes hora? ¿Cómo has contactado con él?

Estrada dudó por un momento.

—Ambrosio me dio una tarjeta antes de irnos.
—¿Quién?
—El mayordomo, hombre…
—Ah, ya… El estirado…
—El mismo… —recordó Estrada divertido.
—A las cuatro estaré en el piso.
—Tres y cuarto, a las cuatro hay que estar en su casa.
—¡Joder! Ya pareces un lugarteniente —bromeó.
—Algún día, Cuadros, algún día…
Ambos rieron.
—Hasta las tres y cuarto.
—Hasta luego.
Estrada cortó la comunicación y resopló aliviado.
—Las tienes a todas locas —dijo Anouska, que apareció de la nada.
—¿Qué ocurre ahora? —preguntó hastiado—. ¿Qué quieres decir con lo de locas?
—Lo que he dicho: locas.
Empezó a andar hacia la cocina.
—Espera, Anoushka. Tengo que llevármelas a las tres y cuarto. ¿Puedes darles de comer antes?
La mujer miró hacia el techo y puso los ojos en blanco de nuevo.
—Harta me tenéis todos en esta casa de putas —dijo, marcando las erres de forma exagerada.

Cuando llegó Cuadros, las chicas esperaban en la furgoneta desde hacía unos diez minutos aproximadamente.
No sabían adónde se dirigían y estaban bastante agitadas por la incertidumbre de su futuro.
—¿Vamos? —dijo Cuadros al llegar.
—Conduce tú —pidió Estrada—. Yo no recuerdo el camino.
Cuadros asintió en silencio y se sentó en el asiento del conductor. Estrada se situó en el del acompañante y cerró la puerta con energía. Las chicas estaban calladas o hablaban en susurros, como si no quisieran ser descubiertas.
Media hora más tarde, se encontraban ante la puerta de la mansión del Tío Gilito esperando a que el mayordomo, al que habían rebautizado con el nombre de Ambrosio, por el protagonista de un famoso anuncio de un detergente, abriera la puerta del *parking*.
Como en la anterior visita, hizo sonar el claxon dos veces, esperó y volvió a hacerlo sonar dos veces más. La gran puerta blanca se elevó lentamente, y cuando estaba totalmente plegada en la parte interior del techo del garaje, la furgoneta entró despacio y se detuvo a unos treinta centímetros de la pared. Herminio, el mayordomo, les esperaba impasible junto a la puerta que conducía al *hall* del ascensor.

—¡Hombre, Ambrosio! Me alegro de verte —saludó Cuadros—. Tú tan expresivo como siempre —bromeó.

—Señor Cuadros, señor Falcó, si son tan amables de acompañarme. Las señoritas también —pidió sin mover más músculos faciales que los necesarios.

Abrió la puerta que daba al *hall* del ascensor y entró. Tras el mayordomo, pasó Cuadros, luego las chicas y después Estrada, cerrando la comitiva.

—Creo que no vamos a caber todos en el ascensor —observó Estrada.

—Eso me temo, señor Falcó. Creo que será mejor hacer varios viajes.

Estrada asintió en silencio, Herminio introdujo la llave en el pulsador y la giró a la derecha. El ascensor apareció en menos de un minuto. Las puertas se abrieron automáticamente y Cuadros entró el primero.

—Subid —indicó a tres de las chicas.

Cuando estuvieron dentro, el mayordomo le dio a un botón y estas se cerraron de nuevo. El elevador desapareció hacia el piso superior.

—¿Está el señor preparado?

—Supongo que sí, señor. Ha venido acompañado.

—¿Acompañado? —se extrañó Estrada.

—Sí, señor. Ha venido acompañado por varias personas.

El ascensor volvió a bajar y las puertas se abrieron de nuevo. Las tres chicas que se habían quedado con Estrada subieron y luego lo hizo él.

—¿No sube, Herminio?

—Iré andando, señor. El ascensor está preparado para un máximo de cuatro personas.

Estrada levantó el pulgar. El mayordomo cerró las puertas y se puso en marcha de nuevo.

Nada parecía haber cambiado respecto a la última vez que estuvo allí. Todo continuaba siendo minimalista y estaba perfectamente limpio y ordenado. Las tres chicas que habían subido con Cuadros se encontraban sentadas en el sofá *chester*.

Estrada indicó a las que lo hicieron en el ascensor con él que fueran a sentarse junto a las otras mujeres.

—Señor Cuadros, Señor Falcó, veo que han cumplido con creces con mi petición.

—¡Coño! No me había dado cuenta de que estaba usted ahí —dijo Cuadros sobresaltado.

—Le hemos traído seis chicas para que pueda elegir las tres que más le gusten —informó Estrada al reconocer la voz de Contreras tras el foco de luz del escritorio.

—Me parece una idea magnífica. Este tipo de cosas son las que suelen tener recompensa. Siéntense, por favor.

—Se me ocurrió a mí —se apresuró a afirmar Cuadros mientras se acercaba al escritorio en el que estaba Contreras interpretando su papel de Tío Gilito.

—Me alegro. Sus jefes deben estar contentos con su trabajo.

—Yo soy mi jefe —aseguró desafiante.

—Vaya… No lo sabía. Entonces, es usted quien se encarga de toda la organización —dijo protegido por la luz de sobremesa, que apuntaba hacia delante.

—Tengo a gente de confianza que me ayuda.

—Eso está bien. Rodearse de personas de confianza es primordial para los negocios.

Una pequeña nube apareció de la nada y lo invadió todo. El olor a tabaco de pipa fue casi instantáneo.

—¿Qué le parecen las chicas, señor…?

—Son todas preciosas. Mucho más de lo que yo esperaba —dijo, eludiendo contestar.

—Bien, entonces…, ¿con cuántas se queda?

Contreras guardó silencio por un momento.

—Hágame un precio por todas ellas.

—¿Se las va a quedar todas? —preguntó sorprendido.

—Di que sí —susurró Estrada, que acababa de sentarse a su lado.

—Cincuenta mil por cada una… —respondió, pensando en voz alta—, trescientas mil. Ese es el precio que acordamos.

—Bien. Entonces, ¿tenemos trato?

—Lo tenemos —respondió solemne. Se levantó y le tendió la mano.

Contreras se puso en pie y miró a Estrada con complicidad.

—Señor Miguel Cuadros, queda usted detenido por proxenetismo, trata de blancas, intimidación, abuso de superioridad y retención ilegal.

Cuadros se quedó paralizado, sin saber qué hacer ni qué decir. Miró a Estrada estupefacto mientras poco a poco su tez se tornaba más y más blanquecina.

Estrada buscó en el bolsillo trasero de su pantalón y le mostró con orgullo su placa policial.

—¿Eres…? ¿Eres policía? —tartamudeó.

—Así es, Cuadros.

—Y… supongo que tu nombre no es Marco Falcó.

—No. Marco Falcó es mi nombre de infiltrado. Soy el cabo Fermín Estrada de los Mossos d´Esquadra. Esta operación se ha llevado a cabo con la colaboración de la Policía Nacional española y la Gendarmería rumana. Ahora mismo deben estar deteniendo a tu amigo Barbarros y a toda la cuadrilla.

—Hijo de puta… —dijo con la voz apagada.

—Viniendo de ti… —rio—, eso es casi un halago.

Entraron en la habitación varios agentes, tanto de paisano como de uniforme. Unos atendieron a las chicas, las identificaron y luego las llevaron bajo custodia.

Los insultos que Cuadros le dedicó a Estrada se iban apagando a medida que el ascensor bajaba con él y los policías que le custodiaban.

CAPÍTULO SÉPTIMO

XVIII

Fermín Estrada llevaba mucho tiempo sin dormir en su propia cama. El mismo que hacía que no estaba junto a Natalia, su novia, unos dos meses desde una visita fugaz de menos de veinticuatro horas. Reyes le dijo que se tomara los siguientes días de fiesta, porque se lo había ganado a pulso, pero Estrada, como era habitual en él, solamente descansó un día.

Un día, no obstante, que aprovechó al máximo. Hizo el amor varias veces con Natalia, salieron juntos a comer y encargó un anillo de compromiso que le daría en una cena romántica aquella misma noche.

Pero un día fue el máximo espacio de tiempo que pudo resistir sin volver a su trabajo. Al día siguiente, cuando sonó el despertador a las seis y media de la mañana, de un brinco saltó de la cama y se dirigió a la ducha.

Una hora más tarde, estaba sentado en el despacho de Gonzalo Reyes esperando a que llegara.

—¡Joder, Estrada! Te dije que te tomaras unos días —dijo Reyes al entrar en su despacho y ver a Estrada sentado en una de las sillas que había frente a su escritorio.

—Vamos, Gonzalo, con la que hay aquí liada…

—Vete a casa, Fermín. Natalia lleva sin ti mucho tiempo. —Dio la vuelta al escritorio y se sentó en su sillón.

—Vamos, Gonzalo, no me jodas… Quiero interrogar a Cuadros.

—Es un caso de trata de blancas y prostitución, sabes que no puedes hacerlo sin la secretaria judicial —afirmó mientras ordenaba unos papeles en el escritorio

—¿Y cuándo va a venir?

—Vino ayer.

—Joder, Gonzalo… ¿Y por qué no me llamaste?

—Sal… Sal de mi despacho y vete a casa —insistió, señalando la puerta con el dedo índice.

—Vamos, Gonzalo… ¿Qué hay de los otros?, ¿del Negro y el Muerto?

—Los están buscando.

—¡No me jodas que andan sueltos! —exclamó con temor.

—No por mucho tiempo.

—¡Mierda! ¡Joder! —se quejó en voz alta mientras se ponía en pie.

—Vete a casa, Fermín. Vete a casa y cuida de tu chica.

Estrada asintió en silencio y se marchó.

Bajó a la armería y pidió munición extra para su arma

reglamentaria. Luego, volvió a su piso. Natalia aún estaba en la cama.

—¿Adónde has ido?

—A la comisaría.

—¿Para qué? ¿Y por qué has vuelto?

—Gonzalo me ha echado.

—¿Cómo es eso? —preguntó reincorporándose.

—Dice que tengo que estar de vacaciones.

Prefirió no contarle nada de la conversación que había tenido con su jefe sobre el Muerto y el Negro. No quiso preocuparla.

—Es que es lo que debes hacer: quedarte en casa conmigo —afirmó con una amplia sonrisa.

—Creo que tienes razón.

—Podríamos ir al parque de atracciones.

—¿A cuál? A Montjuïch, por supuesto. El Tibidabo me han dicho que es un asco.

—Bueno…, siempre ha sido mejor Montjuïch.

—¿Vamos? —preguntó con cara de niña buena—. ¿Sí? —añadió con ojos de cachorrilla.

—Vamos —afirmó con una amplia sonrisa, como el que concede un deseo.

Natalia saltó de la cama completamente desnuda y se metió en el baño.

—Salgo enseguida —prometió antes de cerrar la puerta.

Estrada sabía que había para rato. Fue a la sala y puso en marcha el televisor.

Tiempo más tarde, que a Estrada le pareció una eternidad, Natalia apareció en la sala.

—¿Nos vamos? —preguntó con una amplia sonrisa llena de ilusión.

Estrada se quedó boquiabierto al verla.

—¿A la cama? —insinuó, intentando ser gracioso.

—No, tonto, al parque de atracciones.

Se levantó y la cogió de la mano. Miró el anillo de compromiso que le había regalado la noche anterior. El brillante parecía aún más luminoso en su blanquecina mano.

—Así me gusta, que lo lleves siempre.

—Nunca me lo voy a quitar —aseguró con una sonrisa que dibujaba ilusión en su rostro.

Estrada se acercó y la besó suavemente en los labios.

—Vamos, Fermín, o no saldremos nunca —advirtió la chica divertida.

—Tienes razón.

La cogió de la mano y salieron del apartamento. Tomaron un autobús urbano que les llevó a la plaza España y allí el 61, que les subió hasta la montaña de Montjuïch, donde se encontraba el parque

de atracciones. La parada estaba a pocos metros de la puerta de entrada, junto a un monumento dedicado a la sardana.

Tras pagar las entradas, dos mil pesetas cada uno, Natalia quiso ir a la casa magnética, de la que les costó salir un buen rato; luego, a la calle del terror; al Zig-Zag, y luego a la Noriavisión, desde la que se pudo hacer una idea de lo grande que era Barcelona.

Comieron unos bocadillos en el bar La Ballena, un simpático local con la forma de este cetáceo, y más tarde estuvieron paseando por la zona infantil cogidos de la mano, como dos enamorados que solamente tenían ante ellos un futuro prometedor juntos.

—¿Te gustan los niños? —preguntó Natalia frente la atracción de los helicópteros.

—Sí, me gustan —respondió Estrada mientras observaba como aquella máquina mareaba a los chiquillos arriba y abajo mientras daba vueltas.

—Menos mal… —dijo con timidez—, porque… estoy embarazada —dijo, temiendo su respuesta.

—¿En serio? —preguntó Estrada con una amplia sonrisa—. ¿De verdad? —preguntó, elevando el tono de voz.

—Sí. Estoy de dos meses.

Estrada la abrazó con ternura y se besaron en los labios.

—¡Vayan a besarse a otro lado! ¡Aquí hay niños! —se quejó una señora un tanto estirada.

Se miraron a los ojos y sonrieron con complicidad.

—Sí, señora, aquí hay niños —le respondió Estrada.

Continuaron paseando y disfrutando de las atracciones hasta que se hizo de noche. Estrada intentó recordar cuándo había sentido tanta felicidad, pero no acertaba a dar con ningún episodio de su vida que se acercara lo más mínimo. Ni siquiera el día de la graduación en la academia de policía le había producido tal dicha.

Cuando miraba a Natalia, veía en ella a la mujer de su vida. No le importó su pasado, menos aún cuando no había sido decisión propia el camino que la vida le había deparado. ¡Iba a ser padre! ¿Había algo más grande en el mundo?

Volvieron a casa de madrugada. Tomaron el bus 61, que les llevó de la entrada del parque hasta la plaza de España y luego uno urbano que les dejó a tres o cuatro manzanas de su casa. Era invierno, pero aquel viernes hacía una noche magnífica. Apenas había gente por las calles. Todo estaba en silencio. Un silencio roto solamente por el sonido de los zapatos de tacón de Natalia, que parecían marcar el paso en un ritmo casi perfecto.

El sonido del motor de una moto que se acercaba alertó a Estrada. Miró hacia atrás un par de veces hasta que Natalia notó su

nerviosismo.

—¿Qué te ocurre? Pareces tenso.

—No… —intentó disimular—, siempre hay que estar alerta —dijo, procurando quitarle hierro al asunto cuando la moto pasó a su lado.

Continuaron caminando agarrados de la mano. Natalia le cogió por la cintura y apoyó la cabeza en su hombro. Estrada acarició su pelo.

Una nueva moto parecía acercarse.

—Tranquilo —dijo, atrayéndolo por la cintura.

—Creo que tienes razón —dijo, intentando relajar la tensión de su cuerpo.

El ruido del motor continuó acercándose, pero Estrada decidió no prestarle atención. Quizá Natalia tenía razón y estaba obsesionándose. La moto, una Yamaha Special, llegó a su altura y ralentizó la marcha hasta el punto de circular casi a la misma velocidad en la que Natalia y Estrada caminaban por la acera. Estrada miró de reojo justo cuando llegaron al paso de peatones.

—¡Marco! —gritó uno de los dos ocupantes del vehículo.

Estrada lo miró de frente y reconoció al Negro. Intentó apartar a Natalia, que caminaba en el lado de la calzada, pero ya era demasiado tarde. Un destello junto a su mano y casi instantáneamente Natalia se desplomó.

Un par de disparos más erraron su objetivo. Estrada sacó su arma y disparó varias veces. Dos disparos acertaron al tirador, un disparo en un brazo y otro en el hombro. El conductor aceleró bruscamente y el Negro cayó de espaldas sobre el asfalto. Echó un vistazo a Natalia, estaba inmóvil sobre la acera. Sacó el teléfono móvil y llamó a una ambulancia. Se quedó junto a la chica sin perder de vista al Negro, que continuaba tumbado boca arriba sobre el asfalto.

—Tengo frío —balbuceó con un hilo de voz.

—Aguanta, cariño —dijo, cogiendo su mano. El disparo la había alcanzado en el estómago. Estrada se quitó la chaqueta, abrió la blusa de Natalia e intentó taponar la herida con fuerza, como le habían enseñado en la academia.

Natalia se quejó. Le dolía. Una lágrima salió de su ojo derecho y se perdió en el pelo, por encima de la oreja.

—Me duele mucho —repitió de forma casi inaudible.

—Ya viene la ambulancia —aseguró Estrada.

Una mujer se acercó a ellos.

—Señor, puedo ayudarles, soy enfermera en el Clínico.

Estrada miró hacia arriba y vio una mujer de unos cuarenta y cinco o cincuenta años. El pijama médico se entreveía debajo del abrigo. Vio la pistola de Estrada en el cinto y se asustó.

—Tranquila, soy policía. —Sacó la placa y se la mostró para que se relajara.

La mujer asintió en silencio.

—Ya la atiendo yo, vaya a ver cómo está el otro.

—Gracias. He llamado a una ambulancia, no tardará en llegar.

—Tranquilo, estaré con ella, vaya.

Se levantó y fue a ver al Negro. Le puso la mano en el cuello y buscó la arteria carótida. Tenía pulso. Un coche se acercaba lentamente. Estrada levantó la mano para que se detuviera y se acercó por el lado del conductor.

—Hay un hombre herido. No puede pasar. —Mostró su placa policial—. Si quiere, puede dar marcha atrás e ir por otra calle.

—Es que tengo que entrar en aquel *parking* —dijo, señalando hacia una entrada de garaje.

—En ese caso, espere aquí. Ponga los cuatro intermitentes y no apague las luces de posición.

El hombre resopló.

—Está bien —aceptó a regañadientes. Apagó el motor y conectó los cuatro intermitentes.

Estrada volvió junto al Negro. Acababa de abrir los ojos.

—No te muevas, hijo de puta. ¡Date la vuelta! —exclamó. El Negro se revolvió—. Dame una razón, dame una puta excusa para pegarte un tiro.

Lo giró de golpe y lo esposó. Luego lo levantó y lo llevó donde estaba Natalia. El coche que esperaba se marchó.

—Esta mujer está muy mal —dijo la enfermera cuando Estrada llegó con el detenido.

Las luces de una ambulancia invadieron la calle. El vehículo se acercó lentamente y se detuvo junto a ellos. Bajaron tres sanitarios.

—Al suelo, y ¡quieto o te reviento! —gritó Estrada al detenido.

Se arrodilló junto a Natalia. Había perdido el conocimiento.

Llegaron los sanitarios.

—Soy enfermera. Se ha desmayado hará unos cinco minutos. Herida de bala en el abdomen.

—Está embarazada —informó Estrada casi en un sollozo—, de dos… de dos meses.

—Nos encargamos nosotros.

Un coche patrulla de la policía accedió contra dirección y, subiendo por el paso de peatones, se detuvo sobre la acera. Bajaron dos agentes.

—Fermín Estrada —dijo, mostrándoles la placa identificativa—. Llevaros a esta escoria.

—¿Tenemos la identificación de la mujer?

—Es mi novia —dijo con la voz rota.

Cuando Estrada volvió junto a Natalia, ya la habían acomodado en una camilla y la estaban introduciendo en la ambulancia.

—Voy con ustedes.

—¿Es usted familia?

—Soy su novio.

—Está bien, suba delante —dijo uno de los enfermeros.

Estrada asintió sin decir nada y subió a la parte delantera. La cabina tenía tres asientos, pero solamente estaba ocupado el del conductor. De pronto, se abrió la ventanilla corredera que separaba la cabina de la zona sanitaria.

—Vámonos, Juan.

—¿Adónde?

—Al Clínico.

El conductor encendió el motor y emprendió la marcha. Cuando llevaban diez minutos de viaje, la ventanilla interior volvió a abrirse.

—Juan, acelera, se nos va.

El conductor aceleró.

—¿Qué le ocurre? ¿Cómo está Natalia?

—Está grave, tenemos que llegar cuanto antes al hospital.

Volvió a cerrar la ventanilla interior.

—¡Dios mío, no me la quites! —exclamó, tapándose la cara con ambas manos.

—Todo saldrá bien, no se preocupe. Enseguida llegamos, estamos a una calle —dijo el conductor, intentando que no se desesperara.

La ambulancia bajó por la rampa que llevaba a Urgencias y se detuvo justo enfrente de la puerta.

Juan, el conductor y Estrada se apearon. Fueron a la parte trasera. Las puertas de la ambulancia ya estaban abiertas y el auxiliar y el doctor sacaban a Natalia. Dirigieron la camilla hacia la entrada y accedieron al hospital empujándola a toda velocidad. Se les unieron varios sanitarios.

—Mujer blanca, treinta años, traumatismo abdominal por impacto de bala de calibre desconocido. Está embarazada de seis semanas.

—Una nueve milímetros —dijo Estrada espontáneamente.

—¿Cómo lo sabe? ¿Usted quién es? —quiso saber uno de los sanitarios

—Soy policía y el novio de la mujer.

—Bien, muchas gracias por la información.

Llegaron a una puerta abatible sobre la que había un cartel que anunciaba los quirófanos.

Estrada siguió a la comitiva hasta que le impidieron entrar.

—Debe esperar aquí. No puede pasar a los quirófanos. Es zona estéril, lo siento.

Asintió a regañadientes.

Al cabo de media hora, llegaron Contreras, Morales y Vila. Reyes lo hizo diez minutos después y Lola, su hermana, media hora más tarde. Nadie sabía qué decir. El solo hecho de estar a su lado le valió a

Estrada para sentirse arropado. Eran sus amigos, eran su familia.

Tres horas después de haber entrado en el quirófano, salió un hombre alto vestido con un pijama médico de color verde.

—Familiares de Natalia Ceban.

Estrada se levantó como un rayo y se acercó al doctor.

—Yo… Yo soy su novio. Fermín Estrada. Soy toda la familia que tiene aquí. ¿Cómo se encuentra? ¿Está bien?

—Señor Estrada…, lamento comunicarle que Natalia ha fallecido hace unos minutos. Hemos hecho todo lo posible por salvarle la vida, pero las heridas internas eran demasiado importantes e incompatibles con la vida. La bala entró por el cuadrante superior derecho atravesando el hígado. Rebotó en la columna vertebral y se diseminó en varios trozos perforando el estómago, páncreas y el riñón izquierdo. La pérdida de sangre ha sido masiva y le ha producido varias paradas cardiorrespiratorias. Se recuperó dos veces, sin embargo, la tercera ha sido imposible. La hemos estado reanimando durante cuarenta y cinco minutos, pero, lamentablemente, no ha podido ser.

Estrada asintió con la cabeza y se derrumbó. Contreras y Morales lo cogieron por ambos brazos y le ayudaron a sentarse en una de las sillas unidas entre sí que había pegadas en la pared. Las lágrimas brotaban de sus ojos recorriendo sus mejillas sin cesar.

—Natalia —sollozó con gran dolor.

—Fermín…, lo siento mucho… —dijo Lola.

Morales y Vila se sentaron en las sillas que había a cada lado. Reyes se arrodilló ante él y le cogió la cara con ambas manos. Luego apoyó la cabeza en la suya.

—Lo va a pagar caro, Fermín.

—No lo suficiente.

—Lo sé. Sé que ningún castigo será suficiente y que nada hará volver a Natalia… —hizo una pausa para tragar saliva—. Es un claro atentado contra la autoridad. Lo juzgarán por terrorismo. Sé que no te va a valer de nada, pero le va a caer una buena.

—Hay que pillar al Muerto… El Muerto es el que conducía la moto.

Reyes asintió en silencio.

—Daremos con él, voy a poner todas las patrullas en alerta.

—Disculpen, señores… —dijo el doctor—. Señor Estrada, el cuerpo estará a disposición de la familia mañana por la mañana.

Estrada levantó la mirada y asintió un par de veces en silencio.

—Bien… —Giró sobre sus pies y entró de nuevo en la zona de quirófanos.

Vila se levantó de la silla y dejó que Lola se sentara junto a su hermano.

XIX

Al funeral acudió mucha gente.

Estrada estuvo toda la ceremonia ausente, con la mirada perdida en el infinito y la mente quién sabe dónde. Las exequias las ofició su padre, pastor metodista. Cuando terminó el oficio, Estrada acompañó a los padres de Natalia al aeropuerto, se despidió del cadáver de su novia, antes de que lo introdujeran en la bodega del Boing 737, y les prometió que terminaría por meter en la cárcel a todos los que estuvieran implicados en la muerte de su hija.

Luego fue directamente a la comisaría.

Mientras conducía el coche, sintió que algo dentro de él había cambiado para siempre. Una parte de Fermín Estrada había muerto con Natalia y sería enterrado junto a su cuerpo.

Aparcó en la calle y subió directamente al despacho de Reyes, en el que entró sin llamar.

—Fermín, ¿cómo ha ido con los padres de Natalia?

—Bien —contestó secamente—. ¿Qué tienes? ¿Qué has podido averiguar del paradero del Muerto?

—No gran cosa. A esas horas, la gente está durmiendo.

—¿Hay imágenes de alguna cámara de tráfico? Hay un banco en la esquina, ¿has podido solicitar las imágenes?

—Aún no, Fermín. Ahora las solicitaré.

—¿Y la enfermera que vino a ayudarnos? ¿Ha declarado ya?

—Sí, pero no ha podido aportar demasiado. Cuando llegó, todo había ocurrido ya. Básicamente, ha corroborado tu actuación y la detención del Negro.

—¿Ningún vecino vio nada? Creo recordar que había algunas ventanas con luces.

—No lo hemos comprobado…, pero…

—Lo haré yo mismo. En esa calle hay varias comunidades con porteros, quizá algún vecino les haya comentado algo.

Miró a Reyes directamente a los ojos esperando su aprobación.

—Tienes vía libre, pero no hagas que me arrepienta. Es un caso que te afecta directamente y tendría que mantenerte alejado.

—¿Y a quién le asignarías el caso?

—Vamos, Fermín, no me toques las pelotas.

—No me las toques tú a mí, joder… Han matado a mi novia…, han matado a mi hijo… —dijo con gran tristeza.

—Lo sé… —admitió pensativo.

—Disculpa… No sé qué me pasa.

—Yo sí lo sé. No tienes que pedirme disculpas, Fermín. Soy tu amigo… Por lo menos, quiero pensar que lo soy para ti, porque tú para mí lo eres.

—Lo eres —respondió de forma áspera.

—Venga, vete ya. A ver si tienes suerte y alguien ha visto algo.

Asintió en silencio y salió del despacho. Cuando bajaba por las escaleras que llevaban a la calle, un par de agentes le dieron el pésame. Al llegar a la planta baja, antes de salir a la zona en la que estaba el público, algunos compañeros empezaron a aplaudir espontáneamente. Se le unieron dos más, y luego el resto de los presentes. Se levantaron de sus sillas y dejaron por un momento lo que estaban haciendo para rendirle una especie de homenaje improvisado.

Estrada no supo qué decir, y los aplausos se alargaban más de lo que le hubiera gustado. Levantó una mano a modo de saludo y agradecimiento a todos y salió al *hall* de la entrada. De ahí a la calle y a su Peugeot 205, que cada día estaba más destartalado. Se sentó en el asiento del conductor y un recuerdo de Natalia cruzó su mente. No pudo contener las lágrimas. Intentó sobreponerse y una idea ocupó de lleno el sentimiento de pena que en aquel momento le invadía. ¿Para qué iba a ir a hablar con los porteros? ¿Qué era lo que podía obtener de ellos? ¿Que un vecino le contara que había visto el tiroteo? ¿Y qué? Eso solamente corroboraría más aún si cabe su versión, pero no le llevaría a ninguna pista que le permitiera atrapar al Muerto.

Giró la llave del contacto y el motor rugió con timidez. Aceleró un par de veces y pareció recuperar su fuerza.

Media hora más tarde, aparcaba en el paseo del Borne. Echó una mirada al balcón del piso en el que había estado viviendo, ahora precintado, y salió del coche. Ojeó el paseo arriba y abajo. No vio a nadie conocido. A aquella hora, las putas solían estar durmiendo o, como mucho, desayunando en el bar Reynolds, un tugurio maloliente e insalubre en el número cuatro de la calle del Arco.

Se encaminó con paso decidido. No tenía tiempo que perder. Cuando llegó, la puerta estaba cerrada. Era un viejo portón de madera que podía tener perfectamente doscientos años. Dio un par de fuertes golpes con el puño cerrado y esperó. Nadie contestó. Volvió a repetir los golpes y volvió a esperar.

La puerta se abrió lentamente.

—¿Qué quieres?

—Desayunar, como todos.

—Yo te conozco. Tú eres el de Manteros.

—Ese soy yo.

—Pasa —dijo el mesero, que tenía casi tantos años como la puerta.

Entró y bajó las escaleras de piedra que llevaban al interior de

aquel tugurio. Una mesa larga, de unos diez metros, ocupaba casi todo el fondo del local y, en la pared opuesta, tres mesas con cinco sillas cada una.

—¿Qué quieres tomar? —preguntó el anciano.

—Un café solo y un cruasán.

—¡Un cruasán! —exclamó burlesco—. ¿Crees que estás en la granja Dulcinea de Petritxol? Aquí un bocadillo de tortilla de patatas, chistorras, calamares…

—Está bien, viejo, póngame un bocadillo de chistorra. Con tomate.

—¿De beber?

—Un KAS de limón.

Se sentó en la primera mesa del grupo de tres. Desde ahí veía las otras y estaba cerca de la puerta. Cuando la vista se acostumbró a la semipenumbra del local, observó con atención.

No había muchos clientes. En la mesa larga, en el extremo más al fondo del local, un tipo dormía la mona de la noche anterior con la cabeza reposando sobre los brazos. Una prostituta intentaba, desde que entró en el bar, sacarse de encima un cliente que no comprendía que el servicio había terminado. Estrada pensó que era una oportunidad para acercarse a la mujer e intentar sacarle información.

Se levantó de la silla y fue hacia ellos, que estaban en la mesa de enfrente.

—¿No has oído a la señorita?

—¿Tú quién eres? ¿Su niñera? —preguntó el hombre desafiante.

—No. Soy tu dolor de cabeza. —Lo cogió por la parte trasera del cráneo y lo estampó contra la mesa. Luego lo asió por la camisa y, como si no pesara nada, lo levantó de la silla y lo lanzó contra el suelo del pasillo.

El hombre se levantó e intentó atizarle un puñetazo, que Estrada esquivó fácilmente. Le propinó un golpe en el estómago que lo dejó sin respiración por unos segundos. Aprovechó que estaba fuera de combate para abrir la puerta de entrada, lo cogió por la camisa y lo echó fuera. Volvió a cerrarla y se sentó en su silla. El mesero acababa de traerle el bocadillo y la bebida.

—Gracias —dijo la mujer desde su asiento.

—No hay de qué —respondió Estrada, intentando parecer apático.

La mujer se giró y dio un sorbo a su bebida. No pasaron ni un par de segundos cuando volvió a girarse hacia Estrada.

—Tú eres el chulo de Carla, ¿verdad?

—Lo fui. Carla ya no es puta.

—Sí…, eso me han contado.

—¿Quién te lo ha contado?

—Por aquí todo se sabe. También me han contado que había un topo.

—¿Un topo? —repitió, frunciendo el ceño.

—Un… Un traidor. ¿No se dice así?

—Y eso, ¿quién te lo ha contado?

—¿Te importa que te acompañe? —preguntó, mostrando una de sus mejores sonrisas, que dejó ver unos dientes blancos y bien colocados, excepto los colmillos superiores, que parecían más largos de lo normal.

—Siéntate —respondió Estrada, mostrándole la silla que tenía enfrente.

La muchacha, que no tendría más de veinte o veintidós años, cogió la taza y el plato que había en su mesa y lo puso en la que ocupaba Estrada.

—Me llamo María.

—Hola, María. Yo soy… Estrada. Soy el topo.

La muchacha se quedó como paralizada por un momento.

—Vaya…

—Tranquila, solamente necesito información. No te voy a meter en problemas.

—Bueno…, eso no es que me tranquilice mucho, pero… —dijo de forma resuelta.

—Solo quiero información. Estoy buscando a un hombre. Su nombre es Toño, pero le llaman el Muerto.

—He oído hablar de él, pero no le conozco.

—¿Quién crees que puede conocerle?

María dudó si responder o no.

—Fedora, la que estaba contigo.

—¿Cómo sabes que Fedora estaba conmigo? —preguntó sorprendido.

—Ya te he dicho que por aquí todo el mundo lo sabe todo de todos.

Estrada conocía a Fedora. Ni en una sala de interrogatorios y bajo presión delataría a ninguno de los hombres de Cuadros, le era demasiado fiel. Estaba demasiado pillada por Cuadros.

—¿No hay nadie más? ¿Sabes si tiene alguna novia?

—Hay una chica a la que visita con frecuencia, pero no sé si es su novia.

—¿Cómo sabes que la visita con frecuencia?

—Los viernes por la tarde hago un servicio fijo a las cinco. Suelo llegar antes y espero en un paseo.

—¿En qué zona es? ¿En qué calle?

—En la calle Entenza, por encima de José Tarradellas.

—La antigua Infanta Carlota.

—¿Infanta qué?

—Es como se llamaba esa avenida antes…

—Ah…, no lo sabía —dijo sin darle mucha importancia.

—¿Y en esa calle está tu cliente?

—Sí. Desde hace cuatro años.

—Bien, y su supuesta chica, ¿dónde vive?

—En la portería de al lado.

—¿Y él sube a verla?

—No, las veces que yo le he visto, ha entrado en el portal y ha hablado con el portero. Luego ha vuelto a salir y al poco rato ha bajado la chica.

—¿La conoces? ¿Has hablado alguna vez con ella?

—No, nunca.

—¿Cómo es?

—¿Físicamente? No muy alta, morena, ojos oscuros…

—Nada del otro mundo.

—No, es muy guapa. Es delgada y viste bien.

—¿Ropa elegante?

—Más bien, ropa cara.

—Esa zona me parece que es de niños bien.

—No lo sé, solo conozco a mi cliente; voy, hago mi servicio y me marcho.

—¿Y por qué un cliente fijo?

—Para mí es un ingreso semanal fijo. Yo no tengo chulo, voy por libre. Fue una suerte dar con él —dijo satisfecha.

—¿Qué número de portal es?

—Es un edificio de Nuñez y Navarro, yo voy al 242. El de al lado debe ser el 240. Me siento en un banco del paseo mientras espero a que sea la hora. A mi cliente le gusta que entre en su casa siempre a la misma hora. Entonces es cuando lo veo.

—¿Y nunca has hablado con él?

—No, yo sé quien es él, pero él no me conoce. Y prefiero que siga así, si no, me va a obligar a trabajar para él.

Estrada asintió en silencio.

—¿Este viernes irás?

—¡Naturalmente! No voy a dejarme perder ese dinero.

—¿A qué hora vas?

—A las seis y media.

—¿Y él está allí a esa hora?

—Normalmente, sí.

La madrugada del jueves al viernes había llovido. Las calles aún estaban mojadas y hacía frío. Estrada buscó en el armario donde guardaba la ropa de invierno y sacó una vieja gabardina que no usaba desde hacía años. Complementó su atuendo con un sombrero *trilby* que le regaló Natalia la Navidad pasada.

El apartamento que compartió con Natalia estaba demasiado vacío y silencioso. Conectó el televisor, pero, tras hacer un par de repasos

por todos los canales, no encontró nada que le apeteciera ver y volvió a apagarlo. Fue a comprar al supermercado, la nevera estaba prácticamente vacía y necesitaba llenarla si no quería pasar hambre, aunque el apetito no era algo que le quitara el sueño, era el recuerdo de Natalia el que no le dejaba dormir y le atormentaba noche tras noche.

Cuando faltaban diez minutos para las seis y media de la tarde, Estrada caminaba con paso resuelto por la calle Entenza, camino del número 242.

Un hombre le adelantó con paso rápido. Era el Muerto, pero no le reconoció. A Estrada se le revolvió el estómago. Le siguió con la mirada y vio cómo entraba en el portal que le había dicho María. Sacó el teléfono móvil y avisó a Reyes de que iba a detener al objetivo.

Debía realizar la detención antes de que la chica apareciera. El Muerto volvió a salir del portal. El portero la habría avisado y no tardaría mucho en bajar. Miró el portal de al lado. María estaba sentada en el banco como le dijo que hacía todos los viernes.

Se acercó a él rápidamente por detrás.

—¡Muerto! —gritó Estrada.

—Marco… O como mierda te llames.

Estrada desenfundó su arma, pero era consciente de que había demasiada gente para utilizarla. El Muerto también lo sabía; había niños en un parque cercano, abuelos jugando a la petanca en unas pistas a menos de quince metros y gente que caminaba por la acera.

—Tírate al suelo. ¡Ahora! —ordenó.

El Muerto echó a correr calle arriba y giró la esquina rápidamente.

—¡Joder! Odio que me hagan correr —dijo para sí.

Salió tras él en el mismo momento en el que una joven de unos veinte años aparecía en el portal. Giró la esquina. El Muerto ya estaba casi al final de la calle. Apretó el paso, y cuando lo vio doblar por José Tarradellas, sacó el teléfono móvil y llamó a Reyes.

—Gonzalo, voy tras el Muerto —dijo jadeando—, mándame ayuda. Ha huido. Le estoy persiguiendo por José Tarradellas. —Colgó sin esperar respuesta.

El Muerto giró otra vez por Entenza y enfiló por el lateral. Estrada fue por la parte central del paseo. La hilera de arbustos que separaba la acera del paseo central despistó al Muerto.

La chica estaba aún esperándolo sin saber muy bien qué ocurría. El Muerto llegó a su altura y conversó con ella unos segundos. Un par de frases, nada más. Estrada se acercó a los arbustos agazapado para no ser descubierto. Desde ahí no podía asaltarle, pero era lo más cerca de él que había estado hasta entonces. Acercó a la chica hacia sí y la besó en los labios. Toño miró a ambos lados de la calle por si veía a

Estrada. La chica entró de nuevo en el portal y Toño le dedicó una sonrisa mientras la veía alejarse en el interior del edificio.

Estrada sacó su arma del cinto y comprobó, intentando no hacer demasiado ruido, que estaba cargada. Buscó un hueco entre los setos y saltó frente al muerto.

—¡Al suelo, muerto! ¡Estás detenido!

Lejos de hacer lo que Estrada le ordenó, echó a correr de nuevo, esta vez calle abajo. Estrada miró hacia arriba. Los balcones estaban demasiado cerca para efectuar un disparo de advertencia, y entre él y el Muerto había varios transeúntes. Echó a correr tras él de nuevo. Estrada era más veloz que el Muerto y esta vez no le llevaba tanta ventaja. Al final de la calle, casi en la esquina, le propinó una patada en uno de los tobillos que le hizo caer de bruces. Aprovechó para colocar su rodilla en la espalda e inmovilizarlo mientras sacaba las esposas.

—Los brazos a la espalda. —El Muerto no le obedeció—. ¡Los brazos a la espalda, joder!

Cogió el brazo derecho con fuerza y lo torció hacia su espalda. Colocó una de las esposas. Con el otro hizo lo mismo.

Un coche logotipado de la policía paró junto al paso de peatones de la calle Entenza.

Estrada levantó la mano para llamarles la atención.

—¡Eh! ¡Aquí! —gritó con la identificación policial en alto.

Los dos agentes aceleraron el paso hasta que llegaron junto a Estrada.

—Buenas tardes —saludó el más alto—. ¿Eres Estrada?

—Yo mismo. Llevaros a esta mierda. —El más bajo lo asió del brazo y lo acompañó al coche patrulla. Estrada y el otro agente le siguieron hasta el vehículo policial.

—Has estado infiltrado, ¿verdad?

—Sí…, en la organización de este hijo de puta —afirmó, señalando al Muerto con la cabeza.

Cuando lo metió en el coche, el más bajo se acercó a Estrada.

—Mataron a su chica, ¿verdad, Estrada?

—Así es —afirmó, recordando con tristeza—. Este hijo de la gran puta es el que conducía la moto.

Los dos agentes miraron hacia el interior del coche.

—Llevaos a esta mierda —volvió a pedirles Estrada.

—A sus órdenes, sargento —se cuadraron y saludaron oficialmente.

—Bajad la mano, memos… Yo no soy más que vosotros.

—Lamento mucho lo de su novia. —El más alto le tendió la mano. Estrada la apretó con fuerza. Luego el otro agente le ofreció la suya.

—Gracias, muchachos. Marchaos tranquilos.

Los dos agentes, que eran bastante jóvenes, subieron al vehículo

policial y se fueron.

Estrada se quedó pensativo por un momento. El aire soplaba suavemente. Se acercó a uno de los bancos del paseo y se sentó.

—Ya los he pillado, amor —dijo casi en un murmullo. Una lágrima empezó a recorrer lentamente su mejilla.

XX

—Esto aún no ha terminado —dijo Reyes con el ceño fruncido.

Fuera, la lluvia rebotaba contra el cristal de la única ventana del despacho de su jefe.

—¿Qué quieres decir con lo de que no ha terminado? —preguntó al sentarse en una de las sillas que había frente al escritorio.

—Pues que no ha terminado, Fermín. Hemos obtenido información nueva del caso Cuadros.

—¿Qué información? —preguntó sorprendido.

—Le tomaron declaración.

—¿Y qué? No dijo nada relevante, leí el informe.

—Volvió a declarar. El fiscal le ofreció un trato si delataba a toda la organización.

—¡No jodas! ¿Y lo ha aceptado?

—Naturalmente, ya sabes cómo es Montero. Las alternativas que le puso sobre la mesa no eran muy prometedoras para él.

—Ya…, lo imagino —dijo con media sonrisa.

—Hay que terminar con esa organización… La sociedad a la que ha delatado es la que se dedica a la droga.

—Supongo que no habrá que infiltrarse.

—No —rio—, no podría volver a pedirte algo así.

—Entonces, ¿es ir a detenerlos y ya está?

—No es tan fácil, pero tú lo harás sencillo. —Se reclinó en su silla—. Hay que averiguar cuándo van a recibir un envío de droga y de dónde.

—¿Eso no lo sabe Cuadros?

—No, Cuadros solamente conoce al jefe de la organización, pero nada más. La rama de prostitución y la de drogas son independientes, precisamente, para que no se las pueda relacionar. Hay que descubrir de dónde viene la droga.

—Está bien. ¿Y una vez que tengamos esa información?

—Caemos sobre ellos.

—¿Y solamente con esta información podrán condenarlos? Solo podrán acusarlos de posesión. Eso son de tres a seis años sin agravantes.

—Con agravantes de seis a nueve, pero la idea, Fermín, es pillar sus centros de producción. Eso son de diez a quince años, a los que intentaremos sumar de nueve a doce por organización criminal.

Estrada se quedó pensativo por un momento. Luego, su expresión cambió de golpe, como si un rayo de sol le iluminara de pronto.

—Eso es… El máximo son… —un rayo iluminó la ventana y casi de inmediato retumbó el trueno—. El máximo son quince años… En diez estarán en la calle con buen comportamiento… —dijo Estrada.

—No debes pensar en eso. Lo importante es sacarlos de la circulación. Ten fe, quién sabe…, igual hay suerte y cumplen los veinte años; ya sabes cómo es don Amadeo con el tema de las drogas.

—Eso suponiendo que sea él quien lleve el juicio.

—Es quien nos ha encargado la investigación. Directamente a nosotros, y al sargento Estrada. Sus palabras textuales: «Quiero que Estrada lleve personalmente este caso. Pon a trabajar a ese muchacho ahora mismo en esto».

—¿Eso ha dicho? —preguntó Estrada satisfecho.

—Te lo juro, Fermín.

Estrada se reclinó en aquella incómoda silla de madera.

Reyes dejó caer una carpeta marrón sobre la mesa.

—Ahí tienes todo lo que necesitas y, por supuesto, la declaración de Cuadros.

Estrada asintió en silencio.

—Por cierto, el despacho de aquí al lado es tuyo.

—¿Qué dices? Yo no quiero un despacho.

—Lo ordena el jefe.

—¿Orbezo?

—Directamente —dijo, asintiendo con la cabeza.

Estrada no respondió nada.

—¿Y…?

—La puerta está cerrada. —Reyes abrió el primer cajón de su escritorio y le lanzó un juego de llaves—. Las llaves. Lárgate de aquí y ponte a trabajar.

El despacho no era muy grande, parecía más un cuarto amplio de limpieza. Una ventana al fondo, frente a ella, un escritorio de metal, una silla con ruedas y una para las visitas.

Un viejo teléfono modelo Teide de color rojo y un antiguo foco tipo flexo era todo lo que había sobre la mesa. Junto al ventanal, en la pared del final, un archivador de cuatro cajones. Estrada entró y lo observó todo con detenimiento. Dejó sobre la mesa la carpeta que le dio Reyes y se sentó en la silla. Abrió el único cajón que tenía el escritorio, estaba vacío.

Cogió la carpeta y empezó a leer el informe. Datos personales, antecedentes… Conocía la mayoría de aquella información. Lo que realmente le interesaba era la declaración de Cuadros. Buscó entre los papeles que contenía el *dossier* hasta que la encontró. La leyó con calma.

La «oficina» era una casa prácticamente aislada en Ciudad

Diagonal, Esplugas de Llobregat, una ciudad casi unida a Barcelona. En la «oficina» se reunían los jefes de cada sector y algunos hombres de confianza de estos.

Según Cuadros, entrar sin invitación era algo imposible. Donovan, el americano dueño de la casa, no confiaba nunca en nadie. Camareros, sirvientes, personal de la limpieza, siempre eran sometidos a una investigación para evitar soplones y delatores. Además, según la declaración de Cuadros, la finca no solamente estaba aislada, también se encontraba vigilada por cámaras y protegida por trampas que avisaban a los que la habitaban.

Saber con exactitud cuándo iba a llevarse a cabo una de aquellas reuniones era prácticamente imposible. Donovan las convocaba con cuarenta y ocho horas de margen y, en ocasiones, incluso, de un día para otro.

La única manera de controlar los tiempos era provocar una de aquellas reuniones, y la forma que se le ocurrió a Estrada para conseguirlo fue interceptar uno de sus cargamentos.

De la lista de integrantes de la organización, que Cuadros facilitó en su declaración, ninguno había mantenido una relación con Marco Falcó, lo que le daba a Estrada cierta tranquilidad y ventaja.

La vigilancia de la entrada a la finca aportó unos patrones de comportamiento que sirvieron para trazar un plan. Los hombres de Donovan salían en varios coches todas las mañanas a las seis para hacer una ruta de entregas muy concretas. En Barcelona, la capital, repartían directamente a unos centros de distribución que a su vez lo hacían a los camellos. En las pequeñas poblaciones, lo hacían directamente a los camellos.

Tras un mes de vigilancia de la casa y seguimiento de las entregas, Estrada se propuso llevar a cabo su plan, pero para ello necesitaba que Cuadros le diera alguna información. El Juez Amadeo Prieto le autorizó una entrevista con Cuadros en la Modelo de Barcelona, siempre que una secretaria judicial le acompañara. Cuando tuvo el documento con la firma de Prieto en sus manos, citó a la secretaria judicial en la puerta de la cárcel en la que estaba Cuadros.

Eran las seis de la tarde cuando Cristina Castillo, la secretaria judicial, caminaba casi a la carrera por la acera de la prisión intentando no perder el equilibrio con los tacones de altura mediana. Estrada hacía rato que esperaba.

—Siento llegar tarde —se disculpó al llegar junto al sargento.

—No te preocupes. ¿Entramos? —preguntó con nerviosismo.

—Sí, sí… Claro —dijo la mujer, que tendría más o menos la misma edad que él.

Estrada pulsó el timbre del portón de entrada y mostró su placa

policial a la cámara que colgaba de la pared sobre ellos. Un chasquido junto al picaporte indicó que la puerta estaba desbloqueada. Estrada la empujó con fuerza y entraron. Atravesaron el patio y accedieron al *hall* de seguridad.

—Buenas tardes. Soy el sargento Fermín Estrada y ella es la secretaria judicial Cristina Castillo.

—Credenciales y documentación, por favor —dijo el funcionario casi sin inmutarse.

Ambos sacaron lo que les pedían y se la entregaron.

El funcionario le echó un vistazo a todo y apuntó algo en una hoja que tenía sujeta en una madera que hacía las veces de soporte plano para escribir.

—¿Va usted armado, sargento Estrada?

—Naturalmente.

—En ese caso, tiene que entregarme su arma. Será custodiada hasta que vuelva a salir.

Estrada sacó su pistola reglamentaria del cinto, quitó el cargador junto con la bala de la recámara y se la entregó al funcionario, que la introdujo en un armario cuadrado que había tras él. Este le dio la llave a Estrada.

—Sigan por el pasillo hasta la primera entrada a la derecha. Es el locutorio.

Estrada asintió.

—Gracias —dijo Cristina Castillo. El funcionario, simplemente, levantó la cabeza para observarla.

Se encaminaron al lugar mientras los tacones de Cristina resonaban en el interior del edificio. Junto a la puerta había un funcionario de seguridad.

—Sargento Estrada —dijo, mostrando su placa policial—. Venimos a ver al recluso Miguel Cuadros.

—Ahora lo traen, vayan a la cabina del fondo, la treinta y cinco, son las más grandes —indicó con una sonrisa.

—Muchas gracias —dijo Estrada.

La cabina no era muy amplia, lo suficiente para que dos personas estuvieran una junto a otra hombro con hombro. Estrada invitó a Cristina a sentarse en el único asiento que había. Él permaneció de pie, prácticamente ladeado para dejarle espacio a la secretaria judicial .

—¿Te molesta que fume? —preguntó Estrada.

—No si me das uno.

Estrada buscó en el bolsillo interior de su cazadora de cuero y sacó un paquete de Chesterfield. Le ofreció un cigarrillo y le prendió fuego. Él hizo lo mismo.

Diez minutos más tarde, Cuadros apareció acompañado de un

funcionario de uniforme.

Se sentó en el taburete fijo que había en su lado de la cabina y se apoyó en la minúscula mesa de metal.

—Cuadros —saludó Estrada—. Tienes buen aspecto.

—Sería mejor si estuviera en tu lado.

—Seguro que sí —rio.

—¿Quién es la modelo que te acompaña? —bromeó.

—Ella es Cristina Castillo, la secretaria judicial que dará cuenta de todo lo que hablemos hoy.

—Ah…, una de las chicas Bond del juez Prieto.

—Exacto. Así que sé bueno y cuéntame algo sobre Donovan.

—¿Qué quieres saber? —preguntó, pasando la mano con cuidado por su pelo perfectamente engominado.

—¿Quiénes son sus hombres de confianza?

—Donovan no confía ni en su madre…

—¿En quiénes delega? ¿Quiénes son sus lugartenientes? ¿Tú no eras uno de ellos?

—Sí. Yo era el que se encargaba de la prostitución.

—Vamos, Cuadros…, ¿quiénes son esos hombres?

—Donovan es americano y la droga viene pura de Colombia.

—¿Quién es el exportador?

Cuadros se echó un poco hacia atrás y apoyó las manos en la mesa de forma grotesca.

—¿También tienes jurisdicción en Colombia?

—Vamos, Cuadros, déjate de bromas.

—¡El cartel de Cali! —dijo divertido—. ¿Quién va a ser si no?

—Los hermanos Rodríguez.

—Te va a ser imposible acercarte a Cali. Eso es otro mundo, Marco… Quiero decir… Estrada. Creo que nunca voy a acostumbrarme a tu verdadero nombre.

—No te preocupes, puedes llamarme como más te guste. ¿Adónde llega la droga?

—Al puerto de Barcelona.

—¿A qué parte? ¿En qué barco? ¿Cada cuánto?

—Eso son muchas preguntas. ¿Qué voy a sacar yo a cambio?

—Señor Cuadros, su trato está cerrado. No podemos acortar su pena.

Cuadros guardó silencio por un momento.

—Está bien. Quiero una celda de las que dan a la calle.

Estrada miró a la secretaria judicial. Cristina asintió en silencio.

—La tendrás.

—Y quiero estar solo. No quiero compañeros de celda.

—Eso no puedo prometértelo —dijo Estrada—. La cárcel está a tope, ya lo sabes.

—Quiero un televisor y más tiempo de patio.

—El televisor lo tendrás. El patio tendré que negociarlo con el alcaide.

—Cigarrillos, quiero cigarrillos.

Estrada asintió en silencio.

—Tendrá que darnos algo más, señor Cuadros.

—La droga llega una vez al mes. Al muelle 22.

—¿Buque?

—Normalmente, son petroleros.

—¿Petroleros? ¿Y cómo la sacan? ¿No es más fácil un carguero y sacar la droga en contenedores?

—Ahí está la gracia… ¿Quién va a buscar droga en un petrolero?

—Eso es cierto —dijo Estrada tras reflexionar unos segundos—. Los nombres.

—Ocean Blue, Esperanza libre y Finisterre.

—¿Es gallego? El Finisterre, me refiero.

—No, es colombiano. El Ocean Blue tiene bandera de Trinidad y Tobago y el Esperanza Libre, de Jamaica.

Estrada lo apuntó todo en su bloc de notas. La secretaria hacía lo mismo, en un portadocumentos de piel que contenía una libreta tamaño A4.

—¿Qué días llegan?

—No lo sé.

—¿Quién recoge la droga?

—Los hombres de Donovan.

—¿Y adónde la llevan? Supongo que no la tendrán en su casa.

—No. A una nave industrial. Creo que está en la Zona Franca, pero nunca he estado.

—¿Y ahí la procesa?

—Sí. Le sale más barato. No sé mucho más, Marco. Ten en cuenta que yo me encargaba solamente del tema de la prostitución.

—Tranquilo. Háblame de las reuniones.

—¿En la casa de Donovan?

—Sí.

—Dependiendo del tema, son muy divertidas o muy aburridas.

—¿Qué quieres decir?

—Como todas las reuniones, Marco… Donovan es muy temperamental y su carácter pasa de un extremo a otro. Si el tema es distendido, suele terminar en desfase total; ya me entiendes: drogas y sexo. Pero si se trata de alguna bronca, la cosa suele acabar mal…

—¿Cómo de mal? —preguntó Cristina Castillo.

Cuadros pasó el pulgar de la mano derecha por su garganta. La secretaria judicial se sobresaltó. Estrada, que permanecía en pie detrás de ella, puso su mano sobre el hombro para tranquilizarla.

—No te pongas nerviosa, esto son cosas habituales en la mafia…

—¿Quién se encarga de animar esas fiestas?

—¡Las putas! —exclamó entre risas.

—No. Me refiero a la comida. ¿Encarga algún *catering*?

—Sí, pero siempre es el mismo. Una empresa de Barcelona.

—¿Cómo se llama?

—Catering Barceló. Son esos de los camiones con el rótulo azul y las letras doradas.

—Sí, creo que los he visto alguna vez. —Estrada lo apuntó en su bloc de notas.

—¿Siempre van los mismos empleados?

—Casi siempre. A Donovan no le gusta la gente nueva.

—¿Conoces al empresario?

—No le he visto nunca, pero creo que alguna vez he oído a Donovan hablar con él por teléfono. Creo que se llama Andrew, aunque puede ser Andreu, en catalán. Donovan tiene mucho acento americano... —rio Cuadros.

—¿Hay algo más que quieras decirnos, Cuadros?

—No te olvides de mis cosas.

—Las tendrás.

—Me encargaré de hablar con el alcaide y coordinarlo todo —aseguró Cristina.

Se levantó del taburete y se despidieron de Cuadros.

El ministerio de transportes tardó cuarenta y ocho horas en facilitar toda la información que Estrada había pedido.

El Esperanza Libre estaba cruzando el Canal de Panamá en aquel momento y el Finisterre había sido localizado por los satélites americanos en casa, en Colombia, recibiendo su carga.

El Ocean Blue había salido de su puerto de origen en Trinidad y Tobago y se encontraba frente las costas del Sahara Occidental rumbo al Estrecho de Gibraltar. Se esperaba su llegada al puerto de Barcelona una semana más tarde.

Cuando atracó en el muelle 22, a las seis de la mañana, y el capitán puso un pie en tierra, una marabunta de agentes de la policía catalana, la Guardia Civil y la Autoridad Portuaria hicieron acto de presencia. En pocos segundos, accedieron al navío desde varios puntos al grito de «¡todo el mundo al suelo! ¡Policía!».

Los marineros y el personal de a bordo no estaban al corriente del contrabando de droga. El propio capitán, un trinitense tan delgado y amarillento que parecía enfermo, fue el artífice de la idea de un compartimento estanco en una de las bodegas de almacenaje del crudo al que solamente se podía acceder si la carga había sido transferida antes.

Aunque la investigación y la coordinación entre los cuerpos la llevó Estrada personalmente, la gloria terminó por recaer en la Guardia Civil, y de ello dieron cuenta las televisiones y la prensa escrita de medio mundo.

La imagen del capitán bajando esposado por la escalerilla fue una de las más vistas en los telediarios de toda España, y es que diez toneladas de cocaína no se incautan cada día.

A las pocas horas, los agentes que vigilaban la finca de Donovan avisaron de un aumento de actividad. Era el momento de poner en marcha la segunda fase del plan. Mientras en las televisiones continuaban transmitiendo las imágenes una y otra vez del capitán en la escalerilla, Estrada no perdió tiempo y fue a hacer una visita sorpresa a Catering Barceló.

Aparcó el viejo Peugeot 205 en doble fila y colocó frente al parabrisas un cartel indicativo de vehículo policial. El local ocupaba un solo número de la calle Calabria de Barcelona, antes de llegar a Aragón. La puerta no era muy ancha, pero al lado había una entrada de vehículos.

Un cristal translúcido no permitía ver el interior.

A la derecha había un timbre con un interruptor de color blanco. Estrada lo pulsó un par de veces y dentro se escucharon algunos zumbidos en la lejanía.

Cuando iba a pulsar de nuevo el interruptor, la puerta se abrió de golpe.

Apareció un hombrecillo de raza asiática.

—¿Qué quieres tú? —preguntó con un marcado acento.

Estrada sacó la placa y se la mostró.

—Busco al dueño.

—No *tar*.

—¿No *tar*? —preguntó sin entender nada.

—Él salir. Salir hace rato.

—Ah, que no está. ¿Y a qué hora vuelve?

—No tardar. Salió a un *selvicio*.

Una pequeña furgoneta paró detrás del Peugeot de Estrada. Un hombre de mediana edad, gordo y bastante calvo, salió lanzando improperios. Vestía unos pantalones blancos tipo panadero con un delantal anudado a la cintura y una camiseta de manga corta de color marrón claro.

—¡Otro gilipollas que deja el coche en el vado! —se quejó al llegar a la puerta.

Estrada sacó la identificación policial.

—Yo soy el gilipollas. ¿Es usted el dueño del negocio? —preguntó con el ceño fruncido.

—Yo soy —dijo, cambiando su actitud de pronto—. Yo…

—Tengo que hablar con usted —le cortó de pronto.

—Está bien, entre. Chaolín, mete dentro la furgoneta. ¡Y no la golpees!

—Sí, jefe.

El chino salió disparado hacia la furgoneta.

—Entremos —sugirió Andreu.

Estrada le siguió hasta un despacho situado al fondo del local. Una mesa de madera barata llena de papeles y un par de sillas enfrente.

—Siéntese, agente.

—Gracias. —Se dejó caer en la silla, que se quejó con un ruido metálico—. Voy a ir al grano, Andreu.

—¿Qué es lo que quieren esta vez los de aduanas? ¿Más dinero?

—No le comprendo —dijo Estrada.

—No… Yo pensé que venía… ¿Qué clase de policía es usted? —preguntó, abriendo mucho los ojos.

—Soy Mosso de Esquadra. ¿Qué otro tipo de policía esperaba?

Andreu Barceló guardó silencio. Una idea cruzó por la mente de Estrada.

—Los de aduanas, claro… ¿Quiénes están implicados?

—No sé a qué se refiere —dijo, pasando la mano por los cuatro pelos que aún le quedaban en lo más alto del cráneo.

—Yo creo que sí, señor Barceló. Si me lo dice aquí y ahora, será muy distinto a que lo haga en comisaría, porque lo que es decírmelo, me lo dirá. —Barceló guardó silencio de nuevo—. Vamos, Barceló, no me joda…

—Cada mes les paso un pago a unos policías de aduanas.

—¿A la policía portuaria?

—A ellos y a la Guardia Civil.

—¡No me jodas! —exclamó divertido.

—¿Qué es lo que encuentra tan divertido?

—Cosas mías, no me haga caso —carraspeó—. Llegado a este punto, creo que es conveniente que me acompañe a comisaría.

—¿Estoy detenido?

—Aún no, pero si se opone a acompañarme, le llevaré esposado.

—¡No! —dijo con nerviosismo—. Voy… Voy con usted… voluntariamente —afirmó en un par o tres de balbuceos.

Estrada asintió y se levantó de la silla, que volvió a quejarse con un sonido metálico. Subieron al viejo Peugeot y se dirigieron a la comisaría de la calle Bolivia de Barcelona.

La revelación de Barceló era demasiado importante. Reyes lo puso en conocimiento del juez Prieto y este decidió que, dado el alcance de la información, era necesaria su presencia y la de un transcriptor judicial.

El interrogatorio empezó después de comer y duró aproximadamente cuatro horas. Barceló detalló cómo entregaba los sobornos a los guardias portuarios y a los agentes de la Benemérita para que miraran hacia otro lado cuando se descargaba la droga de los barcos y se llevaba con uno de sus camiones hacia las naves donde la gente de Donovan la procesaba y distribuía.

El juez Prieto era muy dado a los tratos, sobre todo, si con ellos se conseguía un objetivo más ambicioso.

—Debe usted ayudarnos a capturar a Donovan —le dijo Prieto—. Solo de esta forma podré acortar sensiblemente su condena, pero debe colaborar —insistió. Le convenció.

El teléfono móvil de Barceló recibió una llamada sobre las ocho de la noche. Uno de los hombres de Donovan le dijo que su jefe requería sus servicios de *catering* para el día siguiente. El servicio debía incluir la comida y probablemente la cena. Había ocurrido algo grave, aunque no especificó el qué, y no sabía el tiempo que iba a necesitarle.

Barceló le advirtió que el chino estaba enfermo e iba a traer a otra persona, un muchacho de su confianza. Al hombre de Donovan le debió parecer convincente, porque, tras un segundo de duda, aceptó la novedad con un simple: «de acuerdo».

Aquella mañana hacía frío. Cuando sonó el despertador, Estrada tanteó en la oscuridad la mesilla de noche y lo paró. Luego encendió la luz y miró la foto que había junto al reloj. Natalia estaba preciosa. Era un primer plano que le hizo con su cámara réflex el verano pasado. Se sentó en la cama y puso los pies desnudos en el suelo. Hacía frío, estaba claro. Palpó y se enfundó las zapatillas. Fue al baño, se duchó y se vistió.

Una hora más tarde, estaba sentado en el asiento del acompañante de una de las camionetas de la empresa de Andreu Barceló camino de la casa de Donovan.

Cuando llegaron, uno de los hombres que custodiaban la entrada les obligó a detenerse y a bajar del vehículo.

—¿Tú eres el nuevo? —preguntó un hombre delgado que vestía unos pantalones de pana y un abrigo del mismo tejido bastante viejo y descolorido.

—Yo soy, tío —respondió Estrada.

—Pon las manos en el camión y abre las piernas —dijo, señalando hacia el vehículo.

Estrada obedeció sin decir nada. El hombre le cacheó a conciencia por si llevaba algún arma oculta.

—¿Te gustan los hombres o qué? —bromeó Estrada.

—Eres muy gracioso, ¿verdad? —El hombre terminó el cacheo y Estrada se dio la vuelta—. Venga, continuad.

Estrada volvió a subir a la camioneta. El portón de entrada se abrió y el vehículo accedió a la finca lentamente.

Desde dentro parecía más grande. Delante de la casa había un parterre cuadrado de unos cincuenta metros de largo por otros tantos de anchura.

Estrada lo observaba todo con detenimiento.

En la tapia que rodeaba la casa había hombres vigilando en cada esquina y, más o menos en la mitad de cada muro, se veía una especie de torreta desde la que se podía ver el exterior. Las cámaras de seguridad no dejaban ni un solo sitio sin ser observado.

La camioneta se detuvo a unos metros de la puerta principal. Barceló bajó y fue hacia la parte trasera. Estrada hizo lo propio. Abrió el portón y empezaron a descargar varias mesas plegables que montaron en una gran galería cubierta que había en la parte trasera de la casa.

Al cabo de un cuarto de hora, más o menos, un hombre de estatura media y piel castigada por el sol y el pelo rojizo entró en la galería.

—Ese es Donovan —indicó Barceló por lo bajo, señalando con la cabeza.

—Bien…

—Actúa con normalidad, es muy susceptible.

—De acuerdo —dijo en un susurro. Continuó colocando las mesas.

Donovan tenía unos cuarenta años y llevaba gafas de sol tanto dentro como fuera de la casa. Rara vez se las quitaba.

Se acercó a ellos.

—Andrew. ¿Cómo te va? ¿Este es tu chico nuevo?

—Sí, es este. Es de la familia, le conozco desde el día que nació.

—Hola, señor Donovan —le ofreció la mano. Donovan la apretó con fuerza.

—Bienvenido a mi humilde morada.

Estrada echó un vistazo a su alrededor.

—No sé si es muy humilde —rio.

—Tu chico me gusta, Andrew —reconoció con un acento muy marcado.

—Ya te he dicho que es de confianza.

Se dio la vuelta y se marchó.

—Vamos, démonos prisa, dentro de nada empezarán a llegar los peces gordos.

Volvieron a la camioneta a por el resto de los materiales y continuaron montando las mesas. Más tarde llevaron la comida a la cocina y empezaron a prepararla para servirla cuando fuera preciso.

Una hora y media después, empezaron a llegar los jefes de grupo. Donovan interpretó el asalto del petrolero como una autentica declaración de guerra. Por esta razón, convocó a todos sus hombres de confianza aquel día.

Primero, llegaron los Mendoza, un clan familiar dedicado a la prostitución y las drogas de la zona Noroeste, que comandaba una mujer que rondaba los cincuenta años y que respondía al nombre de la Paca. Era una mujer con obesidad mórbida, que caminó lentamente desde el coche hasta un sillón, del que no se movió más que lo necesario. Su esposo, un hombre delgaducho y enclenque, no se separaba de ella ni un minuto, atendiéndola en todo lo que ella requería, que era mucho.

Casi al mismo tiempo, llegaron los hermanos Muñoz, encargados de la prostitución y drogas de la zona litoral de Barcelona, desde el Bajo Penedés hasta el Maresme.

Barceló le dijo que le recordaban a Zipi y Zape porque uno era rubio y el otro moreno.

La familia Romero Torres, de la zona Suroeste, y los Molina, del Noroeste y Pirineos, llegaron en un corto espacio de tiempo. Los que se hicieron esperar fueron los Medina Cano, de la zona central, que, a pesar de vivir bastante cerca de Barcelona, siempre aparecían los últimos.

Todos se fueron sentando en las mesas que Barceló y Estrada habían montado en forma de U.

—Rafael Medina, gracias por hacer acto de presencia —empezó Donovan, con sarcasmo, que estaba sentado en la parte central—. Tarde, como es su costumbre —dijo desde su silla.

—Venga, Donovan… ¿Vamos a empezar así la reunión? —dijo, ocupando una de las sillas vacías. Los que le acompañaban se sentaron en el resto, excepto los guardaespaldas, que se quedaron junto a los otros en pie, vigilando la zona.

—Siempre nos haces esperar, Medina. Me tienes hasta los huevos —aseguró, dando un puñetazo sobre la mesa.

El otro se asustó visiblemente.

—Disculpa —fue todo lo que atinó a decir con la mirada perdida en lo que había sobre la mesa.

—Nos han declarado la guerra —empezó a explicar con tono firme—. Esos malnacidos hijos de puta han incautado doscientas cincuenta toneladas de droga en el Ocean Blue. Unos doce mil quinientos millones de dólares… Unos dos billones de pesetas.

La sala estalló en murmullos, entre los que destacaron algunos: «¡Es la guerra! » o, simplemente, «¡guerra!». Donovan dejó que el grupo se fuera animando hasta que todos gritaron al unísono: «¡Guerra, guerra, guerra!». En una única voz enloquecida.

Estrada lo observaba todo desde una esquina, en su rol de camarero. De vez en cuando, le llamaban para que les trajera más bebida, pan o algún encargo especial.

Poco a poco, se fueron calmando. Estrada contempló detenidamente a Donovan. No había duda de que disfrutaba con aquello y que era un verdadero líder.

—No debemos dejarlo pasar sin que haya consecuencias —continuó Donovan. Se escucharon algunas afirmaciones y apoyos.

—¿Quién nos ha vendido, jefe? —preguntó Arturo Muñoz.

—El que nos ha traicionado ya está muerto. Lo estará en pocas horas —puntualizó con una amplia sonrisa.

Todos empezaron a golpear las mesas como aprobación.

—¡Hay que hacérselo pagar a los maderos! —gritó Alfonso Molina.

—Contratemos a los vascos —sugirió Alberto Romero, el jefe de la zona Suroeste, un hombre de mediana edad con cierto parecido con Cary Grand.

—No será necesario, Romero —miró su Rolex de oro—. Cinco, cuatro, tres, dos, uno… En estos momentos debe haber estallado una bomba en la comisaría de la Vía Layetana —hizo una breve pausa—. Tú —le dijo a Estrada, que continuaba en su esquina—, enciende la tele. El mando está allí.

Estrada se dirigió a un bufete que había junto a la pared, cogió el mando a distancia y presionó el botón de encendido.

La imagen no tardó mucho en aparecer. José María Carrascal con una de sus coloridas corbatas.

… del que no se conoce aún la autoría, ha explotado hace pocos minutos en la comisaría de la Policía Nacional de la Vía Layetana de Barcelona. Hasta allí se han trasladado varios efectivos del cuerpo de bomberos y de los servicios sanitarios. Por el momento, no tenemos más información.

—Cambia de canal —ordenó Donovan.

Estrada pulsó el botón de avanzar canales. Ana Blanco apareció en pantalla.

… el atentado aún no ha sido reivindicado, pero todo apunta a que la banda terrorista ETA pueda ser la responsable. Cuando tengamos más información se la transmitiremos enseguida —hizo una breve pausa—. *La siguiente noticia nos lleva a la penitenciaría de Barcelona, a la cárcel Modelo, en la que un recluso ha sido asesinado esta tarde por su compañero de celda con un cepillo de dientes que había convertido en un objeto punzante, que clavó deliberadamente a la altura del hígado, varias veces, mientras dormía. El cuerpo sin vida ha sido descubierto en el*

recuento de la mañana. El preso que compartía celda con Miguel Cuadros ha sido aislado. Se cree que pueda deberse a un ajuste de cuentas entre reclusos.

La sala estalló en vítores y gritos de aprobación.

Donovan se puso en pie de un brinco.

—¡La guerra ha empezado! —anunció con los brazos completamente extendidos.

Todos los presentes le imitaron y se levantaron para continuar con los elogios y frases de guerra.

Estrada se quedó de piedra. Donovan había conseguido atentar contra la comisaría de la Policía Nacional y asesinar a Cuadros en un mismo día. Quizá le había subestimado y era más poderoso de lo que pensaba. Se encontraba a menos de cinco metros del hombre que lo había orquestado todo y no podía hacer nada. Ahora estaba más seguro que nunca de que Donovan era quien había ordenado asesinarle a él y, como consecuencia, murió Natalia.

Pero… ¿cómo era posible que no le reconociera? ¿O sí le había reconocido? Quizá no. Su aspecto era muy distinto: no llevaba barba, su pelo volvía a estar cortado al estilo militar y se le veía aseado.

Su estado de ánimo se alteró de pronto y empezó a sudar.

—Tú —dijo Donovan. Todos guardaron silencio de pronto. Estrada se sobresaltó. Pensó lo peor.

—Señor.

—Apaga ya ese maldito trasto.

Estrada respiró aliviado. Si le descubrían allí, estaba acabado.

Poco a poco, todos los asistentes fueron tomando asiento de nuevo. El silencio invadió de nuevo cada rincón de aquella galería.

—¿Cuáles son tus planes ahora? —preguntó Marcelo Muñoz.

—El golpe ha sido fuerte, no podemos negarlo. Yo puedo aportar el cincuenta por ciento del próximo envío, pero no más.

—¿Entonces?

—Las familias tendréis que poner más.

Hubo un murmullo general.

—¿Más dinero? ¡Ya damos mucho, Donovan! —se quejó el hermano de Marcelo.

—Lo sé, y lo siento. Yo también he perdido bastante con la incautación, más que ninguno de vosotros. —De nuevo la sala estalló en murmullos—. ¡*Fuck*! ¡Callaos, joder!

—¿Qué cantidad tendremos que aportar? —preguntó la Paca con tranquilidad mientras masticaba.

—Mil doscientos cincuenta millones por familia.

—¡Estás loco! —exclamó Benjamín Torres, primo de Alberto Romero, de la zona Suroeste.

—¡Yo no puedo poner más! Este problema tenemos que afrontarlo entre todos por el bien de la organización —aseguró Donovan

—Mira, Donovan. Hace tiempo que no nos gusta como llevas las cosas. Nosotros hacemos todo el proceso de la droga: la transformación, la distribución… En cambio, tú te llevas el sesenta por ciento de los beneficios.

—Yo soy quien corre más riesgos.

—¡Nosotros también corremos riesgos!

Donovan se levantó y lentamente se encaminó hacia donde estaba sentado Benjamín Torres.

—Las familias deben aportar su parte para seguir adelante. Yo siempre cedo todo el capital, pero ahora es necesario que cada uno de ustedes arrime el hombro. —Al llegar a su lado hizo una pequeña pausa—. ¡Y cuando digo todos..! —le agarró de los pelos, en la parte trasera de la cabeza, y empezó a golpearle contra la mesa. Al segundo porrazo, su nariz sangraba en abundancia—. ¡Me refiero a todos! —exclamó, marcando cada sílaba con un golpe de su cabeza contra la mesa.

Los guardaespaldas de la familia Torres Romero desenfundaron sus armas, pero los hombres de Donovan eran superiores en número y les encañonaron sin que tuvieran oportunidad de defender a su jefe.

El resto de familias observaron la escena con incredulidad, asombro y miedo.

Cuando terminó de golpearlo, volvió a su asiento como si no hubiera ocurrido nada.

—¿Alguien tiene alguna pregunta? —dijo en un tono completamente plano. Nadie respondió.

CAPÍTULO SEXTO

XXII

Infiltrarse en la reunión de Donovan permitió al equipo de investigación de Estrada identificar a todos sus jefes territoriales, sus domicilios y lo más importante: las ubicaciones en las que se transformaba la droga y se distribuía.

El juez Prieto ordenó que la operación fuera compartida por la Guardia Civil y la Policía Catalana, bajo el plan de acción de Estrada y Reyes. Toda la investigación la habían llevado a cabo ellos, era justo que estuvieran al mando, aunque eso levantó ampollas entre algunos mandos de la Benemérita, que Prieto acalló recordándoles los casos de soborno del cuerpo.

La ejecución de la operación «Nautilus» estaba planeada para el jueves 22 de diciembre. La intención era llevarla a cabo simultáneamente en las cinco ubicaciones en las que se pretendía actuar para que no tuvieran tiempo de avisarse unos grupos a otros.

Las 08:00h AM era la hora cero.

La Guardia Civil se encargaría de asaltar a la hora indicada los territorios del norte y la zona centro, y la policía catalana la zona suroeste y la costa central.

Los laboratorios estaban situados en zonas industriales o en pueblos no muy concurridos: En una granja agrícola de El Lloar, una granja porcina en Corçà, una finca privada cercana a Viladelleva y una casa de turismo rural en Rocabruna. La zona de la costa central la controlaban los hombres de Donovan, aunque allí no había laboratorios, era la zona principal de distribución y desde donde se gestionaba todo: el reparto a los distintos laboratorios y la contabilidad. El dinero de Donovan estaba con Donovan, aunque Estrada sabía que las familias tenían también su parte escondida en algún lugar.

A las siete de la mañana, Estrada esperaba con su viejo Peugeot en la calle que llevaba a la casa de Donovan. Había aparcado en cordón, de forma que controlaba perfectamente la puerta de entrada y la calle, en ambos sentidos. No estaba solo, había otros efectivos escondidos en distintos puntos de la calle.

A las siete y media, el portón de la finca se abrió. El Jaguar XJ color verde diplomático de Donovan apareció tras la puerta. El conductor esperó a que estuviera completamente abierta para que el vehículo se pusiera en marcha. Pocos segundos más tarde, pasó por su lado. Estrada se agachó sobre el asiento del acompañante para que no

le descubrieran. Los cristales oscuros no permitieron asegurar que Donovan fuera en el vehículo.

Cogió el teléfono móvil y marcó el número de su jefe.

—Reyes, hay que detener la hora cero. Donovan ha salido.

—¡Mierda! —contestó el otro—. Está bien. Ahora lo transmito a los verdes.

—Mantén una línea abierta.

—¿Quieres dar directamente la orden?

—Sí —dijo, alargando la I con satisfacción.

—Está bien.

—Tora, tora, tora.

—Venga, Fermín… ¿Cómo en Pearl Harbor?

—¡Exacto! —dijo divertido.

—Está bien, cuando tenga la línea a cinco, te llamo.

—Si regresa, te aviso yo.

Colgó el aparato.

Media hora más tarde, Estrada vio el Jaguar de Donovan a través del espejo retrovisor instalado en el lado del acompañante.

Se agachó de nuevo mientras aquel vehículo de alta gama pasaba a su lado y llamó a Reyes de nuevo. Miró el reloj de pulsera, marcaba las 8:35h de la mañana.

Reyes respondió casi inmediatamente.

—Reyes.

—Soy Estrada —dijo con nerviosismo—. Acaba de regresar. Ahora mismo está entrando. —Volvió a erguirse en su asiento. El portón se abría lentamente.

—Espera. Dame un segundo, te conecto a la llamada conjunta.

Se escuchó un clic en el auricular.

—¿Ya? —preguntó con excitación.

—Jefe PME a grupos territoriales. Enumerarse.

—Jefe zona Noroeste, a la espera.

—Jefe zona Suroeste, a la espera.

—Jefe zona Central, a la espera.

—Jefe zona Noreste, a la espera.

—Jefe zona Costa Central emite orden de asalto simultánea. Esperen. Esperen. —Miró hacia la puerta de entrada. El coche había entrado por completo y esta se estaba cerrando de nuevo poco a poco—. A todos los grupos, preparados.

Abrió la portezuela del coche y salió a la calle. No había nadie, era una zona bastante apartada. Se colgó la placa policial del cuello.

Miró calle abajo. Un vehículo blindado esperaba junto a la curva y calle arriba dos agentes de asalto aguardaban inmóviles.

—Tora, tora, tora. Repito: tora, tora, tora.

El vehículo blindado pasó lentamente a su lado. Se detuvo y el

conductor hizo una señal a modo de saludo. De pronto, aceleró, el motor rugió y se estampó de lleno contra el portón de entrada, que cedió como un pino recién cortado. Pasó sobre la puerta y se detuvo a un lado. Varios grupos de agentes corrieron hacia el lugar y accedieron a la finca. La calle fue cortada en ambos sentidos. Reyes apareció en su coche y se detuvo junto al de Estrada.

—Esto parece un campo de guerra. Elegiste bien la voz de mando —rio—. Toma, ponte esto. —Le lanzó un chaleco antibalas.

—Vamos —dijo después de colocárselo.

Se dirigieron a la finca con paso rápido. La calle había sido ocupada por varios vehículos policiales y había agentes uniformados y armados con armas cortas por todas partes. Se escucharon varios disparos en el interior de la finca. Las luces giratorias de los vehículos destellaban como en un árbol de Navidad.

Entraron en la propiedad. Alguien había retirado el portón.

—Esos cabrones nos están disparando —dijo un agente que estaba tumbado en el suelo con una pierna ensangrentada.

Estrada quitó el seguro a su arma y comprobó que el cargador se encontraba lleno.

—¿Estás bien?

—Tranquilo, Estrada, sobreviviré. Acaba con estos cabrones —dijo con el dolor dibujado en el rostro.

Estrada miró a Reyes.

—Ve, Fermín. Yo me quedo con él.

A Estrada le faltó tiempo para asentir y entrar en la casa arma en mano.

—¿Dónde está Donovan?

—No lo sé —respondió un agente.

—Cuando hemos entrado, ha corrido por aquel pasillo —dijo un cabo que acababa de llegar.

—Gracias —respondió Estrada. Se encaminó por el corredor sin perder tiempo.

Llevaba a la cocina, lo había recorrido varias veces cuando estuvo con Barceló. Montó su arma para disparar sin demora si era necesario. El sonido metálico de la corredera resonó en las paredes.

Llegó a su destino.

—¡Le he seguido hasta aquí, pero ha desaparecido! —exclamó uno de los agentes. Dejó que su arma corta colgara en su pecho—. ¡Maldita sea! —exclamó, llevándose las manos al casco de asalto para recolocarlo.

—¡Espera! Mira allí detrás. Tras esa estantería de metal.

El agente de asalto buscó por donde señalaba Estrada.

—Es una puerta, una puta puerta oculta —dijo sorprendido—. ¿Cómo no la había visto antes?

—¡Vamos! —exclamó Estrada con entusiasmo—. Yo he estado aquí hace unos días y tampoco la había visto. —Se encaminó hacia la puerta, la abrió, pero cuando iba a entrar, el agente de asalto le detuvo.

—Espere, sargento Estrada. —Le cerró el paso con el brazo—. Deje que entre yo primero, voy más protegido.

—De acuerdo. ¿Cómo te llamas?

—Ferrer, sargento.

Estrada asintió en silencio y le dejó pasar. El agente abrió la puerta por completo y entró. Estrada iba pegado a él con una mano en su hombro.

Estaba oscuro, la luz permanecía apagada, no había ventanas y no encontraron ningún interruptor.

Dieron cuatro pasos y sonaron un par de disparos que rebotaron en la pared, junto a la cabeza de Ferrer.

—Agáchese, Estrada —advirtió Ferrer, pero Estrada ya lo había hecho y observaba con atención. Sacó una linterna. Ferrer hizo lo mismo.

Sonaron dos disparos más y se escuchó cómo una puerta se cerraba.

—¡Vamos! —ordenó Estrada.

Ambos corrieron hacia el sonido de la puerta.

—Pediré ayuda.

—Bien.

—Agente Ferrer a jefe grupo.

—Jefe grupo —se escuchó en el altavoz del *walkie-talkie*. Estrada reconoció a Reyes.

—Estoy con el sargento Estrada en un pasillo oculto. Se entra por una puerta que hay tras una estantería metálica en la cocina. Junto a la nevera.

—Recibido, Ferrer.

—Necesitamos apoyo. El sujeto es hostil. Repito: el sujeto es hostil.

—Recibido. Le mando ayuda. Esperen.

—No tarden, se ha metido por una puerta y no sabemos qué hay detrás, puede que huya.

—Recibido. Esperen. Cierro.

—Tranquilo, Ferrer. ¿Te has dado cuenta? Hemos recorrido unos diez metros. Mira atrás —dijo, apuntando con la linterna. Ferrer hizo lo mismo.

—¿Qué ocurre?

—Hemos descendido, por lo menos, medio piso.

—Es verdad. En ese caso…

—Así es… No creo que tenga escapatoria. La finca no posee ninguna salida o entrada a subterráneos ni ventanas a ras de suelo.

—En ese caso, está atrapado.

—Así es, compañero —dijo Estrada tranquilizador.

Un minuto más tarde, llegaron cuatro agentes de asalto.

—¿Abrimos la puerta? —preguntó uno de los recién llegados.

—Échela abajo —ordenó el sargento Estrada.

Dos agentes consiguieron abrir la puerta a la segunda patada y accedieron al interior. Varios disparos hicieron retroceder a los agentes. Estrada miró rápidamente dentro. Había una mesa al fondo y un camastro a la derecha. En la pared de la izquierda una estantería con víveres y varios fardos de billetes.

—Este imbécil se ha construido una especie de habitación del pánico —observó Estrada—. Pero ha olvidado ponerle una puerta de seguridad —dijo divertido.

—Está acorralado —observó Ferrer.

—Sí, pero morirá matando. Conozco a estos tipos. No tienen nada que perder si saben que no les queda nada.

—Podríamos entrar todos a la vez disparando y tomar posiciones —dijo un agente con los mofletes sonrojados.

—No —respondió Estrada con rotundidad—. Le quiero vivo. Tiene que pagar por todo lo que ha hecho, ¿estamos?

—Lo que usted ordene, sargento.

—Cubridme.

Oteó de nuevo el interior de la habitación. Donovan estaba escondido detrás de la mesa que había al fondo.

De un brinco, Estrada entró en el cuarto, se tiró al suelo y rodó hasta tener el ángulo suficiente para no fallar el tiro.

Donovan disparó dos veces. Las balas silbaron sobre la cabeza de Estrada e impactaron en la pared contraria.

Estrada efectuó un solo disparo. Acertó de lleno en el muslo derecho de Donovan. Este, inmediatamente, se retorció de dolor, momento que Estrada aprovechó para saltar sobre él y arrebatarle el arma.

—¡Bocabajo! ¡Las manos a la espalda, coño!

—¡Hijo de puta! ¡Te mataré! ¡Y luego mataré a toda tu familia, cabrón! —exclamó.

—Levántate, capullo —dijo, cogiéndole por las esposas y tirando hacia arriba para que se levantara.

Los agentes de asalto entraron en la habitación y le ayudaron a incorporarse.

Donovan, ya de pie, se giró hacia Estrada de forma desafiante.

—Me han dicho que lloraste como un bebé cuando mataron a tu novia —dijo para provocarle.

Estrada le propinó un puñetazo en el estómago que le dejó sin respiración.

—Llevaos a esta mierda —ordenó.

Dos agentes se lo llevaron en volandas.

—No dirán nada, sargento —dijo Ferrer cuando se habían marchado.

—¿Quién no dirá nada?

—Mis compañeros. Saben lo que le ocurrió a su novia. No dirán nada de lo que ha ocurrido aquí. Le admiran, señor.

Estrada asintió en silencio.

A parte del dinero que había en la habitación del pánico, unos cincuenta millones de pesetas y veinte de dólares americanos, descubrieron un escondite junto a la piscina que estaba en la parte trasera de la finca. Allí había quinientos quilos de cocaína y cincuenta millones de pesetas. En la casa también encontraron dos rifles de asalto, un par de revólveres y cuatro pistolas automáticas. Todos los hombres de Donovan iban armados. Se arrestó a veintitrés en total.

Donovan fue llevado a la comisaría de la calle Bolivia de Barcelona para ser interrogado. El juez Amadeo Prieto ordenó su ingreso inmediato en prisión unas horas más tarde.

La imagen de los fardos de droga y fajos de billetes recorrieron, junto a la de Fermín Estrada, todas las televisiones y medios de comunicación.

A pesar del reconocimiento recibido, Estrada se sentía incompleto. No sabía qué era, pero tenía la sensación de que no había terminado con el caso. Estaba obviando algo, o quizá había algo a lo que no le daba la importancia que merecía.

Creyó que esa sensación pasaría al cabo de unos días, pero no fue así. Le costaba conciliar el sueño y, cuando conseguía dormir, se despertaba a menudo.

Sentía un peso en el centro del pecho que no le abandonaba ni de día ni de noche.

Decidió ir a la Modelo de Barcelona a visitar a Donovan. Quizá, de esa forma, esa presión que sentía desaparecería. A Reyes no le pareció mala idea.

XXIII

Llovió casi todo el día de manera abundante, pero a aquellas horas de la tarde, eran las seis y media, parecía que San Pedro había concedido una tregua.

La Navidad estaba a la vuelta de la esquina. Las calles estaban engalanadas con luces y guirnaldas, los comercios atestados de compradores compulsivos, adquiriendo centenares de cosas, que terminarían arrinconadas en el fondo de un armario, un cajón o tiradas por cualquier parte.

El suelo de la calle Entenza estaba mojado. La luz de las guirnaldas de la acera de enfrente se reflejaban en las losetas de Puig i Cadafalch. Estrada caminó observando su reflejo hasta que llegó al portón de madera de la cárcel. Miró hacia arriba y leyó la inscripción gravada en la piedra de la fachada: «Preventori judicial».

No era hora de visitas, la puerta estaba cerrada. Presionó el botón del timbre y mostró la placa policial a la cámara que colgaba un metro sobre él.

Un crujido de madera advirtió que estaban abriendo. Cuando lo hizo por completo, apareció un funcionario.

—¿Es usted Estrada?

Estrada le puso la placa con el carné policial delante de la nariz.

—Yo soy —dijo lacónicamente.

El hombre asintió en silencio e hizo un gesto con la cabeza para que entrara.

—Le estábamos esperando —dijo con un hilo de voz—. Sígame.

Le acompañó hasta el puesto de control, donde entregó su arma reglamentaria y le tomaron los datos.

—Sígame —volvió a decir con una voz casi inaudible. El hombre, que era bastante delgado y enclenque, le condujo al locutorio—. Espere ahí, en la 37.

Estrada asintió en silencio. Entró en la cabina que le indicó y aguardó. El cubículo estaba rodeado de barrotes por todas partes y un cristal separaba los dos lados, uno de otro, así como la parte de reclusos de la zona externa.

Diez minutos más tarde, Donovan apareció acompañado de un funcionario. Le obligó a sentarse en el taburete de aluminio y se quedó fuera de la garita, junto a la pared, en posición de descanso.

—Te has hecho famoso, muchacho —fue lo primero que dijo—. Sales en todas las teles.

—El público me quiere, no pueden evitarlo —ironizó.

—Sabes que estás acabado, ¿verdad?

—Yo no soy el que está encerrado. Este lado de los barrotes es el que lleva a la calle, a la libertad. Tú te vas a pudrir ahí dentro durante años, mientras, yo iré a tomar el sol a la playa, a la montaña… O, simplemente, saldré a la calle cuando me piquen los huevos.

Donovan bajó la mirada y, mientras negaba con la cabeza, esbozó una sonrisa.

—Uno nunca sabe qué es lo que le depara el futuro. Otras veces, como es mi caso, lo sabes.

—Tu futuro lo veo muy negro, Donovan. Sobornos, tráfico de drogas, asesinatos… No creo que veas la luz del sol antes de veinte o veinticinco años. Y puede que durante ese tiempo cambien las leyes y revisen tus condenas y te caiga una perpetua… O, quién sabe…, ¡la pena de muerte!

—¿Pena de muerte? —dijo divertido.

—En esta cárcel, de hecho, a pocos metros de aquí, no hace ni veinte años aún se ejecutaba a gente. No digo que esté de acuerdo con esta forma de justicia, pero creo que deberías valorar el hecho de que todo puede cambiar de un día para otro, de que tu vida puede cambiar en un instante —dijo chasqueando los dedos.

—Como cambió la tuya, ¿quieres decir?

—Exactamente —dijo intentando contener su rabia.

—Yo creo que la mía no ha cambiado tanto.

—Yo creo que sí. Para empezar, no estás en tu mansión, con tus comodidades, tu dinero o tus putas. Estás aquí encerrado en una celda de dos por tres. No te habrán dado la 443, ¿no?

—No, estoy en otra celda. ¿Quién ha estado en esa celda?

—¿En la 443? El último al que ajusticiaron en esta cárcel.

—¿Qué pretendes, Estrada? ¿Estás intentando que tenga miedo? ¿Tú crees que yo soy un hombre que se asusta por estas gilipolleces?

—¿Por qué lo hiciste? ¿Por qué ordenaste matarla?

—El objetivo no era ella. Eras tú —afirmó rotundo.

—Pero ¡murió ella! —exclamó, dando una fuerte palmada en el cristal. El guardia que estaba detrás de Donovan se sobresaltó y dio un paso adelante. Estrada levantó la mano para indicarle que todo estaba bien.

—Fue un daño colateral. No estaba previsto —dijo como si no le importara lo más mínimo.

—¿Un daño colateral? Eres un hijo de la gran puta, cabrón.

Donovan se echó hacia atrás divertido.

—¿No era una puta? Vamos…, no me dirás… ¡Oh! Estabas enamorado de ella… ¡Qué bonito! El policía que se enamoró de una puta. Llévalo a Hollywood, quizá hagan una película… Puede que

Richard Gere haga tu papel y… Sharon Stone el de tu novia.

Estrada sentía cada vez más presión en su pecho. Se levantó de pronto y golpeó el cristal un par de veces. El guardia se acercó.

—Llévese a este cabrón. Hemos terminado.

El guardia se acercó, y se lo llevó. Estrada esperó a verlo desaparecer por la puerta.

Su vista se nubló. Lo último que vio fue el techo desconchado del locutorio.

Todo era blanco.

Todo era blanco y se sentía en paz consigo mismo.

Todo era blanco, se sentía en paz consigo mismo y estaba relajado. Muy relajado.

La luz era fuerte y blanca, o por lo menos eso le parecía. Estaba en un hospital, no había duda. Reconoció el panel de luces que pendía sobre él como los típicos de las habitaciones de los hospitales públicos, con sus enchufes, sus cables y tomas de oxígeno.

Recordó la ambulancia, la sirena, que se le metía en la cabeza, una enfermera joven poniéndole una vía y unas palabras tranquilizadoras que no pudo recordar, pero que le infundieron tranquilidad.

Miró abajo. Estaba entero, por lo menos tenía los pies, aunque no recordaba qué había ocurrido.

Recordó cuando lo sacaban de la ambulancia y entraban en Urgencias. El sótano del Hospital Clínico era inconfundible.

—Posible infarto —dijo la enfermera.

Volvió a perder el sentido. O quizá eran ganas de dormir… Estaba muy relajado.

Miró a sus pies de nuevo. La imagen se enfocó. Había alguien sentado en uno de aquellos incómodos butacones de hospital. La imagen se aclaró, era Lola, su hermana. Intentó hablar.

—Si estás aquí, es que no estoy en el cielo —pensó en alto con un hilo de voz.

—Este sarcasmo tuyo es nuevo —dijo con una cálida sonrisa—. ¿Te lo dan con el arma? —Se levantó del butacón y se acercó a su lado.

—¿Qué ha ocurrido?

—¿No te acuerdas de nada?

—Vagamente. La ambulancia, recuerdo la ambulancia…

—Te desmayaste en la Modelo.

—Donovan.

—Esta mañana ha venido la doctora.

—¿Y qué ha dicho? ¿Me van a trasplantar el corazón?

—No digas tonterías. Has tenido una crisis de ansiedad y estrés. La doctora dice que estabas deshidratado. El subinspector Reyes ha dicho que has tenido unos meses con mucho trabajo y con bastante presión.

—¿Gonzalo ha estado aquí?

—Sí. Pasó toda la noche a tu lado. Yo he llegado esta mañana a tomarle el relevo, él tenía que ir a trabajar.

—Es un buen hombre, es un buen amigo.

—Lo sé —dijo, pasando un mechón de pelo detrás de la oreja—. La doctora vendrá mañana por la mañana.

—¿Voy a tener que estar aquí hasta mañana?

—Me temo que sí, Fer.

—¿Y mi arma? ¿Sabes dónde está mi arma?

—Reyes ha ido a buscarla, no te preocupes. Me dijo que preguntarías por ella.

Llamaron a la puerta y se abrió lentamente.

—¿Cómo estás muchacho?

—¡Don Amadeo! —exclamó, intentando incorporarse.

—Tranquilo, muchacho —dijo el juez—. No te levantes, debes descansar. Hola, Lola. ¿Cómo está tu padre?

—Hola, juez. Bien, con sus cosas de la edad.

—Dale saludos de mi parte.

Lola asintió con una amplia sonrisa.

—No tendría que haber venido, don Amadeo —reprochó, intentando mantener un tono de voz audible.

—Es lo mínimo que debo hacer. Eres un buen agente, Estrada. Sin ti, no hubiéramos atrapado a Donovan y desmantelado la mayor red de narcotráfico del estado.

—Bueno…, yo… solo hice mi trabajo.

—Y lo hiciste muy bien. Tan bien que te han propuesto para la Cruz de San Jorge.

—¡Qué exagerados! —exclamó divertido.

—Tendrás ocasión de decírselo tú mismo a quien te ha propuesto.

—¿Quién?

—El presidente en persona. Sigue tu trayectoria de cerca desde lo de Tarragona.

—Vaya… —dijo pensativo.

Gonzalo Reyes entró en la habitación.

—Juez Prieto —saludó al verle.

—Reyes.

Encajaron las manos.

—Menudo susto nos has dado, Fermín.

—Ya pasó todo —suspiró Lola—, por suerte, solo ha sido por el estrés y la carga de trabajo —dijo, marcando cada sílaba de la última palabra.

—Siento no ser portador de buenas noticias.

—¿Qué ha ocurrido? —preguntó Estrada.

—Donovan ha escapado.

El juez Prieto se sorprendió visiblemente.

—Tendréis que montar un dispositivo.

—Ya está hecho, juez Prieto —informó Reyes, pasando la mano por la cabeza.

—Lo supongo… No sé por qué lo he dicho.

—Ponle protección a Estrada. No quiero que pase solo la noche.

—Yo me marcho —aseguró, incorporándose y saltando de la cama al suelo.

—¡Fermín! —exclamó su hermana—. ¡Vuelve a la cama!

—No puedo. Ese cabrón vendrá a por mí, y a por todos los que quiero. Hay que ponerte protección. ¿Dónde está mi ropa?

—Muchacho, no puedo negar que tienes agallas. Tampoco puedo ordenarte que te metas en la cama —admitió el juez Prieto.

—¡Gonzalo! —suplicó Lola.

—A mí no me metas.

—Pero eres su jefe… Ordénale que se meta en la cama.

—¿Estás loca? ¿Crees que va a hacerme caso?

—Lo siento, Loli. No puedo permitir que ese hijo de puta haga daño a más gente.

—Fer, ¡no digas palabrotas! ¡Vuelve a la cama!

—No puedo, Loli —concluyó rotundo mientras buscaba su ropa—. ¿Dónde está mi ropa?

—Ahí, en el armario… —dijo, dándose por vencida.

Estrada se acercó al armario y lo abrió. Sacó su ropa.

—Joder, Fermín… ¡Que vas con el culo al aire! —exclamó Reyes divertido.

—Sí, estas malditas batas de hospital no protegen demasiado la intimidad de uno —reconoció mientras intentaba mantener el trasero oculto.

—Bueno, señores, yo me marcho ya. Tienes que vestirte, Fermín, no quiero molestar más —dijo el juez Prieto.

—Usted nunca molesta, don Amadeo. Muchas gracias por venir.

—Ya sabes que te aprecio mucho, muchacho.

—Lo sé, don Amadeo.

El juez Prieto se despidió de todos y se marchó. Estrada se metió en el lavabo de la habitación y se cambió de ropa.

Cuando salió, la doctora acababa de entrar.

—Señor Estrada, ¿qué hace vestido? ¡Debe volver a la cama!

—Imposible, señorita, tengo que cazar a un hijo de puta.

—No, no… Tiene que volver a la cama.

—Ya le he dicho que no es posible —repitió con terquedad.

—No logrará convencerlo —aseguró Lola.

—Mi arma, Gonzalo.

Gonzalo Reyes sacó la pistola de Estrada de la cartuchera que llevaba colgada del cinturón

—Toma.
—¿Tú no llevas?
—La mía la tengo bajo la axila.
Revisó el cargador y el arma.
—¿Cuántos cargadores llevas?
—Dos extra.
—Dame uno.
Reyes le entregó un cargador.
—Señor Estrada, esto es… es inconveniente. Es inadecuado —insistió la doctora con nerviosismo.
—Señorita, estoy bien. No me ocurre nada. Si vuelvo a encontrarme mal, volveré.
—Pero… —dijo estupefacta.
—Tranquila… —La cogió por los hombros—. Estoy bien —aseguró mirándole directamente a los ojos.
La mujer suspiró dándose por vencida.
—Está bien… —Sacó un bloc de recetas del bolsillo y escribió en él—. Si se encuentra mal, si vuelve a sentir presión en el pecho, tómese esto. —Alargó la mano para que cogiera la receta.
—Gracias, doctora.
—Tendría que pasar por admisión para que le den el alta.
—Perdone, doctora, no tengo tiempo ahora. ¿No pueden mandármelo a casa? Mi hermana le dará los datos. —Se acercó a Lola y le dio dos besos.
Salió de la habitación. Reyes le siguió.
—¿Cuándo se fugó?
—Esta mañana, a las diez, más o menos…
Estrada miró su reloj de pulsera.
—Son las doce y cinco. Nos lleva dos horas de ventaja.
—Este hombre tiene muchos recursos, será difícil dar con él.
—No creas. La mayoría están en la cárcel. Con todas las detenciones, conseguimos ahogarle bien.
Llegaron al *hall* de los ascensores. Estrada pulsó el botón para bajar.
—Yo creo que no tiene a nadie, por lo menos, cerca, pero, una vez fuera, es capaz de todo. Esto me lleva a una idea que no me gusta.
—¿Cuál? —preguntó Reyes con expectación.
—Tengo que hacer una llamada. —Sacó su teléfono móvil.
—¿De qué se trata? —preguntó Reyes con curiosidad.
Estrada levantó el dedo índice para que esperara.
—Contreras, averigua si ha habido algún robo, atraco, en la zona del ensanche, cerca de la Modelo… Bien, espero… Sí, ya he salido del hospital… Espero…
El ascensor abrió las puertas. Había un matrimonio de edad

avanzada dentro. Entraron y el elevador retomó el camino de descenso.

—Perdone, señor… —dijo el anciano—. Usted es… es aquel policía que sale tanto por televisión.

Estrada y Reyes se giraron para observar a la pareja.

—Sí, creo que debo ser yo. Últimamente, no me dejan tranquilo estos mal… esos periodistas —dijo sin separar el teléfono de la oreja.

—Es usted famoso —observó la anciana con una amplia sonrisa—, y ha atrapado a muchos delincuentes.

—No creo que sea para tanto… —dijo Estrada.

—Yo creo que sí —replicó Reyes divertido.

Estrada volvió a mirar a los ancianos. Ambos mostraban una cálida sonrisa. Les devolvió el gesto de forma forzada.

—¿Un robo con violencia? —preguntó al interlocutor telefónico.

El ascensor llegó a la planta del garaje y se abrieron las puertas. Reyes y Estrada salieron, dieron un par de pasos y Estrada regresó al elevador antes de que las puertas se cerraran. Puso una mano para impedir el cierre automático

—Gracias.

—Cuídese mucho, señor Estrada.

—Fermín.

Sonrió y volvió junto a Reyes, que le esperaba para ir al coche.

—¿Fermín? ¿Quién te llama Fermín? Solo tus amigos más cercanos y tu familia te llaman Fermín.

—Es una abuela, Gonzalo. Siento debilidad por las abuelas, ya lo sabes. Además, me ha recordado a la mía.

—Fermín… —repitió divertido.

Llegaron al supermercado que habían atracado quince minutos más tarde. Reyes aparcó en doble fila frente a la puerta y colocó en el interior del parabrisas el distintivo policial.

El gerente era un hombre bastante alto y la americana que llevaba dibujaba una musculatura bien definida. No contaría con más de treinta y cinco años y su aspecto era bastante juvenil.

—¿Puede contarnos qué ocurrió, señor…?

—Jaime García. Eran las diez y cuarto de la mañana. Prácticamente acabábamos de abrir. Yo estaba en la línea de cajas repartiendo el cambio. Me gusta que las cajas tengan dotación suficiente de cambio.

—¿Qué utilizó para amenazarles? —preguntó Reyes.

—Una navaja, pero aseguró que llevaba una pistola oculta en el bolsillo de la sudadera.

—¿La vio? ¿La mostró en algún momento? —preguntó Estrada.

El gerente mantuvo silencio por un momento intentando recordar.

—No, creo que no.

—Creo no es una respuesta que me sirva, señor García. Necesito saber si ese hijo de puta va armado o no.

—No puedo asegurárselo. Yo no la vi, pero en su sudadera parecía que había un arma.

—¿Cree que podría hacerlo con los dedos así —dijo Reyes, apuntando con los dedos y metiéndolos en el bolsillo de su chaqueta.

—Visto así…, creo que sí, podría estar fingiendo.

—¿Y cómo era su estado de ánimo? ¿Estaba tranquilo, nervioso, tensionado…?

—Me sorprendió su tranquilidad. Su mirada era amenazante, pero estaba tranquilo, como si lo hubiera hecho cientos de veces.

—¿Cuánto se llevó?

—No más de cuarenta mil pesetas. A esa hora no hay mucho dinero, eso lo sabe cualquiera. Siempre que hemos sufrido atracos ha sido por la tarde o después de comer. Es cuando más dinero hay…

El teléfono móvil de Reyes sonó un par de veces. Se separó un poco para atender la llamada.

—Acaba de atracar un furgón blindado.

—¿Donovan?

—El mismo. Está rodeado.

—¿Está en una oficina bancaria?

—No, en una gasolinera. Pero está dentro de la oficina, en la zona de tienda.

—¡Mierda! —exclamó Estrada—. Tienen que dejarlo salir.

—¿Para que se escape?

—Yo no he dicho eso. Pero acorralado es peligroso. Muy peligroso. ¿Tiene rehenes?

—Sí, pero no sé cuántos.

—Bien, gracias, señor García. Ha sido de gran ayuda.

El hombre asintió sin decir nada.

Estrada y Reyes salieron rápidamente del supermercado y subieron al coche.

—¡Mierda! Mi Peugeot.

—¿Aún tienes esa mierda? Con lo que ganas ahora ya podrías cambiártelo

—No tengo tiempo. A Natalia le gustaba el Lancia Delta HF Integrale, el de la primera generación, no la mierda esta que han hecho ahora.

Reyes arrancó el coche.

—Pues cómpratelo. A Nati le hubiera gustado que lo tuvieras.

—Me recordaría a ella cada vez que subiera a ese coche. Gira a la derecha, está allí mismo.

—Pues cómprate otro.

Reyes paró junto al Peugeot 205. Estrada bajó del coche.

—Creo que me decidiré por el Golf VR6 2.9 —dijo antes de cerrar la puerta.

—¡Coño! Tú siempre apuntas alto.

Estrada subió al viejo Peugeot y siguió a Reyes hasta la gasolinera, situada en la esquina de la calle Casanova y Aragón.

La calle Casanova estaba cortada, pero la Guardia Urbana les permitió el paso después de identificarse.

Dejaron los coches en doble fila y fueron corriendo hacia el improvisado puesto de control tras un coche patrulla de la policía.

—¿Quién está al mando? —preguntó Reyes.

—El sargento Camprubí. Es el que está allí, con el megáfono.

—Gracias.

Parapetado detrás de uno de los surtidores, estaba Camprubí. Un hombre alto y delgado, de unos cuarenta y cinco años. Pelo bastante canoso.

—¿Camprubí? Soy el subinspector Reyes.

—A la orden, señor. Donovan se ha escondido detrás del mostrador. Lleva ahí unos veinte minutos.

—¿Hay rehenes? —preguntó Estrada.

—La empleada de caja y un cliente que estaba pagando en el momento en el que entró Donovan.

—¿Ha pedido algo?

—Aún no.

—Hay que dejarle salir.

—¿Dejarle salir? ¿Tú estás loco? ¿Y tú quién eres? —preguntó con cierto desprecio.

—Es el sargento Fermín Estrada.

—¿Tú eres Estrada? —preguntó sin interés.

Estrada asintió en silencio.

—La primera petición que no atendamos matará al hombre —aseguró Estrada.

—No creo… Se quedaría solamente con un rehén para negociar.

—Te equivocas, tendría a la mujer, a un marido y unos hijos.

Camprubí se quedó pensativo.

—¿Y cómo hacemos para que huya? Espero que luego lo atrapes.

—Ya lo he atrapado una vez, lo haré de nuevo. ¿Hay alguna puerta trasera, lateral?

—No lo sé.

—Pues vaya a averiguarlo —ordenó Reyes.

Camprubí se alejó del surtidor con cara de pocos amigos. Reyes y Estrada sonrieron con complicidad.

—No sé cómo vamos a conseguir que salga —reconoció Estrada

—Yo tampoco. No sé cómo lo haremos.

Ambos permanecieron en silencio por un momento.

—Creo que acabo de tener una idea…

—Cuando pones esa cara, miedo me da y acabo haciendo mucho papeleo.

—Vamos al puesto de mando.

Se encaminaron hacia el coche patrulla. Camprubí estaba hablando con un hombre bastante grueso, de unos sesenta años. Llevaba un pantalón de vestir gris claro por encima del ombligo y una camisa amarillo pálido abotonada hasta la mitad, mostrando una mata de vello completamente blanco en la zona del pecho.

—Este hombre es el dueño de la gasolinera. Se llama Cipriano Hernández. Dice que hay un patio trasero, pero que es imposible huir por allí y que la puerta cuesta mucho abrirla.

—Bien. ¿Conoce usted a los empleados? —preguntó Estrada.

—Sí, bueno…, más o menos.

—Tranquilo, no le voy a pedir que me cuente intimidades —dijo divertido—. Solamente quiero saber si conoce a la mujer que hoy está en la caja.

El hombre pensó un momento.

—¿Hoy es martes? —preguntó reflexivo.

—No, hoy es miércoles.

—Entonces es Judith.

—Bien… Y Judith, ¿qué edad tiene?

—Creo que veinticinco.

—Y…

—No, espere…, veintiséis… Lo recuerdo porque nació el mismo día que mi nieto Daniel.

—Muy bien, tiene veintiséis años —dijo Estrada con una amplia sonrisa burlona—. ¿Y sabe si está embarazada?

—Si lo está, no me ha dicho nada, aunque tampoco tiene obligación de hacerlo. De todos modos, no lo creo… Esa chica está flaca como un palo.

—¿Sabe si tiene asma? ¿Alguna enfermedad respiratoria?

—No que yo sepa.

—Y, a parte de esa puerta que da al patio y las que estamos viendo aquí —señaló la amplia cristalera de la tienda—, ¿hay alguna puerta más?

—No, ninguna otra.

—Creo que ya sé cuál es tu plan —dijo Reyes.

—No se me ocurre otra forma.

—Muchas gracias, señor Hernández. Ha sido de gran ayuda

—Echen a ese tío de mi gasolinera. Estoy perdiendo dinero.

—A eso hemos venido —dijo Reyes amablemente.

Sacó el teléfono móvil y llamó al SEM para que mandaran dos equipos médicos.

—Que venga la brigada de asalto. Eso tienes que ordenarlo tú, yo no tengo rango suficiente.

Reyes sacó su teléfono móvil.

Veinte minutos más tarde, dos furgonetas llegaron a la gasolinera. Bajaron ocho agentes de cada una y tomaron posiciones. Un hombre alto con un bigote castaño bajo una nariz afilada daba las órdenes.

Cuando terminó, se acercó al puesto de mando.

—Reyes, cuánto tiempo sin verte.

—Modrego. ¿Qué tal tu mujer?

—A punto de explotar.

—Ahora vas a saber lo que es sufrir, chaval. Noches sin dormir, papillas y biberones…

—Ya me has jodido el día —bromeó con una sonrisa—. Bueno, ¿qué hay que hacer?

—Sacar al tipo que está ahí dentro —observó Estrada.

—Venga, Reyes, ¿vas a decirme que no sois capaces de sacar a un yonqui de una gasolinera.

—No es ningún yonqui —replicó Estrada.

—¿Tú quién eres? —preguntó con superioridad.

—Sargento Estrada.

—¿Tú eres Estrada? Parece que el gran Estrada no es tan grande como parece.

—¿Tienes algún problema conmigo, Borrego?

—Modrego, Sebastián Modrego.

—Lo que sea. ¿Qué problema tienes conmigo? Vienes aquí con tus aires de superioridad y me ninguneas sin ninguna razón —dijo, encarándose con Modrego.

—Venga, muchachos, tranquilos… Estamos todos en el mismo barco.

—¿Qué es lo que hay que hacer? —preguntó Modrego.

—Sacar a Donovan de la oficina —respondió Reyes.

—¿Está armado?

—No estamos seguros, pero creemos que no. Atracó un furgón blindado, pero los dos guardias están en posesión de sus armas. La idea es bombardear la tienda con bombas lacrimógenas y esperar a que salga.

—¿Hay más gente dentro?

—Sí. Tiene, por lo menos, dos rehenes.

—¿Embarazadas? ¿Alguien con problemas respiratorios?

—No que sepamos.

—No obstante, quiero tomar precauciones. Que vengan dos ambulancias.

—Ya las hemos llamado —dijo Estrada.

—Es un buen plan, Reyes. Creo que a ese tío no hay otra forma de

capturarlo.

—La idea ha sido de Estrada.

Modrego le miró de soslayo.

—Bien, voy a dar las órdenes.

Reyes asintió en silencio.

—Una cosa más —dijo Estrada—, dejadle un espacio hacia allí, hacia la calle Aragón. Retira a tus hombres de esa zona, y que observe cómo se marchan.

—¿Por qué? —preguntó Modrego.

—Si no ve un espacio por el que huir, no saldrá, y si tiene un arma, empezará a disparar a todo lo que se mueva.

—Hazlo, Modrego —pidió Reyes.

Modrego asintió en silencio.

Diez minutos más tarde, una bomba lacrimógena atravesaba el cristal de la puerta de entrada. Otra fue disparada a la derecha y otra a la izquierda.

El pocos segundos, el humo había invadido por completo la tienda y la parte de la oficina.

Modrego ordenó a uno de sus hombres que se acercara y abriera la puerta. Dos agentes, con máscaras antigás, entraron dentro. Estrada y Reyes se acercaron a los surtidores y se parapetaron tras uno de gasolina sin plomo.

Los agentes desaparecieron en la bruma. Se escucharon gritos y, en menos de un segundo, Donovan salió corriendo, encaró la calle Aragón, como Estrada esperaba que hiciera, y disparó dos veces para que la patrulla que cortaba la calle le dejara pasar.

—Mierda, ese hijo de puta ha desarmado a uno de los hombres de Modrego.

Estrada salió corriendo tras él. Reyes tras Estrada, pero, al no estar tan en forma, le tomó mucha ventaja.

Donovan había recorrido ya unos cincuenta metros, quizá sesenta, y acababa de pasar frente un concesionario de Honda. La buena forma física de Estrada le permitió que poco a poco le fuera ganando terreno.

Llegó a un pasaje que había a mitad de la calle y esperó en la esquina. Disparó dos veces hacia Estrada que, afortunadamente, pudo esquivar las balas echándose al suelo rápido y rodando hasta un árbol cercano. Desde el suelo, le devolvió un par de disparos. Reyes llegó a su lado.

—Está acorralado.

—No, no lo está. Este callejón no tiene salida, pero hay varios negocios, *parkings* y la entrada a un edificio.

—¡Mierda!

Estrada se puso en pie en el mismo momento en el que Donovan salía del callejón, cruzaba la calle entre los coches y trepaba el

pequeño muro que separaba la calle Aragón de la avenida de Roma, que en aquella zona discurrían casi paralelas hasta que se cruzaban a la altura de la gasolinera.

Estrada salió tras él imitando sus movimientos, saltó el muro y continuó la persecución por la avenida de Roma.

Donovan subió a la acera derecha. Estrada le seguía de cerca. Le disparó una vez, pero Estrada no pudo devolverle el disparo, había gente paseando, ancianos sentados en los bancos y niños jugando a la pelota. Volvió a tirarse al suelo, momento que aprovecho Donovan para acelerar la carrera.

No podía permitir que continuara huyendo. Volvió la presión en el pecho. Pensó que iba a desmayarse. Se quedó en el suelo.

Donovan había parado un vehículo y pretendía que el conductor se apeara para robarlo.

Entre él y Donovan no había nadie. De forma casual, se despejó una especie de pasillo sin obstáculos entre él y el fugitivo.

Apuntó a la rodilla de Donovan. La cabeza empezaba a darle vueltas. Tenía la sensación de que iba a desmayarse en cualquier momento. La presión en el pecho aumentaba. Disparó una vez. Volvió a encarar el arma y volvió a disparar.

Cerró los ojos un momento.

Cuando volvió a abrir los ojos, Donovan no estaba. Se levantó como un resorte y corrió hacia el lugar. Estaba dispuesto a darlo todo, hasta la última gota de sangre de su cuerpo si fuera necesario.

Estaba en el suelo, a unos diez metros de él. Una mujer se había acercado para ayudarle.

—¡Donovan! —gritó Estrada—. ¡Suelta el arma y entrégate!

—¡Que te jodan, Estrada! ¡No pienso volver a la cárcel!

Se puso en pie. Tenía la rodilla destrozada por el disparo de Estrada. Miró el pantalón y vio dos puntos por los que sangraba, había acertado los dos disparos.

Seguramente, no volvería a andar bien nunca más.

—Vamos, Donovan, suelta el arma.

Cogió a la mujer del cuello y se parapetó tras ella.

Llegaron tres agentes del cuerpo de asalto y tomaron posiciones.

—¡Marchaos o le vuelo la cabeza a esta puta! —exclamó muy nervioso. La mano que sujetaba el arma estaba visiblemente temblorosa.

—Vamos, Donovan, no hagas tonterías. ¡Esa mujer no tiene la culpa!

—Solo quiero marcharme, Estrada. Deja que me vaya y no mataré a nadie.

Uno de los hombres de Modrego se acercó por la derecha lentamente.

—Eso no va a ocurrir, Donovan, ya lo sabes.

—¡Diles a tus hombres que se marchen!

Estrada le hizo señales al agente que se estaba acercando por la derecha. El agente le miró, pero hizo caso omiso.

Donovan disparó dos veces. Un disparo impactó en el hombro, y cuando el agente estaba cayendo hacia atrás, el segundo disparo le acertó en la cara. Cuando su cuerpo quedó tendido en el suelo, la vida ya le había abandonado.

Donovan continuaba parapetado tras la mujer, que empezó a chillar de manera histérica.

—¡Donovan, suelta ya a la mujer y entrégate! ¡Ahora!

Estrada vio cómo el dedo índice se tensaba de nuevo sobre el gatillo. Encaró el arma y apuntó. Un solo disparo hizo que Donovan cayera de espaldas sobre el capó del coche. Arrastró a la mujer con él, que dejó de gritar y se quedó catatónica.

Estrada echó a correr hacia ellos. Cuando llegó, pudo comprobar que, una vez más, el disparo había impactado donde él quería: el centro de la frente. Donovan ya no existía, ahora, solamente era un cadáver que poco a poco iría enfriándose.

—¿Se encuentra bien, señora? —preguntó con sosiego.

La presión del pecho desapareció por completo. Ahora respiraba como antes. Ya no sentía el peso de dos o tres sacos de cemento.

—Sss… Sí…, estoy bien —respondió con un hilo de voz.

Le tendió una mano.

—Levántese. —Aceptó la ayuda, casi sin apretar la mano de Estrada.

La mujer se puso en pie.

—¿Quién…? ¿Quién es ese hombre?

—Era el jefe de una organización mafiosa. Un jefe de la droga, pero ahora no debe preocuparse por él. Ya no le hará daño nunca más, ya no hará daño nunca más a nadie —afirmó satisfecho.

Llegaron más hombres de Modrego. Reyes fue hasta donde se encontraba Estrada con la mujer.

—Fermín, ¿cómo estás?

—Bien. Llama a una ambulancia, y que venga el equipo forense. Avisa al juez Prieto. ¿Puedes hacerlo por mí?

—Claro, amigo.

Reyes se separó un poco de ellos y empezó a hacer llamadas. Diez minutos más tarde, una ambulancia hizo acto de presencia para atender a la mujer.

Aquella tarde, en la comisaría de la calle Bolivia, Fermín Estrada estaba ocupado con el papeleo de su actuación. Se sentía bien. La presión de su pecho había desaparecido por completo. Notaba como si

hubiera cerrado una puerta para siempre. El pasado ya no volvería, y debía mirara hacia delante.

Llamaron a la puerta. Era Reyes.

—He estado hablando con el juez Prieto.

—¿Y qué cuenta?

—Está satisfecho con tu declaración hablada, pero lo quiere todo por escrito para mañana por la mañana como muy tarde.

—Estoy a punto de terminar —dijo, señalando los papeles que tenía sobre la mesa.

Reyes se sentó en la silla que había frente al escritorio y sacó un par de cigarros puros. Le ofreció uno a Estrada. Mordió la punta y la escupió al suelo. Estrada le imitó y le ofreció fuego.

La impresora que había en la estantería terminó de imprimir. Estrada recogió los papeles, los firmó y los metió en una carpeta de cartulina.

Chupó el puro y soltó el humo lentamente.

Deslizó la carpeta sobre la mesa para que la cogiera Reyes.

—Ya puedes mandárselo al juez.

—Lo haré ahora mismo.

—Otro caso que queda cerrado.

Reyes se levantó y salió del despacho.

Estrada giró la silla hacia la ventana que tenía detrás para ver la ciudad iluminada por la noche. Barcelona estaba preciosa a aquella hora.

Fin